Carolina-Dafne Alonso-Cortés

COMO EL CRISTAL DE ROCA

(Novela)

Premio "Ciudad de Algeciras"

EL SIGLO DIECINUEVE se inició en la Serranía con una mortífera peste y con graves quebrantos de la naturaleza. Desde la margen derecha del río Guadalhorce a las playas atlánticas de Cádiz, una gran mortandad asoló el campo andaluz causando miles de víctimas; fuertes granizadas castigaron las cosechas y un temblor de tierra puso a la región en situación desesperada. Al otro lado de los Pirineos, una revolución había empezado proclamando el reino del derecho y acabó ejerciendo el de la fuerza, mientras en la corte de Madrid reinaban la ineptitud, la abulia y el envilecimiento.

Cuando llegaron los franceses, no se ponía el sol sin que los serranos los hostigaran a diario con dureza. Los campesinos acudían a miles formando batallones y regimientos; allí se unían los contrabandistas con los jornaleros, los criminales fugitivos con los curas rurales, y cada pueblo improvisaba su partida al mando del más temerario de los vecinos. Los invasores no hallaban momento de reposo, pues las guerrillas atacaban convoyes y correos apostándose en los ventisqueros y apareciendo tan pronto en lo alto de un risco como en lo profundo de una cortadura.

Tan asustados estaban los franceses que a algunos los vieron llorar; tenían tal miedo a los "brigantes", como ellos decían, que llamaban a la Serranía el cementerio de Francia. La guerra diezmaba las cosechas y arrebataba brazos a la agricultura; el hambre apareció en la comarca, de forma que las gentes se alimentaban de bellotas y raíces. Viejos y mujeres con niños recorrían la sierra en busca de alimentos, refugiándose en cuevas; los curas decían misa sobre peñas y tocones, bautizando a los recién nacidos en las fuentes. Al fin, un mes de agosto, los gabachos hubieron de marcharse seguidos por el repique de todas las campanas; cuando abandonaron la Serranía sentían más alivio que los propios liberados.

I.- EL PUEBLO

MONTEJAQUE ERA uno de los pueblos perdidos en el corazón de la sierra. Sus habitantes, duros como el cristal de roca, también se batieron contra los franceses. Sus antepasados no se habían movido de aquellas breñas desde tiempos prehistóricos y se mezclaron con los moros cuando éstos llegaron al mando del jefe bereber Zayde

ben Kasadi. Allí hicieron frente a las tropas cristianas, que al grito de Santiago y cierra España arrasaban viñas y quemaban bosques, mientras los naturales contemplaban el acoso con la rabia de la impotencia. Las mujeres del pueblo llevaban todavía el cántaro a la cabeza, se arregazaban las amplias faldas negras de algodón y las echaban sobre el rodete; caminaban erguidas y el cántaro parecía formar parte de ellas mismas. Eran cenceñas, de pómulos salientes y ojos luminosos como brasas encendidas; conservaban vestigios árabes en sus ropas y en su gutural algarabía, adivinándose en sus cantos viejos sones moriscos. Las empinadas callejas estaban empedradas y zigzagueaban por encima del pueblo hasta el castillo, que no era tal, sino unos roquedales erizados donde centelleaba el sol. Grandes lajas de piedra formaban rampas en mitad de las calles, brillando por el resbalar de los chiquillos desde tiempo inmemorial. Pues se desgastaban el trasero en la roca y sus padres, los padres de sus padres y de sus abuelos lo habrían hecho igual. Lo hicieron sus antepasados moros y antes los hijos de los iberos, muchachos semidesnudos de cabello ensortijado que montaban caballos a pelo y usaban armas arrojadizas. Trepaban por las callejas y a mitad de camino se dejaban caer, desculándose en las piedras enormes y lisas; así durante siglos, de forma que las lajas brillaban por la noche igual que pedazos de luna.

***

LA NIÑA SE LLAMABA LAURA y era hija de los amos del pueblo. Llevaba el doña desde que nació, poco después que las huestes derrotadas de Napoleón abandonaran Montejaque. No le gustaba ir a la escuela recién estrenada; en cambio, desde siempre le interesaron las historias de aparecidos que contaban las viejas, que acababan creyéndose sus propias mentiras. Se quedaba plantada frente al viejo alambique donde su padre había instalado las cuadras; allí las bestias pateaban las moscas verdes y tornasoladas, agitaban las crines y volteaban las cabezas, resbalando luego en la pendiente de piedras redondas. Acudía a la fuente a beber y el agua fría le salpicaba brazos y piernas, colándose por el escote hasta el ombligo. En la cocina de su casa los cacharros de cobre brillaban sobre la chimenea; platos de cerámica adornaban las paredes y en la repisa lucían unas bonitas hueveras de bronce. La chaira de afilar pendía de una alcayata junto al almirez; había un cachucho de agua sobre la mesa de castaño y ristras de ajos gordos colgadas de la despensa, mientras en un gran perol humeaba el guiso reciente, con aliños de clavo y nuez moscada. En un rincón estaba la mesa camilla con faldas bordadas en colorines, con nostalgias de brasero y badila, de cisco de orujo, aguardando los fríos meses del invierno. Parloteaban las criadas mientras cortaban los rábanos, rojos por fuera y muy blancos por dentro, y trataban de atinar de lejos con los huesos de las aceitunas en una rana verde de loza con una enorme boca abierta. Sobre el blanco muro, el jazmín se derramaba sobre unas matas de dedal de la reina y crecían dalias de todos los colores; la niña las cortaba y las metía con agua en un búcaro. Había una begonia, una fucsia y geranios de diferentes tonos entre las clavellinas. El armario chinero estaba lleno de unas lindas tazas con asas doradas y frágiles, estampadas en colores pálidos y en letras de oro que decían: “Amistad”, “Amor”. Alzaba la tapadera rosa de un cestillo tejido con mucho primor y, sobre el lecho de

seda, aparecía un juego diminuto de café con bandeja y tazas más pequeñas que un dedal, todo bañado en oro, con su azucarero y su jarrilla. Se abría la puerta y el chiquillo rubio que recogía a diario las basuras cruzaba de puntillas sobre las losas coloradas del patio. Llevaba alpargatas de esparto, cuando no iba descalzo; se dirigía a la cortinilla de mimbre haciendo entrechocar sus varillas con chasquidos menudos y se perdía en el lavadero, mientras los mimbres se mecían cada vez con menos fuerza. Luego salía con un cubo en la mano y una vaharada espesa a alimentos fermentados se adueñaba del patio, haciendo palidecer las clavellinas y estremecerse los jazmines. El cubo rebosaba desperdicios coronados de cortezas de sandía y melón; era un olor revuelto a pescado podrido y frutas avinagradas que tardaba en desvanecerse. El niño tenía los ojos azules y los dientes parejos y blancos. Cuando la cortinilla de mimbres acababa de aquietarse él ya había llegado al zaguán, tiraba del picaporte como si temiera romperlo y salía; mientras, la niña Laura se había tapado la nariz. Se llamaba Rafael Arcángel y también había nacido cuando los franceses abandonaban la Serranía. No era muy alto, pero proporcionado y erguido como una caña; tenía las cejas y pestañas doradas y, cuando le daba el sol de cara, entrecerraba los ojos. El padre había sido capitán de guerrilla, un hombre apuesto y bien despatillado que llevaba siempre a la cabeza un pañuelo de colores chillones con las puntas cayendo hacia atrás. Fue uno de los siete Niños de Écija, la gloriosa partida que tantos dolores de cabeza diera al mando francés. Fue preso y el enemigo le quemó los ojos con un hierro de marcar las reses, cruzándole la cara con una enorme cicatriz. Ahora era porquero y el niño le llevaba comida para los animales. Rafael Arcángel se había criado en el viejo alambique, entre rosas de pitiminí y acostumbrado al grito de los pavos reales; vestía pobremente y en sus tobillos firmes se trenzaban las cuerdas de sus alpargatas. En un rincón al lado de las cuadras tenía su madre el anafe, un hornillo con patas de hierro y dentro carbones relucientes; encima, una olla con muy poca cosa dentro. La madre era semejante a las otras mujeres; iba liada en unas telas negras y parecía vieja, porque además llevaba un manto a la cabeza y con él se tapaba la cara, dejando asomar sólo los ojos. Sobre el manto llevaba un rodete y el cántaro encima, bamboleándose a cada paso. "¿Te vienes a chorrar a las lajas?", le decían al niño los que andaban más desocupados, pero él siempre tenía qué hacer. El aire de la tarde era fresco y las cortinas se mecían caracoleando; sobre las piedras mondas flotaba un polvillo blanquecino que se arremolinaba en el aire. Luego las sombras inundaban los zaguanes, las grietas y las losas, y las historias fantásticas se mezclaban con las verdaderas hasta que no podían separarse. A esa hora no se distinguía un gato blanco de uno negro y las viejas murmuraban en tono misterioso, mientras los chicos se acercaban a oír cuentos de fantasmas y aparecidos, de animales dañinos, o de trasgos y gigantes que se comían a los niños. Sonaban los cencerros entre las breñas en el silencio de la anochecida; arriba se asomaba una cabra escondiéndose luego, el sol se había ocultado hacía tiempo y quedaba la bruma sobre las piedras veteadas de blanco. En la montaña había cortaduras negras y sin fondo, que saltaban los niños por entretenerse. Sabían escuchar el grito ancestral de la caverna y la llamada los llevaba, los atraía como un imán a la cueva donde en la oscuridad se estremecían lágrimas de cristal y el silencio se rompía al rozar un insecto, donde el tiempo permanecía quieto y una vida era sólo un suspiro en el transcurso de los siglos. Nunca tuvieron miedo, nunca recelaron el abismo. Veían la profundidad como algo propio, nunca la

huyeron, y el temor se desvanecía entre sus dedos como una pompa de jabón. Las grietas para ellos no tenían relieve, los graznidos de las aves les resultaban familiares y las piedras saltaban alegremente desde sus pies hasta el fondo del barranco.

Desde lo que alcanzaba su memoria, Rafael Arcángel había guardado los cochinos de su padre en el campo. A ratos sacaba de la zamarra una cartilla que le dio un maestro errabundo que pasaba de cortijo en cortijo y, a fuerza de manosearla, había aprendido a leer. A la niña Laura le gustaron de siempre sus ojos azules con motas doradas; por eso aguardaba cada día, balanceándose en la mecedora, a que llegara el niño del porquero. Como siempre, encima del cubo habían dejado las criadas una pella de pipas de melón con flecos de un amarillo claro, entre cáscaras verdes y mondas de patatas que despedían un ácido hedor. Cuando llegaba el niño saludaba con timidez y entraba al lavadero a recoger los desperdicios. Ella miraba la cortinilla de mimbres cortados y unidos con alambres, donde alguien había pintado un paisaje con árboles y nubes.

En primavera, el campo se llenaba de amapolas. La vereda zigzagueaba desde el pueblo hasta la cima entre rocas blanqueadas por la lluvia, giraba una y otra vez hasta dar en el camino de herradura que llevaba a la ermita, donde las niñas cogían matojos de flores amarillas y moradas. En el alambique nacían capullos de rosas de pitiminí, hasta que llegaban los calores del verano y luego el invierno. Entonces los montones de estiércol humeaban en las calles donde se habían detenido las caballerías; ya no había moscas, porque se habían muerto de frío. Salían nubes de vaho de las narices de las bestias, porque estaba helando y la tierra cubierta de escarcha. Crecieron Rafael y la niña Laura; ella se estaba volviendo tan hermosa que ya empezaban a venir los señoritos del contorno a pretenderla. Pero seguía acudiendo al portón del alambique; desde allí miraba la calleja empedrada y los pavos reales que paseaban muy solemnes. Semejaban aves maravillosas arrastrando sus colas de tornasol en verde y azul, y con sus inquietas cabezas coronadas parecían los reyes de las aves. Subían a lo más alto del pretil, rozando apenas el suelo con sus mantos suntuosos, y lanzaban un extraño grito de amor o de guerra mientras desplegaban el plumaje ante sus ojos maravillados. Era como un rito de Egipto o de Siria; el grito agudo horadaba distancias y entonces parecía detenerse el tiempo, dilatarse el espacio. Relinchaba un caballo en la cuadra y las rosas de pitiminí, que escalaban el murete bajo, más que naturales parecían pintadas. De la huerta subían aromas calientes, el sol brillaba en los tejados y abajo el arroyo parecía un hilo de plata. Oía voces alejadas en el pueblo y se quedaba quieta para no romper el hechizo, escuchando las esquilas a lo lejos y la voz chillona y gutural que parecía venir de otros tiempos y otras civilizaciones.

Aquel día Laura había empujado la puerta; dos pavos se detuvieron en el pretil y, desperezándose, extendieron sus colas. Dentro, Rafael Arcángel estaba herrando un caballo. Desde fuera ella veía al semental con la pata sujeta en alto, mientras el muchacho sustituía la herradura vieja por una reluciente, y le pareció mentira que aquellos martillazos no le dolieran a la bestia. Recordaba el día en que él le arrancó a la yegua una sanguijuela de la garganta: el animal sangraba y relinchaba cuando el zagal metió la mano y tanteó, hasta dar con el bicho que se había prendido del gañote. Aguantaba la yegua adivinando la buena voluntad; cuando él sacó la sanguijuela entre

los dedos la Galana lo rozó con la testuz, agradecida, y relinchó de gusto pateando las moscas y sacudiéndolas con la crin de la cola.

"¿Quién es ese?", le preguntaban a Laura las amigas que venían de fuera. "Es Rafael Arcángel, el hijo del porquero". "Pues qué guapo es". Al final, la niña Laura terminó por despreciar a todos sus pretendientes señoritos y decidió casarse con él. Pensó en declararle su amor, ya que estaba aguardando a que él lo hiciera, pero el muchacho tardaba en decidirse más que un entierro de ricos. "Ese es más llano que el camino del infierno", le decía su madre contrariada, al leer sus pensamientos. Aquel día estuvo rebuscando en un cajón de la cómoda; sacó un collar de abalorios antiguos y unos zarcillos tan largos como los de las comediantas. Se puso un vestido nuevo y un corpiño, unas zapatillas de terciopelo y una mantilla a la cabeza, que dejaba asomar tan sólo sus ojos castaños. Halló en el alambique el portón entreabierto; en cuanto vio al muchacho y se le fue a declarar, le dio un ataque de risa. Él la miró amoscado y ella le puso encima de la oreja un ramo de jazmín, besándolo en la boca para ahorrar palabras.

Cuando se casaron al domingo siguiente, la madre había gastado una docena de varas de puntillas en el velo de la novia. Ésta acudió a la iglesia vestida de seda, con peineta de oro y aguantando las ganas de reír. Llevaba jazmines prendidos en el velo y un ramo de rosas de pitiminí. Los novios durmieron en la sierra y amanecieron envueltos en un polvo de estrellas. Tuvieron dos hijos y una hija, pero esa sería una historia distinta.

***

NADIE SE ACORDABA de su nombre y desde joven lo llamaron Carcunda, porque era carlista. Fue el hijo mayor de doña Laura y Rafael Arcángel; ante la consternación de su familia acostumbraba desde siempre a hacer ademanes groseros, acompañados de sonidos soeces. Contaba picardías y, cuando había visita, su madre le hacía señas por detrás para que se portara como un niño educado. Cuando creció fue pendenciero y mujeriego, y bebía más que la alpargata de un pisador. Se declaraba conservador y carlista, pero nunca había pisado un campo de batalla y sus padres pagaron para evitarle el servicio militar. Pero llevaba siempre puesta una bilbaína grande y roja como Zumalacárregui. "Hablar de la guerra y estar en la cama", bromeaban los del pueblo; él hacía oídos sordos mientras se hinchaba a salchichón, morcillas y chorizo. No se casó nunca y se fue a vivir solo para hacer su vida; pero cuando Emerenciana la Rubia, criada de sus padres, se quedó viuda de un tal Florentino, él se la llevó a su casa para que lo sirviera. Le mostró un bonito reloj que tenía, prometió que se lo daría y así la convenció. Todos empezaban a murmurar, sobre todo porque ella era albina y medio cegata. "Debajo de la manta, tanto da la prieta como la blanca", bromeaba él. Hubo quien dijo que el pequeño Florentino Zunifredo no era hijo de Florentino, sino del propio Carcunda; pero el chiquillo desmintió la calumnia, porque cada vez se parecía más a la estirpe de los Florentinos. No era sanguino, sino seco como ellos. Al niño se lo llevó su abuelo, Florentino el Viejo, que era pastor

de cabras en la sierra a la vez que curandero; de forma que el niño acabó heredando sus dotes.

Mientras, Carcunda y la criada hacían vida marital; doce años después, Emerenciana dio a luz a una hija a quien llamaron Cuarenta Mártires. Ya por entonces Carcunda se dormía a menudo sin poderlo remediar. Cuando don Sotero el cura llegó al pueblo, quiso convencer a Emerenciana para que dejara a Carcunda y se fuera de ama con él. Venía al parecer castigado y cobraba por cualquier cosa a todo el mundo. "Aquí lo que no se lleva Cristo se lo lleva el fisco", se quejaba la gente. Era un hombre obeso amigo de comer y beber; tenía la costumbre de cortarse los callos en la sacristía, hasta que le sangraban. Era un vicioso jugando a las cartas. Todas las noches, hasta que apuntaba el alba, se las pasaba tallando en casa de Carcunda. El cura ponía quince reales, los perdía y al final decía siempre lo mismo: "Vámonos a acostar, que cantan los gallos". Pero una noche la suerte cambió: Carcunda empezó jugándose el dinero para los gastos de la casa, se jugó la casa luego y terminó jugándose a la criada. Así que Carcunda tuvo que dormir en un pajar aquella noche, abrazado a una botella de Cazalla. Estaba más borracho que Noé y, al despertarse, se dio cuenta de lo que había sucedido. De cuando en cuando iba a la iglesia para insultar a Emerenciana; ella se santiguaba, escabulléndose con el matacandelas en ristre.

Cuarenta Mártires andaba por entonces vestida de monago y lo llamaba Papacunda, aunque no sabía a ciencia cierta si era su padre o su tío. Él la enseñaba a hacer visajes y a decir picardías, malmetiéndola contra don Sotero. En realidad, al cura lo estorbaba la hija de Emerenciana y la estaba preparando para servir a Dios. "Tú serás pelegrina", le decía, y aguardaba a que cumpliera doce años para mandarla a la sierra. Cuarenta Mártires no quería ni ver a Carcunda, porque la habían convencido de que era un pecador. Por entonces él ya se quedaba dormido a lomos de su caballo, que era lo único que no habían logrado quitarle, porque la bestia se negó. El caballo ya lo conocía, daba la vuelta con cuidado de no dejarlo caer y desandaba el camino; eso era cierto, porque en el pueblo lo comentaba todo el mundo. Su hermana menor, doña Ana, trataba de convencerlo para que confesara sus pecados. Cada vez se dormía más largo y hasta se dormía de pie. Por fin Cuarenta Mártires se fue de pelegrina; tres años después murió Emerenciana, al enterarse por una vecina del desastre de Cuba.

Carcunda vivió lo suficiente para ser testigo en la boda serrana del bandolero Pasos Largos. Luego, cuando Cuarenta Mártires tuvo la desgracia de dar a luz a su hijo Cuatro Coronados, fueron Carcunda y Florentino Zunifredo, el curandero, quienes la atendieron en el parto. Dijeron a la gente que había nacido del cielo, aunque tenía los ojos bizcos y era pecoso, como un tal Geminiano el Chico. A la vuelta del viaje, Carcunda llegó a dormirse tan largo que ya no despertó. Estaba a punto de declararse la primera guerra mundial y don Sotero lo fue a ver, tendido en su caja. "Yo te excomulgo in articulo mortis", le dijo con solemnidad.

***

AUNQUE DESDE NIÑO lo llamaron Frasquito, se llamaba Sócrates Francisco y más tarde sería para todos el tío Frasquito que en paz descanse. Era el hijo segundo de Rafael Arcángel y doña Laura; a los doce años no era

mucho más alto que el resto de los chicos del pueblo, pero luego empezó a crecer y los pantalones se le quedaban cortos antes de que le hubieran terminado de sacar los dobladillos. Tuvieron que alargárselos con telas distintas, de forma que parecía el muestrario de una sastrería. Llevaba postizos los faldones de las camisas, con telas de florecillas de los vestidos de su madre. Una vez que Tobalito sin Pena llegó a su casa con un recado de la barbería, él lo miró de frente y pareció asombrado de toparse con alguien de su estatura. Sócrates Francisco, llamado Frasquito, era un ser extraño e introvertido; quizá le viniera de las palizas de los frailes en el colegio del pueblo grande. Luego se hizo veterinario y, cuando en la facultad le pasaban lista por Sócrates Francisco, sonaban risitas. Cuando volvió a casa medía dos metros de alto y traía una maleta llena de revistas de veterinaria con grabados de cerdos y pollos. También llevaba obras de filosofía, libros de teología y religiones diversas, las obras de Séneca y la vida de Jesús de Nazaret, y en la cabeza teorías que no revisaría nunca. Era desgraciado y se sentía solo; tenía la cara pálida y la mirada triste y, como era más alto con mucho que todas las muchachas del pueblo, nunca las miró. “No se muere una vez, vamos muriendo en cada cosa nuestra que se muere”, decía mascando la boquilla de ámbar o atrayendo con ella pequeños papelillos cortados, pues un andaluz triste es lo más triste que hay. “Aquí todo es mágico”, decía. “Este pueblo no pertenece al mundo, aquí se juntan los vivos con los muertos”. Su madre tenía terror al espiritismo, pero él lo practicaba y andaba siempre con muertos alrededor. “Hablo con ellos -declaraba-, me comunico, me consuelan o me aconsejan. No soy espiritista, es mucho más sencillo que eso. Quizá sea que estoy un poco loco, o que veo más allá de mis narices”. Un día se vistió de domingo, con un terno de paño gris y unas botas nuevas. Llevaba capa serrana y sombrero, y cabalgaba sin prisa en un caballo negro. Cuando llegó a la cumbre estuvo avizorando, picó espuelas y se lanzó a campo través. Llevaba el sombrero echado hacia la cara para que no lo deslumbrara el poniente; atravesó el riachuelo de espumas blancas y se adentró en la sierra, antes de que cerrara la noche. En las cumbres las últimas luces arrancaban de la nieve destellos de fuego. Cuando era niño le daba miedo pasar junto a la cabaña abandonada, porque pensaba que alguien estaría atisbando detrás de la pared de troncos. Había una parra delante y la puerta permanecía siempre cerrada. Pero ahora no tenía miedo y, dejando el caballo, se acercó. Rechinaron los pernios y cedieron con un gemido; dentro no halló a un hombre, sino a una mujer morena y espigada que tenía el pelo azul de puro negro, brillando a la luz de un candil. Sus ojos enormes parecían entrecerrados por el sueño. De un rápido vistazo abarcó su fino talle y la tersura de sus manos; vio sobre la mesa un globo de vidrio, y que ella observaba un trozo de plomo fundido que había volcado en un cuenco de agua. Estaba tan absorta que no pareció advertir su llegada, pero luego habló sin mirarlo. “El plomo me decía que vendrías”, musitó. La luna apareció sin avisar y, aunque él sabía que lo estarían aguardando, allí se quedó. “Tienes la belleza de las huríes del desierto”, dijo, y ella sonrió. “Usted se pone lírico, don Frasquito”. Cuando él salió de la cabaña, las piedras agudas aparecían veteadas de luz y sobre el valle se extendía la neblina de la mañana. Estaba hambriento de cariño y se enamoró tardíamente de aquella bellísima mujer. En el pueblo, con las últimas luces de la tarde, las historias crecían como hongos. Todos pensaron siempre que Frasquito moriría virgen y ahora no había estopas para tapar tanta maledicencia. La llamaban Fanny y decían que era una meretriz que vivía con su madre en Ronda; otros,

que era la propia María Padilla que había embrujado al rey don Pedro. Alguien aseguró haber visto cerca de la cabaña un aquelarre, un corro de brujas desdentadas que hinchaban sus jorobas y lanzaban conjuros, incendiando los bosques y quemando los pastos. Decían que había vendido su alma al diablo, que hacía bebedizos de acónito y sabía el secreto de disolver la piedra imán en un vaso de vino blanco. Si un hombre bebía un poco de la piedra, nunca podría resistírsele. "El mozo no tiene la culpa", decían los más viejos, pero ni siquiera Florentino el Viejo pudo convencerlo con razones. "El mayor mal de los males es tratar con animales", rezongaba su hermano Carcunda, pero Frasquito salía cada noche a caballo para encontrarse con ella en la cabaña. En la parra crecieron pimpollos, las hojas susurraban con la brisa y el aire se hacía espeso por el aroma de los heliotropos. De camino atravesaba dehesas de encinares, cruzaba arroyos y dejaba atrás los alcornoques centenarios. Aquella noche Frasquito no tuvo que entrar, porque ella lo aguardaba a la puerta. "Estoy embarazada y lo que nazca será fruto de nuestro amor". Cantaron las cigarras en verano, la parra extendió sus vástagos cargados de uvas sobre el cañizo y un sopor húmedo se cernía sobre los verdes jugosos y brillantes. "Gran calma, señal de agua", decían los pastores oteando el cielo. Cuando tronaba la tormenta aquello semejaba un cataclismo, todo el pueblo temblaba y sus cimientos parecían aferrarse a la ladera. Pasaron las tormentas del verano y las del otoño, y llegó el invierno. Nadie pudo saber de cierto lo que entonces pasó. Decían que Frasquito había encontrado en la cabaña a un hombre que tenía a Fanny en sus rodillas mientras el niño dormía en la cuna. "La honra no tiene más que un golpe", decían que dijo, y nadie la volvió a ver en la comarca. Hacía siete fechas que salió Frasquito del pueblo y no había regresado a su casa. Las ventanas del ayuntamiento estaban iluminadas día y noche con candiles y mariposas; los hombres salían a caballo a buscarlo y volvían sin él. Aquella tarde se estuvieron formando nubarrones mientras la cellisca azotaba las laderas desnudas; el cielo estaba gris y los golpes de viento hacían resonar el pantano como un órgano hueco. Los relámpagos se sucedían y los truenos llegaban apagados por la distancia cuando Rafael Arcángel, ensillando una mula, dijo que se marchaba a la sierra a buscar a su hijo. Ya de noche, culebrillas de fuego cruzaron el cielo en zig-zag hasta donde alcanzaba la vista; las montañas se estremecieron por el fragor del trueno y las bestias se lanzaron despavoridas por las trochas. Rafael Arcángel murió enmedio de la tormenta, cuando montado en la mula lo alcanzó un rayo. Frasquito lo halló en su delirio y lo enterró bajo unas piedras, cuando ya el borde dentado del Hacho que dominaba el pueblo se recortaba nítido, y había amainado la tormenta. Volvió al pueblo con un niño recién nacido envuelto en una manta. Nunca supo nadie de dónde provenía, pero lo llamaron Rafael porque era igual que Rafael Arcángel, y alguien llegó a decir que era el viejo reencarnado. Los vieron aparecer a galope en el caballo negro por el camino de herradura y Frasquito llevaba ribetes colorados en torno a los ojos. Pero no sólo había perdido a su padre, sino que perdió a su madre también, porque Laura murió misteriosamente cuando se remecía en la hamaca. Alguien creyó ver una pareja por el lado del alambique; juró que el hombre llevaba alpargatas de esparto y la mujer un velo blanco con peineta de oro. Frasquito andaba delgado y doblado, más taciturno que nunca; hablaba con el espíritu de Fanny y duraban aquellas sesiones hasta la madrugada. No se supo de cierto si la evocaba o no, pero guardaba sus alhajas en un cajón y lo sorprendían mirándolas, durante el tiempo

que le quedó de vida. Fumaba mucho y sin parar, escarbaba la boquilla con un palillo de dientes para quitar la nicotina y se hacía en la maquinilla tazas y tazas de café. Las malas lenguas decían que había matado a Fanny y la había enterrado en lo más hondo de una cueva para librarse de su influjo. “Yo no duermo, y a todos doy mal sueño”, sonreía tristemente; y él, que nunca probó el alcohol, empezó a tomar vino aguado y acabó bebiéndose de un trago una botella de coñac. Doña Ana, su hermana que estaba soltera todavía y era muy piadosa, terminó por hacerse cargo del pequeño Rafael. Por entonces ya había llegado al pueblo un forastero, que se llamaba Mario y acabaría casándose con la heredera. El día de la boda Frasquito asistió a los festejos; parecía más contento que nunca y hasta cantó y bailó, estuvo bromeando con las mocitas y se retiró con el alba. “Hace tiempo que no me habla, debe estar demasiado arriba”, le oyeron decir. Al día siguiente estuvo en la iglesia y le encargó a don Sotero que dijera misas por su alma, porque estaba en vísperas de morir. Nadie lo volvió a ver. Las campanas tocaron solas; se registraron uno a uno todos los boquetes de la sierra y por fin lo dejaron tranquilo. “Se habrá caído en alguna hendedura”, decían. Se repartieron esquelas mortuorias con los bordes de luto; debajo de una cruz estaba su nombre en letras góticas, y abajo: “Sufrió un accidente, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad”. Durante muchos años lo llamaron el tío Frasquito que en paz descanse. Alguien derribó la cabaña en la sierra y levantó en su lugar un ventorrillo con una galería de cristales, cuando ya se habían inventado las gaseosas de bolita. Desde allí se pasaba a una huerta con árboles frutales cerca del arroyo; en verano, el porche debajo de la parra se llenaba de cajas con botellas de refresco, mesas con niños y parejas amarteladas. Más tarde levantarían allí mismo la estación del ferrocarril.

***

CARCUNDA LE LLEVABA veinte años y Frasquito diez. Ana se parecía en todo a su madre, menos en la alegría. Era una niña grande y tranquila; le gustaba leer y a los diez años había devorado más libros que muchas personas mayores. A los doce escribía versos de gitanos; se hizo una muchachita triste y muy piadosa que rezaba y hacía obras de caridad, y a su puerta aguardaba todas las mañanas una cola de pobres, que aseguraban que hacía milagros. Un día estaba repartiendo chorizos de la fábrica de su padre cuando llegó Carcunda, furioso, pero ella no tenía en la mano más que palomas mensajeras. Todo el pueblo pensaba que se iría monja o se quedaría moza vieja, porque cuando no hacía versos estaba tejiendo encaje de bolillos. El día de la Virgen ella arreglaba la carroza para la procesión, recortaba las flores en papel colorado simulando amapolas y las sujetaba con alambre. Ayudaba a las criadas a encalar las paredes; la cal estaba tan espesa de tanto repintar que las esquinas se iban redondeando y las ventanas más pequeñas empezaban a cegarse. Al muro blanco le pesaban las costras de cal y siempre había goterones en las hojas verdes de las aspidistras. El hecho de que sus padres murieran al mismo tiempo le pareció lo más natural. Tenía veinte años cuando se hizo cargo del pequeño Rafael y una noche en sueños le pareció que

la llamaba. Se aproximó a la cuna donde dormía el niño rubio como un angelote y vio en la almohada un bicho amarillo, con pinzas y un aguijón retorcido en la cola. Sacó con cuidado al bebé de la cuna y dio gracias a Dios que le había salvado la vida, llamando después a las criadas para que echaran el alacrán al fuego con unas tenazas. Llegaban a la casa hombrecillos entecos con mascotilla parda, mujeres con pañuelos de un negro-pardo a la cabeza y un bocio grueso y tembloroso como buche de paloma. Venían de toda la comarca buscando los remedios del veterinario y no se les cobraba; mientras Frasquito curaba a las bestias, Ana les preparaba un desayuno de café negro con crujientes ruedas de tejeringos. Ella tenía un aire tan fino y una piel tan delicada que, según decían en el pueblo, se iba a marchitar muy pronto. Fue por entonces cuando llegó don Mario al lugar. Frasquito estaba cada vez más melancólico, porque se consideraba responsable de las muertes de su padre y su madre; acostumbraba a sentarse a meditar al borde del camino a las afueras del pueblo. Un día vio acercarse a un hombre joven de talla media, con mirada orgullosa y sombría, que llevaba a su caballo de la brida. Vestía camisa fina, chaquetilla de terciopelo con botones de plata y calzaba polainas de piel blanca. Fue hacia Frasquito, le pidió fuego y él se lo dio. Estuvieron charlando; Frasquito lo invitó a su casa y el otro rehusó. El sol iba cayendo, una calina luminosa se extendía sobre los tejados y desdibujaba las cumbres en la lejanía. El recién llegado dijo llamarse Mario y poco más de sí mismo; al final cargó el trabuco y el zurrón, montó su bayo y tomó al galope el camino de la sierra. Desde entonces llegaba al pueblo casi todos los días; el veterinario y él se convirtieron en uña y carne. Parecía un hombre duro y, aunque nadie sabía su procedencia, a todos hablaba y a todos convidaba. “El que es amigo de todos o es muy rico o es muy pobre”, decían. Como tenía los dedos ágiles y finos como los de un jugador profesional y manejaba doblones de oro, decían que había sido un consumado tahúr y que sabía más que las culebras. Alguien habló de Arrebatacapas, el puerto por donde pasaban sus alijos los contrabandistas, y a él se le demudó la cara. Ana tenía veintidós años y había empezado a emperifollarse y a desempolvar las alhajas de la familia. Una tarde fue a darle un recado a su hermano que estaba con el forastero. “Hoyo en la barba, hermosura acabada”, le susurró él al oído, y desde entonces se acabaron los lutos. Todas las tardes Ana tenía algún recado para Frasquito y siempre se presentaba a buscarlo con unos zarcillos nuevos. Se puso por primera vez la gargantilla que había heredado de su madre y ésta de la suya, de perlas desiguales y pequeñas que llamaban aljófar. Daba el recado y don Mario no le quitaba ojo, porque tenía el talle fino, la tez nacarada y la nariz un poco respingona. Ana llegó a viajar a Ronda y a hacer importantes gastos allí; se compró una sortija con un camafeo y algunos vestidos, y al mismo tiempo iba abandonando al niño Rafael, que salía cada vez más a menudo a triscar a la sierra. Don Mario se instaló en una finca y llegaba al pueblo a diario; le regalaba rosas a la hermana de su amigo y llevaba en la boca el extremo del tallo para que con la humedad de la saliva no se amustiaran. Un día la pidió en matrimonio y le regaló un aderezo de brillantes que esparcía una cascada de luces. La casa de la novia se derribó entera. Don Mario mandó renovar las alfajías; se eligieron suelos nuevos en muestrarios con flores y hojas, disponiéndose alrededor grecas adecuadas para cada dibujo. El patio lo solaron en mármol blanco y, aunque el agua no llegaba al pueblo, se plantó una fuente en el centro para cuando llegara, con azulejos sevillanos y ranas de cerámica verde. Se alicataron las paredes de

colores, cambiaron el pasamanos de la escalera por uno de madera brillante y revocaron la fachada, limpiando el escudo en piedra de don Miguel de Mañara que estaba encima del dintel. La chapa metálica de la chimenea se pintó de negro con faisanes y pusieron en la sala cojines de seda con paisajes japoneses y borlas de oro. “Te vas a arruinar”, decía ella. Cambiaron el tapizado del reclinatorio por otro de brochado escarlata; Ana se arrodillaba en el oratorio, para dar gracias a Dios por lo que estaba sucediendo. Mandó renovar todas las instalaciones de la fábrica de embutidos, incluidas las grandes vigas de madera de donde colgaban los jamones. Las tierras de los tres hermanos iban mal, porque Frasquito era soñador, Ana era mujer y Carcunda ya se ha dicho cómo era. Por eso don Mario compró el Baldío y el Alcornocal, pagando al contado en pelucones de oro. “No conserva bien quien no aumenta”, decía. Y aunque era recio y de mucha autoridad parecía temer alguna cosa, por lo que se mandó hacer una tumbaga, una sortija en oro, plata y cobre que era amuleto contra la perlesía. “El hombre a quien muchos temen, a muchos ha de temer”, decían en el pueblo, porque tenía mucho que perder ahora, mucho más que antes que apenas tenía nada que perder. Cazaba en la sierra alimañas, llevándose consigo al pequeño Rafael. Tenía caballos en su finca y en sus tierras se cebaban los cerdos. Dentro del edificio, que rodeaba una plazoleta cerrada, las paredes estaban cubiertas de pieles de zorros y gatos monteses. Caminaba solo al anochecer por el pueblo, subiendo a las calles más altas entre muros cubiertos por siglos de cal, para otear el horizonte. Compró en la capital un bonito vestido de novia, alquiló músicos para la iglesia y a la boda estuvo convidado todo el pueblo. Fue entonces cuando Frasquito desapareció. A los nueve meses y dos días, el matrimonio tuvo una niña; don Mario le regaló a su hija el mejor mantón de Manila que se viera en la sierra y repartió duros de plata entre todos los huérfanos del contorno. Aquel año pagó de su bolsa las fiestas de la Virgen, que se alargaron por más de quince días. En todos los balcones se pusieron mantones y colgaduras, llevaron toros y toreros y las corridas se celebraron en la plaza. La última noche hubo un estallido de luces sobre el pueblo que los dejó maravillados, una lluvia de fuego trazando mil colores, mientras las varillas de los cohetes zigzagueaban más altas que la torre de la iglesia. Pasado el tiempo, llevaba don Mario a su hija a ver acostarse la luna. La subía a hombros por el camino pedregoso y aguardaban el momento en que la luna se acostaba. No tuvieron más hijos que ella, porque un mal día mataron a don Mario en una emboscada. La luz incierta de la tarde iba dominando el pueblo cuando él salió como siempre a caballo, llevando delante en la silla al pequeño Rafael. Un serrano lo había visto todo desde lo alto de una loma y fue quien relató lo sucedido. Vio apostado un corro de hombres, que al verlos venir los rodearon, sacando las navajas. Desmontaron al niño para que no se entrometiera y todos saltaron sobre don Mario al mismo tiempo. El que le había dado el alto lo alcanzó en la garganta con la faca; allí movió la hoja con tal fuerza que la rompió, saliendo de la herida empujada por un caño de sangre. Luego lo remataron con una puntilla para toros. Murió a los treinta y cinco años. En el pueblo el sol se había ocultado por detrás del Hacho, inundando el cielo con un resplandor rojizo. La torre de la iglesia se recortaba contra la pared rocosa y los árboles cabeceaban suavemente. Ana estaba haciendo encaje de bolillos a la luz de un candil: cruzaba los palillos sobre la almohadilla redonda, sujetaba los nudos con alfileres y los palillos se entrechocaban con un sonido mínimo. De pronto, sintió algo como un pinchazo en el cuello. Cuando salió al zaguán

vio que traían a alguien envuelto en una manta; era una persona porque asomaban unas botas, así que no quiso ver más y entró en la casa, horrorizada. Todos pensaron que a don Mario lo habían matado sus antiguos compañeros, porque llevaba en la frente rajada la cruz de san Andrés y se le había formado en la garganta un abrevadero de moscas. “Cayó muerto sin decir ni puñetero el pío”, accionaba el serrano. “Mientras, el niño Rafael estaba sentado en una peña, mirándolo todo”. Luego lo habían amortajado y estaba tan quieto, con las manos cruzadas; le cubrieron el rostro con una piel de zorro y pusieron un gato montés disecado a sus pies. Carcunda estaba tomando la mañana con una botella de aguardiente cuando le dieron la noticia. “Esto es el fin del mundo”, fue lo único que se le ocurrió decir. Muchos años después, la hija querría recordar sus manos; sabía que eran morenas y alargadas y que en el dedo anular lucía una tumbaga. Hablaban en el pueblo de aquella historia dolorosa que su madre evitaba siempre, que tenía entreoída en medias palabras y alusiones veladas. Doña Ana estuvo mucho tiempo acudiendo al portón de abajo, aguardando el chasquido de los cascos del bayo y su rasgar sobre las piedras mondas. A los niños los vistieron de negro, desde el lazo que la niña llevaba en el pelo hasta los calcetines y zapatos; su madre llevaba un velo espeso cubriéndole la cara y se envolvía en un manto de gasa negra que le llegaba hasta los pies. Hasta a Carcunda lo obligó a ponerse una camisa negra; el luto duró años y se empalmó con otro, porque siempre había alguien para morirse y alargarlo. La niña siempre recordaría a su madre de negro; nunca sabía si el luto era de un muerto reciente o de alguno anterior. “Duelen llagas, pero untadas menos”, decían los del pueblo. Doña Ana parecía haber muerto también; su vida se componía de sensaciones muertas y desde entonces los muertos empezaron a cobrar relieve. Muertos que antes eran como personas de cera se volvían ahora de carnes a medio pudrir. “Enterradlos antes de que se pudran”, rogaba ella en su delirio. Había dejado de hacer versos y estuvo acostada mucho tiempo, escuchando el tañer de las campanas lento y acompasado, sabiendo que fuera era de noche todavía y no tardaría en amanecer, en sonar el canto de los gallos y el tintineo de las esquilas; en la oscuridad de los párpados sentía el calor de las lágrimas, mientras oía sus propios suspiros y los ruidos de siempre. “No hay mal tan grave que no se acabe alguna vez”, la consolaban las criadas. Pero a ella seguían castañeteándole los dientes cuando salía al portón de la casa y miraba a la calle; su sonrisa era una sonrisa triste, porque había perdido al marido tan joven. Se había quitado los brillantes y se puso un aderezo de azabache que la acompañaría hasta la muerte. Su hija era una niña nacarada de piel, castaña de pelo y con los ojos color avellana. Era reflexiva como su madre, pero al mismo tiempo tenía la alegría esporádica de su abuela. Había en la casa largos rezos de rosario que guiaba doña Ana vestida de negro, contestándole las criadas sin demasiada devoción. Luego estaban las letanías y la salve, el credo y el padrenuestro por los difuntos, otro por las intenciones de nuestro Santo Padre y así hasta quince padrenuestros, todos con el avemaría y gloria. Se les abría la boca y ahogaban los bostezos, pero aún quedaban las jaculatorias. Luego la niña se despedía y la llevaban a su cuarto a dormir; a la cabecera de su cama había una pila con agua bendita y sobre la mesilla el verdó, la jarra de cuello alto y estrecho ribeteada de oro, con un vaso a juego que la cubría. Ella y su primo Rafael almorzaban con las criadas en la cocina y a doña Ana no la veían más que para rezar el rosario. Poco a poco se había ido entregando de nuevo a sus obras de caridad; se llevó a la casa a una

huérfana de cinco años a quien llamaban Niña Difuntos que luego sería, para su desgracia, la mujer de Pasos Largos. La niña era medio hija medio sirviente, sin más obligación que regar las macetas de fucsias y sacar brillo a las hueveras de la chimenea. Pasó el tiempo y el niño Rafael, que se había hecho un hombre, iba por la sierra vendiendo tocino con un borrico. Fue por entonces cuando doña Ana se murió de ganas de morirse. Su hija María le cerró los ojos y la amortajaron con el aderezo de piedras negras, que ella llamaba azabache y no eran más que trocitos de carbón endurecido. "Desde que nací lloré, pues cada día tiene su propia pena", fueron sus últimas palabras. María se llevó con ella a Niña Difuntos cuando se casó con Rafael, que había vuelto rico y le compró la fábrica de embutidos. No hubo festejos porque la novia estaba de luto y se casó de negro, con una rosa negra que el novio le trajo de la sierra, prendida en el pelo castaño.

***

TENÍA DOS AÑOS MARÍA cuando se quedó huérfana de padre; entró en la iglesia de puntillas y encontró el túmulo envuelto en crespones negros, con dos gruesos cirios a la cabecera. Le pusieron zapatos negros de charol con trabilla; creció en el patio entre jazmines y azulinas, macetas de fucsias y claveles menudos, bajo la palmera de dátiles ásperos que remontaba los tejados. Rafael la enseñaba a vaciar los melones pequeños con una navajilla, recortando dibujos en la cáscara vacía y metiendo una vela dentro, para usarlos de farolillos y adornar el patio. En el matadero de la fábrica relucían las perolas de cobre; se oía berrear a los cerdos en su último alarido mientras las mujeres ataban chorizos y morcillas en largas mesas de madera. Por la tarde los ponían de limpio y los sacaban de paseo a la plaza; a veces bajaban a la huerta y metían los pies en el arroyo, husmeaban en el alambique o resbalaban en las piedras mondas con los zapatos recién embadurnados de betún. Se cruzaban con las mujeres del pueblo vestidas de negro de pies a cabeza, envueltas en mantos negros de algodón, tapándose la cara como si todavía anduvieran los moros por la sierra. Así corrían, se agachaban, trajinaban y se volvían con el cántaro a la cabeza, que se balanceaba sin caer. Cerca estaba la casa que fue de Carcunda y luego de don Sotero el cura; los niños entraban en la iglesia donde había aromas a cera quemada y a flores marchitas, metían los dedos en la pila del agua bendita con cuidado de no remover la suciedad del fondo y se persignaban con el dedo húmedo. Allí estaba la niña descolorida vestida de monago que se llamaba Cuarenta Mártires, que tenía el pelo ralo y los ojos de un azul desvaído. "Cochina, tienes velas de mocos", le decía María, que era su prima sin saberlo, y observaba curiosa sus piernecillas retorcidas y los ropones de monago transparentes de tantos lavados y zurcidos. El día de la Virgen, Cuarenta Mártires aparecía lavada y repeinada, menos desgalichada que otras veces y con sandalias nuevas; la habían vestido de ángel con unas alas de plumas de gallina y una corona de orillo en la cabeza. "¿Has visto a mi niña? Hoy no tiene mocos", decía Emerenciana la Rubia; luego seguían resbalando por las calles en procesión, sobre los goterones de cera, cantando a voz en grito el "Venid y vamos todos". Por la tarde los niños jugaban

endomingados enmedio de la plaza, bajo los picos ásperos del Hacho y de Tabizna y al otro lado una caída pedregosa que se extendía hasta Benaoján. Al subir la cuesta del pueblo, María hallaba a las personas de siempre en los zaguanes: el viejo curandero de huesos que se llamaba Florentino el Viejo, la niña de ojos negros y tristes a quien llamaban Niña Difuntos. Lo que más le gustaba era llegar a la choza del curandero. Todos se quedaban callados cuando la veían: era siempre lo mismo, aquellas miradas huidizas, aquel callar cuando ella se acercaba. Sabía que relataban antiguos sucedidos, historias de bandoleros, heridas que nunca se cerraban y no se olvidarían. Un día se sentó junto al viejo y notó en la mejilla la caricia áspera de sus dedos. Lo miró fijamente y le dijo: "¿Cómo era mi padre?". El le contestó: "Era un hombre de una vez." Luego le mostró el cementerio abajo, en un suave desnivel. "Allí está enterrado, en la casilla con tejado verde". "Ya lo sé, mi madre me lo dice muchas veces". Cada vez se parecía más a su madre y a su abuela, alegre como ésta y sensata como aquélla. Tuvo que sacar adelante su casa, porque su madre era negada para las cuentas y se había retirado de las cosas del mundo. Doña Ana no hacía más que rezar y hacer azucenas de trapo con rabos de alambre y pistilos amarillos; aguardaba a su hermano Carcunda cuando llegaba adormilado en su caballo y trataba de convertirlo. Había cumplido María los catorce años cuando recogieron a Niña Difuntos, que no tenía más que cinco y se había quedado sola en el mundo.

***

EL NIÑO RAFAEL había pasado muchas horas retrepado en el montón de piedras donde se suponía que descansaba el cuerpo de Rafael Arcángel, su supuesto abuelo. Era rubio lo mismo que él, pero siempre fue chaparro de talla y tenía en la frente un antojo de color café que se le fue aclarando con el tiempo. También andaba trasteando por la casa, mirando a través de aquellos agujeros redondos que había en las puertas y llamaban gateras, por donde veía las pantorrillas de las criadas que zaleaban las alpargartas de acá para allá. Unas tenían piernas gordas como morcillas, algunas como palos, y él las reconocía por las pantorrillas. Jugaba con su prima María dentro de una tina; allí supo que las niñas tenían dentro de los calzones unos pellejillos rosados y brillantes. Era muy joven Rafael cuando, a lomos de su borrico, empezó a trabajar acarreando fardos de tocino añejo por la sierra. Se acostaba bajo las estrellas entre jara y retama florecida y en invierno escalaba ventisqueros, gargantas donde el aire rugía y tronaban las tormentas. En el camino se unía a los contrabandistas que llevaban tabaco de Gibraltar a toda Andalucía y, para llegar a los cortijos, se estaban jugando el pellejo en cada curva esquivando a la guardia civil. Nunca las alforjas del niño volvieron de vacío. Cuando creció vestía pantalón de pana, botas de cuero con correderas en los tobillos, chaqueta corta a la andaluza y sombrero de ala ancha, matando el gusanillo de mañana con un vaso de aguardiente. Cuando su prima se lo afeaba, él le decía: "Me he criado en la sierra, no querrás que me desayune con un cuenco de leche". Se había propuesto comprarle la fábrica de embutidos y luego casarse con ella, que se había quedado sola con Niña Difuntos. De nuevo se remozó la casa, las ranas de la fuente soltaban

chorros por la boca y en la pila nadaban peces rojos y panzones. En una pared del patio colocaron una capilla con el Cristo del Gran Poder, bajo un tejadillo vidriado por donde trepaba el jazmín. El había llevado a la casa una culebra para que se comiera los ratones y se deslizaba por los corredores como la sombra del Edén. Con el tiempo, el matrimonio tuvo tres hijas a las que pusieron de nombre Alacoque, Consuelo y Amelia. Por entonces, Rafael recibió en su casa a los ingenieros suizos que venían al pueblo para construir un pantano. Fue desde el principio un proyecto disparatado, ya que la montaña estaba hueca y llena de agujeros, de forma que el agua se colaba y el embalse se quedó sin terminar. Los ingenieros se volvieron a Suiza con sus esposas, llevando ellos sombreros de ala ancha y ellas mantones de Manila que legarían a sus nietas. Rafael se había comprado el mejor caballo de la serranía, un alazán careto que no tenía cinco años; un día pasaba con él por la cancha de Cantarranas, sin saber que el bandolero Pasos Largos lo aguardaba escondido. Le dio el alto, apuntándolo con su escopeta. Era muy alto y seco, tenía las pupilas de un gato y sobre la camisa raída le penduleaba una cruz de metal; a continuación, le pidió cuarenta mil reales contantes y sonantes. “No tengo tanto disponible. Sólo diez mil, en la casa del pueblo”. “Mandaremos por ellos”, dijo Pasos Largos. Pegó un largo silbido y de las matas salió un zagal. “Avisa al aparcero de don Rafael y díle que aquí lo aguardamos”. Cuando llegó el colono, le dieron el recado para doña María. “Y que no tenga miedo, que estoy en buenas manos”, dijo el amo con sorna. Había desmontado y estuvieron echando un cigarro; como Rafael tenía hambre, el bandolero sacó del zurrón pan negro y un trozo de queso y se pusieron a comer. Al final le pidió el reloj para resarcirse del convite y el otro se lo dio sonriendo. “Los negocios son los negocios”, le dijo. Jugaron a las cartas para entretenerse y Pasos Largos le ganó el suelto que llevaba. Cuando el aparcero volvió con el dinero, cada cual se fue por su lado. Poco después, Niña Difuntos se echaría a la sierra con el bandolero. Por entonces nombraron alcalde del pueblo a Rafael; llevó la luz eléctrica, remozó la escuela y construyó lavaderos nuevos cerca de la fuente. Tenía en su despacho un retrato del rey y tuvo que quitarlo cuando llegó la República. Se había granjeado enemigos y el peor era el administrador de unos marqueses de Ronda. “Guárdate del agua mansa”, le decía su mujer cuando estalló el Movimiento. Todo pareció empezar cuando María perdió el solitario que había heredado de su madre. Lo buscó por todas partes, trajeron fontaneros que casi desbaratan la casa rastreando las cañerías, pero el brillante de la sortija, gordo como un garbanzo gordo, no apareció. Aquel día Florentino Zunifredo parecía mohíno y la miró con gravedad. “Con bien venga el mal si viene solo”, pronosticó. Ella se estremeció, temiendo lo que ocurriría después. Rafael desapareció y no lo volvieron a ver. Hasta que un tal Pastor, hijo de Florentino Zunifredo, contó que vio cómo lo quemaban en el campo, sin haberlo fusilado primero. Buscaron sus cenizas y sólo hallaron los gemelos de la camisa que llevaba puesta. El mismo día apareció muerto el Careto; se había tumbado en la cuadra y no volvió a levantarse. Estamparon el nombre de Rafael en una lápida a la puerta de la iglesia; María dejó Montejaque para marcharse a vivir a Ronda, a una casa al lado de la plaza de toros.

***

CUANDO NACIÓ ALACOQUE, el siglo veinte tenía cuatro años. Fue desde siempre una niña desgarbada y alta, vivo retrato de su tío Frasquito; los vestidos se le quedaban cortos y los tenían que alargar, igual que ocurriera con la ropa de su tío-abuelo. Tenía la rara habilidad de hacer las cosas torcidas, más por aturdimiento que por malicia. Las criadas la tomaban por loca porque hablaba con los pájaros; a los siete años tuvo la meningitis, se le torcieron los ojos y salió de la enfermedad entendiéndose con las aves. Era más mentirosa que la luna y tan fina como un cardo borriquero. "Miente más que da Dios", se quejaba su padre, pero Florentino Zunifredo, el curandero, le acariciaba la cabeza y la disculpaba. Él mismo le dijo que si orinaba en el extremo del arco iris se volvería varón; desde entonces la niña perseguía al arco iris cada vez que salía, sin que nunca diera con la punta. Otra vez se fue con una amiga pobre a vender castañas por los pueblos y a la vuelta llevaba las rodillas llenas de mataduras. "Con ésta, es lo mismo que majar hierro en frío", se quejaba su padre, pero el curandero la disculpaba por aquello de la meningitis. Por la tarde burreaba en la plaza con los muchachos o saltaba las tapias del cementerio, para jugar a las tabas encima de las tumbas. Andaba siempre con Pastor, el hijo de Florentino Zunifredo; chupaban regaliz de palo hasta que se convertía en una escobilla o robaban algarrobas para hacer rosarios con las pipas. "Mientes más que parpadeas", le decía su madre, y cuando alguien mentaba a la bicha, ella hacía muy deprisa la señal de la cruz. Su padre le trajo de Ronda un libro de urbanidad para que aprendiera a comportarse, pero con ella era como sembrar en el camino, que se cansan los bueyes y se pierde el trigo. "Esta niña está aventada", se quejaba la madre, porque andaba siempre zarceando por la fábrica y columpiándose de una soga en el matadero. Se pirraba por los muchachos desde muy pequeña, y cuando sus amigas estaban orinándose en la cama, ella ya tenía una larga vida sentimental. Ni castigos ni amenazas la hacían desistir de pelar la pava en la ventana con el primero que llegaba; tuvo un novio albañil, otro titiritero, y hasta un vendedor de fritadas negro como un moro, que había pasado por el lugar montado en una mula torda. Un año por ferias llegó al pueblo un faquir, y Alacoque se enamoró de él. Era un hombre flaco todo lleno de huesos, llevaba un turbante a la cabeza y se pasaba el tiempo tumbado en una tabla con pinchos. Estaba dispuesta a marcharse con él, y lo hubiera hecho si él no hubiera desaparecido una noche como por arte de magia. A los quince años terminó por hacerse novia de Pastor, que tenía su misma edad. Un domingo decidieron escaparse juntos, y su hermana Consuelo no pudo hacerla desistir. El día fijado caía en jueves, y cuando Alacoque fue a despedirse de la hermana menor, la escena no fue como para derretir las piedras. "Buscaré un trabajo", le dijo, y ella sin dejar de zurcir calcetines, contestó: "¿Un trabajo? Será de corista, porque lo que es de otra cosa... No sirves ni para freír un huevo". Era medianoche cuando don Sotero el cura, que volvía de dar los óleos a un agonizante, se los topó junto a la fuente. Primero vio a Alacoque y luego un bulto blanco que se movía en la oscuridad, y era que Pastor se había vestido de fantasma. Llevaba por encima una sábana grande y encajado en la frente un trébede en forma de corona; en cada una de las tres patas del trébede había atado una vela encendida, y las tres humeaban ahora, apagadas por el airecillo. "Vas a matar a tu madre a disgustos", le dijo a la chica don Sotero, mientras la llevaba a su casa a empujones. "¿Hasta dónde pensábais llegar, pecadores?" Fue entonces

cuando los padres determinaron mandar a las tres niñas a un colegio de monjas en la capital. Amalia, la menor, no tenía más que seis años. Consuelo tenía trece, y Alacoque estaba metida en dieciséis. Era primavera cuando llegaron al colegio del Monte. Por entonces Consuelo era regordeta, con un hoyuelo en la barbilla, y cayó bien a todo el mundo. Rezaba el rosario en las filas, y en sus ratos libres pintaba estampas de pergamino con lirios y azucenas, que luego las monjas vendían en las rifas. En cambio Alacoque parecía un alma en pena, los uniformes le quedaban mal y llegaba tarde a todas partes. Acudía tarde a la capilla y al recreo, y siempre olvidaba el velo, el devocionario o los guantes. Guardaba en el pupitre meriendas atrasadas y rancias y trozos de pan duro, libros sin estrenar, y dentro de la tapa prendía con chinchetas a los actores del cine mudo, recortados de las revistas. Los domingos se aburría de muerte, jugaban a civiles y ladrones, y como era tan bruta todas temían sus embestidas ciegas. Apenas tenía amigas, y al final las monjas tuvieron que avisar a sus padres: "Vale más que se la lleven, esta chica está demasiado encerrada en sí misma". Estaban a punto de mandar a buscarla cuando ella, por llevar la contraria, decidió quedarse en el convento. Desde entonces cambió de medio a medio, y en lugar de sembrar la rebeldía entre sus compañeras, se hizo tan dócil y amante del colegio que no quería ir a su casa ni durante las vacaciones. Sus padres tenían que llevársela a rastras, de modo que las malas lenguas llegaron a decir que no era hija natural, sino que la habían adoptado. Tanto tiempo pasó en el internado, que al final jugaba al tenis con las hijas de sus antiguas compañeras. Sólo consintió en salir cuando Amelia, a la que llevaba diez años, dejó el colegio para casarse con don Camilo el médico. Poco tiempo después, quiso el destino que Alacoque conociera a un italiano llamado Zito Palli. Lo oyó cuando cantaba ópera bajo un automóvil, mientras arreglaba una avería del tubo de escape. Cuando se puso en pie vio que era un hombre bajito que no le llegaba ni siquiera al hombro, pero aún así se enamoró de él, y siguió enamorada hasta la muerte.

***

ZITO PALLI HABÍA NACIDO en Buenos Aires de padres italianos, pero nunca se desprendió de su lengua materna. Había ejercido multitud de oficios, viajado por muchos países, y conocía muchos idiomas, menos el castellano. Fue camarero en Francia y cantante de ópera en Londres, y hacia el año treinta llegó a Ronda, donde coincidió con Pasos Largos tomando café o jugando a las cartas en el café Sibajas. Llevaba el pelo muy repeinado con gomina, botas lustradas y corbata de pajarita, y en el dedo anular una gruesa sortija con sus iniciales. Usaba un bastoncillo con puño de plata que le hubiera servido a un niño de diez años, y al caminar daba saltitos como un pájaro, como si tratara de sobrepasar lo menguado de su estatura. Para saludar a las damas se doblaba por la mitad en ángulo recto, llevaba siempre los pantalones impecablemente planchados, y para ello los estiraba por la noche debajo del colchón. Lustraba las botas a diario con escupitinas, y las frotaba minuciosamente con una bayeta amarilla. Él mismo almidonaba los cuellos de sus camisas, con una vieja plancha de hierro que transportaba en su maleta de piel de cocodrilo. Se había especializado en la busca de objetos romanos y árabes, y a ratos ejercía como

guía de turistas. Les mostraba las bellezas de Ronda que conocía como nadie, y en un español chapurreado les contaba que allí luchó Sertorio contra Pompeyo, y que él mismo le dio el nombre de Munda. Le estuvo mostrando la plaza de toros al gobernador, el día en que llegó a felicitar a las autoridades por la muerte de Pasos Largos. Y mientras no podía dejar de pensar en aquel cuerpo muerto que se estarían comiendo los gusanos, explicaba de memoria: "Fíjese en la barrera de pietra y en el antepequio del balcón, de pura forja rondeña". Era la segunda vez que el gobernador visitaba Ronda, y tenía prisa por volver a Málaga, pero tuvo que oír cómo le enumeraban toda la dinastía de los Romero, toreros de Ronda que fijaron las leyes del toreo. "La plaza es propiedad de la Real Maestranza", intervino el alcalde, y él asintió: "No é la más antigua, ma sí la piú fermosa. Interior neoclásico, chento cuarenta archi rebajati sobre ágiles colonnas de pietra". Poco después, Zito Palli visitó Montejaque; estaba arreglando una avería cuando pasó Alacoque, que en al acto se enamoró de él por los trémolos de su voz. En su casa no lo querían porque era aventurero y de procedencia dudosa, y tuvieron que celebrar la boda sin el consentimiento de la familia, el mismo día que se casaba su hermana Consuelo con un tal don Jesús, emparentado con el marqués de los Zegríes. Pronto, Zito Palli se dio cuenta de que Alacoque tenía una facilidad pasmosa para los idiomas: dominaba el francés y el inglés, chapurreaba el alemán, y pronto supo el italiano mejor que su marido. Todo lo había aprendido sola, en los diccionarios y en las enciclopedias, así que él tuvo que prohibirle su consulta para que no lo dejara mal. "Ya sabes bastante, ahora dedícate a hablar con los pájaros", le sugirió inocentemente. Se habían comprado una bonita casa frente a la alameda, y como nunca tuvieron hijos, su sobrina Águeda pasaba largas temporadas con ellos. Era la hija mayor de Amelia y don Camilo el médico. La querían de veras, y ella les correspondía; Alacoque la vigilaba desde la terraza cuando la niña se subía trepando al quiosco de la música, o saltaba desde los poyetes. Por entonces Alacoque tenía el pelillo suave y ralo como plumón de pájaro, usaba dentadura postiza, y siempre llevaba de un brazo un gran bolso, y del otro a su marido bajito. Él había podido comprar una pequeña finca al pie del puente romano, con tan buena fortuna que descubrió en ella unos legendarios baños árabes. Bajaban hasta allí bordeando el palacio del marqués de Salvatierra, con su fachada de sabor incaico donde un par de muchachitas de piedra se cubrían sus partes pudendas con las manos, mientras dos hombrecillos les sacaban la lengua. Luego atravesaban el arco del sillón del rey moro, el puente árabe y el romano, hasta que llegaban a la huerta. Un día Zito Palli estaba arreglando las coles, cuando se abrió un profundo agujero a sus pies. Bajó colgado de una cuerda, y halló una serie de salas llenas de ajimeces y de arcos lobulados; descubrió el lugar por donde pasaba el vapor al baño principal, y halló la sala de relajación, y la de los masajes, mientras Águeda lo aguardaba arriba junto a las coles. "Non vivía mal Ahmed El Zegrí", exclamó al salir, después de trepar por el agujero. Instaló un anticuario en su casa frente a la alameda, y desde entonces convivió el matrimonio con las monedas y medallas antiguas, y los toros ibéricos de piedra berroqueña. Vendía de todo, cachivaches romanos y piedras de colores que estaban guardadas en vitrinas con fondo de terciopelo, y los turistas los sorprendían almorzando entre capiteles corintios. Zito Palli se especializó en venderles a los extranjeros el reloj de bolsillo de Pasos Largos, y para ello no daba abasto a hacerse con relojes antiguos de toda procedencia. Se dedicaba a mandar

carteles de toros grabados en seda azul celeste a los más ilustres personajes del mundo; ellos le contestaban, y tenía cartas de las más famosas estrellas del cine, del presidente de China comunista y de la otra, del duque de Edimburgo y su mujer, de cuatro presidentes de Estados Unidos, y hasta del general Franco que no escribía cartas a nadie. Algunos empezaban a ponerse amarillos cuando Alacoque quiso enseñarle a Águeda la lengua de los pájaros, así como el francés y el inglés, pero Águeda no descubría la pólvora, ni se le daban los idiomas. Sí le gustaba mirar aquellas piedras rojas como rubíes, verdes como esmeraldas, aunque nunca estuvo segura de que fueran en realidad más que pedacitos de cristal. Así que la tía la dejó por imposible, y se dedicó a buscarle un novio. Le regaló una colcha de seda italiana con faisanes bordados para cuando se casara, pero la colcha estuvo tantos años guardada, que acabó deshilachándose la seda y sólo quedaron los faisanes al aire, bordados en colorines.

***

CONSUELO HABÍA SIDO una niña regordeta y bonita. Tenía hoyuelos en la cara como su abuela doña Ana y era piadosa como ella, pero heredó la alegría de su bisabuela doña Laura, aunque siempre la vestían de negro porque no había acabado un luto cuando lo empalmaba con otro. Iba a la catequesis que impartía don Sotero el cura, y él le daba recortes de oblea que se le deshacían en la boca como los barquillos. Guardaba estampas de todos los santos, de san Antonio con el Niño en brazos, de la Milagrosa con rayos en las manos y de san Juan Bosco rodeado de niños. Tenía la casa llena de altares adornados con pensamientos y margaritas; las estampas terminaban alabeándose al sol en el poyete de las ventanas, y las flores por amustiarse en los frascos de brillantina. Le gustaba cantar arias de zarzuelas, y lo hacía tan mal que la mandaban a los cebaderos a entonar “La linda tapada”. Cuando a los trece años la llevaron interna al colegio de monjas, sor María de la Fe empezó a enseñarle a pintar estampas devotas, y ella se pasó años iluminando a la acuarela varas de azucenas y manojos de violetas sobre el pergamino. Pronto la hicieron Hija de María, en aquella capilla donde brillaban los dorados y titilaban las luces de las velas. Luego, su padre le compró unos tubos de pinturas de óleo, y desde entonces consumía sus vacaciones pintando la serranía, y las piedras grises veteadas de blanco que había entre Montejaque y Benaoján. Lo hacía de memoria, porque se sabía de memoria su pueblo, y el aguarrás se iba tiñendo mientras surgían en la tela las lajas verticales y lisas apiñadas en grupos. El vestido de luto de Consuelo contrastaba con el blanco de la cal en las paredes, su perfil era nacarado y sus manos blancas y finas. Un día quiso pintar una Purísima, y todos vieron con estupor que tenía las pupilas coloradas. Entonces se dieron cuenta de que era daltónica, y que no había sido un simple capricho que pintara en verde el tejado de la ermita cuando en realidad era rojo, y que las manchas color rosa eran para ella de un verde muy claro. Nunca entendió nadie si confundía el rojo con el verde porque los veía iguales, o era que los trabucaba, o era que ni siquiera los veía. Su afición estuvo a punto de venirse abajo por el inconveniente. Le sugirieron que se dedicara a la escultura y la casa se llenó de pequeñas arquetas talladas con cabezas de guerreros,

de bargueños enanos haciendo juego con pequeñas mesas salomónicas, y de jamugas diminutas que se abrían y cerraban como las de verdad. Pero luego volvió a su afición natural y siguió pintando paisajes de memoria y estampas con azucenas. Cuando salió del internado había adquirido distinguidos modales, era bonita y lo sabía, y se pasaba horas ante un espejo de tres cuerpos que le devolvía su perfil. Tenía muchos pretendientes, como en tiempos le sucediera a doña Laura, pero tampoco se decidía por ninguno. Un verano actuó en Ronda en una función de aficionados y allí conoció a don Jesús, que era primo y cuñado del marqués de los Zegríes. Estaba lindísima, y desde que la vio él se quedó prendado de Consuelo. Por entonces los dos tenían que ayunar porque habían cumplido los veintiún años, y se atiborraban en el almuerzo para evitar el hambre de la noche. El era un estudiante aventajado que estaba terminando la carrera de derecho y pensaba preparar notarías. Empezó escribiendo a Consuelo, luego se hicieron novios y él seguía preparando oposiciones, y se hubieran convertido en viejos si Dios no lo hubiera remediado. Pero lo remedió, y don Jesús salió notario. Ella dibujó los muebles a escala en pequeño, instalaron un taller en el alambique y un carpintero los reproducía a tamaño natural. Cuando al fin pudieron casarse, ella estaba nuevamente de luto, y además tenía un grave inconveniente, y es que nunca había relacionado el acto del matrimonio con el flujo menstrual. Se tuvo que cambiar la fecha de la boda, hubo que dar explicaciones a la familia del novio, y hasta al novio con mucha vergüenza, porque también estaba en la inopia. Quiso el destino que quedara embarazada en su primera noche, porque no volvió a ver la regla ni la vería nunca, ya que siempre paría o criaba. Pasaron la luna de miel en París, en el palacete deshabitado que había mandado construir el primer marqués de los Zegríes, antepasado del novio. Allí estuvieron encerrados una semana, mientras a su puerta se acumulaban los periódicos y las botellas de leche. Hicieron el amor a la manera de los argentinos afincados en París, y mientras a él se le crotulaban los epídimos, ella aprovechaba para opilarse los escatilunios gritando evohé, evohé, muchos años antes de que lo experimentaran Lalita y Oliveira. Cuando salieron estaban agotados, y ella creyendo que cometía un grave pecado si a su marido se le negaba una sola vez. Cuando recogieron las botellas ya se había cortado la leche, las noticias estaban atrasadas y ella estaba preñada del mayor, y a don Jesús tuvieron que ponerle durante muchos meses inyecciones de hígado de bacalao. Consuelo fue maestra en sarampiones y toda clase de erupciones infantiles, se daba una maña especial para provocar el eructo de la criatura, porque durante doce años se dedicó exclusivamente a la recría. Crió al pecho a todos sus vástagos, y si no crecieron más fuertes y robustos no fue culpa de ella, sino de los genes paternos, porque todos salían a su padre y eran varones descoloridos con pecas oscuras. Al primero lo llamaron Pedro, y según iban naciendo les fueron poniendo los nombres de los apóstoles. Don Jesús había colgado el título de notario que tantos sudores le costó, y vivían en la casa de Montejaque que había abandonado doña María. Consuelo rezaba todos los días el rosario como su abuela doña Ana, pero se ahorraba los padrenuestros y jaculatorias, y entre misterio y misterio le daba la teta al apóstol de turno. Porque nunca hicieron el amor contra natura ni usaron ninguna clase de anticonceptivo, así que estaban libres de pecado y tenían el alma como los ramos de azucenas. Ya al final la cosa cambió, bien porque él hubiera perdido las ganas, o es que estaba demasiado ocupado escribiendo la Historia de las Generaciones, una especie de genealogía familiar. Con eso, y con

que los años no pasan en balde, no estaba para muchos retozos. Pero en un principio había siempre dos bebés casi iguales en las bonitas cunas niqueladas; por la tarde bañaban a todos los hermanos y los llenaban de volantes y encañonados, y cuando salían a la plaza con sus niñeras, aquello no parecía una familia, sino la salida de los toros. Cuando el padre volvía de Málaga de completar el material para las Generaciones, todos acudían a él como moros a pasas porque les traía triciclos de maderas pintadas y coches con pedales, trajes de torero y hasta un disfraz del Coyote, con sombrero negro y antifaz. Una vez les llevó once gaitas con largos flecos de seda que ostentaban los colores de la bandera nacional; desde entonces, andaban unos tras de otros como cangilones de noria, soplando las gaitas. "En esta casa el más tonto hace aeroplanos", decía muy satisfecho don Jesús. Crecieron los hermanos, hasta convertirse en unos muchachos correctos y educados. "Ellos para arriba y nosotros para abajo", decía el padre moviendo la cabeza, pero a punto estuvo de perder al primogénito. Pedro, el mayor, era aficionado a las armas de fuego. Un día que estaba jugando con la pistola de su padre estuvo mirando por dentro el cañón, y cuando la volvió hacia abajo la pistola se disparó, y le encajó un tiro en el pie. Bien fuera por la providencia o la suerte, lo cierto es que a poco se le mete el tiro por un ojo. Hubo una procesión de acción de gracias con penitentes y monagos, con estandartes y banderas, y a excepción del herido todos sus hermanos hicieron prematuros votos de castidad, aunque decía la gente que se lo había ordenado el padre para evitar engorros genéticos de nuevos tartajosos. Con el tiempo fueron ingresando en el Opus Dei, no sin antes procurarse una buena dote y equipos completos, porque se iban al extranjero y allí tenían que alternar. Escribían a casa cada siete días y echaban las cartas escalonadas según la procedencia, desde el más lejano que estaba en Sumatra y tenía que escribir con una semana de antelación, al más cercano que se había quedado en Sevilla.

***

GUADALUPE CONSUELO fue un producto otoñal de su madre. Era la menor de los doce apóstoles y once años más joven que el que la precedía. Estuvo en un tris de llamarse Judas Iscariote, de lo que la libró su tía Amelia, que fue su madrina de bautizo. Creció consentida, comiendo chucherías y haciendo destrozos, y era más fuerte que todos sus hermanos juntos. "Esta niña está creciendo como los salvajes de África", se quejaba su madre, ya en los sofocos de la menopausia. Desde que abandonó la lactancia hablaba como un carretero, y adoraba bajar al cebadero y mecerse en el columpio de cuerda que había sido de Alacoque, porque dando impulso daba con los pies en las vigas del techo. Montaba la bicicleta de su padre, despreciando la suya que tenía ruedecillas a los lados, y se metía a jugar en la carbonera con los chicos del pueblo. "Es más áspera que un cardo cuco- se desmoralizaba don Jesús.- Ha salido a su tía Alacoque, aunque mucho más burra". Consuelo sacaba fuerzas de flaqueza para perseguirla por los corredores y meterla en el baño, porque era enemiga del jabón, y una niña tenía que tener bien limpias la cara y las manos, tenía que lavarse los dientes después de comer, y no podía amarranarse nunca. No iba a la escuela

nacional, sino a un colegio privado que había abierto el Opus en el local del alambique. Enredaba en las clases y pateaba con disimulo a las compañeras, cerraba el pupitre de golpe y lo rayaba con una cuchilla, trazando corazones con su nombre ligado al de todos los chicos del pueblo. Un día llegó al pueblo un fraile vestido de marrón, y se hospedó en su casa, porque venía a imponer los escapularios como se había hecho en el pueblo desde tiempo inmemorial. "¿Quieres ser monjita?", le preguntó a Guadalupe Consuelo, y ella le contestó que se iba a hacer monja de dos en celda. "Bendito sea el Señor", se santiguó él. A los nueve años, su primer ejercicio de redacción causó estupor entre sus maestras: "Caperucita era una linda niñita -decía-, con unas rubias trencitas y un delantalito de flores. Salió de su casa a llevarle varias cosas a su abuelita. Pocos días antes, Caperucita había encontrado sangre en sus braguitas, y se había asustado mucho. ¿Qué es esto, mamá? ¿Será que he reventado por dentro? No, Caperucita, estáte tranquilita, es solamente que te has convertido en mujercita. Pero ahora tienes que tener mucho más cuidado con el lobo". La pusieron al fondo de la clase para que no contaminara a las demás, y sólo cuando don Jesús le regaló a la profesora una máquina de cortar chorizos en lonchas, y chorizos para cortar, la maestra se mostró más amable. Guadalupe mentía más que la gaceta, igual que su tía Alacoque; tiraba piedras de fósforo entre las piernas de las viejas, y mientras las otras daban la lección, ella tarareaba por lo bajo canciones de cuplé, y se hurgaba dentro de las bragas buscando los rincones. Fue por entonces cuando sufrió el accidente que la dejaría inútil para procrear. Estaba su padre trabajando en su Historia de las Generaciones, y tanto lo importunó que él la persiguió por toda la casa con una vara en la mano. Ella saltó por el balcón, con tan mala fortuna que quedó ensartada en una estaca de la plaza. El médico le extendió un certificado de virginidad, y sus hermanos la llevaron a recorrer el mundo para que olvidara su desgracia; pero ella no era desgraciada en absoluto, porque ya no tendría que hacer voto de castidad como los otros. "No tendré que tomar píldoras -decía despendolándose a reír-, así que no me saldrán varices. Ni tendré que usar aparatos incómodos, ni respetar los ciclos, y podré hacer uso del matrimonio cuando me dé la gana". No tenía once años y había recorrido los cinco continentes. Sus hermanos le traían de China muñecos fabulosos, cestillos de labor llenos de sedas de colores, pero era como echar guindas a la tarasca. En cambio, era una experta imitando a Elvis Prestley, y les pedía a los reyes tocadiscos y estéreos que instalaba en un altillo, cerca del matadero donde se mezclaban los berridos mortales de los cerdos con los acordes de la música rock. Cuando sus hermanos la querían hacer del Opus Dei, ella se burlaba y hacía muecas soeces a sus espaldas, por causa de los genes que había heredado de Carcunda. Cuando murió su prima Águeda, que era moza vieja, ella le organizó un funeral de rock-and-roll. Por entonces mucha gente del pueblo se había marchado a Alemania, y mandaban dinero a la familia. Todos arreglaban sus casas: todas tenían ahora un tresillo al entrar, en las paredes papeles floreados, y habían convertido el corral en un cuarto de baño con losetas negras hasta el techo y grifos dorados. Todos acogían con cariño a Consuelo llamándola Señora, y le mostraban las novedades venidas de Alemania. Habían sustituido las plumas de pavo real de los búcaros por flores de plástico con olores diversos, y habían quitado las losetas del suelo que antes pintaban con almagra por grandes losas de terrazo. Y se mostraban orgullosos del cuarto de baño que ocupaba el sitio del antiguo corral, sobre todo si tenía los azulejos negros y los

grifos dorados.

***

AMELIA HABÍA NACIDO el mismo año que empezó la primera guerra mundial, el mismo en que murió Carcunda dormido a lomos de su caballo. Era retaquita como su padre don Rafael, y era su predilecta; también lo era de Florentino Zunifredo, que le enseñaba coplas y le contaba cuentos de aparecidos. No tendría más de cuatro años cuando el ingeniero suizo que estaba construyendo el pantano la vio bailar la Tarántula encima de una mesa, y tanta gracia le hizo que le regaló un espejo de plata con mango, con sus iniciales grabadas. A los seis años, sus padres la mandaron interna al colegio del Monte. Llevaba una caja de aseo lacada con escenas de chinos, con las caras de hueso y marfil. A Amelia nunca le gustaron los estudios. Su ilusión era empezar un cuaderno, lo hacía con primor subrayando los títulos en rojo con letra cuidada, pero a las dos páginas ya estaba lleno de tachones. Nunca pudo aprenderse que el metro era la diezmillonésima parte de un cuadrante del meridiano terrestre, o sea la parte comprendida entre el polo y el ecuador; apuntaba las fechas de las batallas en la palma de la mano, y para aprenderse las bienaventuranzas echaba mano de trucos mnemotécnicos, y luego olvidaba los trucos. Amelia aprendía piano, mientras Consuelo estaba pintando estampas con azucenas. La nota redonda le recordaba a una señora gruesa y afable, la blanca era una mujer que no había engordado todavía pero llevaba camino de ello, y la negra una muchachita pizpireta tostada por el sol. Las corcheas eran niñas cogidas de la mano, y las fusas aves con las alas desplegadas. Los puntillos parecían cagadas de mosca y el bemol una be pequeña, y al entonar la nota había que quedarse corta como si la nota no se atreviera a subir. Había en el colegio un letrero que decía "Clausura", de donde no se podía pasar, y por eso Amelia soñaba por las noches con pasillos oscuros y celdas, y le hacía gracia que las monjas se bañaran en camisón, y que no pudieran tocar sus partes pudendas. Había cumplido quince años cuando su padre la llevó a la feria de Arcos. Vio reflejado en el espejo del café a un muchacho muy guapo, y al momento se enamoró de él. Resultó que era médico y se llamaba don Camilo; la llevaba ocho años, y en un pueblo cercano trataba de erradicar el paludismo y las endemias que asolaban por entonces la Serranía. A don Camilo le hizo gracia Amelia, tan menudita, porque además le gustaba el jamón, y de eso había mucho en casa de don Rafael. La muchacha volvió al internado, tan enamorada que perdió las ganas de comer y se estaba quedando transparente. Un día, don Rafael recibió en Montejaque la visita del médico, que venía a pedir la mano de su hija. La noticia la hizo revivir, y guardaba las cartas del novio en la caja de aseo con chinos en la tapa; así que lo mismo las cartas que una fotografía de don Camilo vestido de tuno, olían a jabón y agua de colonia. Amelia curó desde entonces, y no había cumplido los diez y ocho cuando salió del colegio para casarse. Nunca se había visto en la comarca un ajuar como el suyo, y así don Rafael, que no era tacaño, se puso pálido cuando le entregaron la factura de los filtirés. "Tiene más suerte que el niño de la bola", decían las amigas, porque el novio le regaló una pulsera de brillantes para la pedida. Pero cuál no sería la consternación de la familia, cuando el médico se negó a pisar la

iglesia para casarse. No practicaba ni recibía los sacramentos en lo que le alcanzaba la memoria, y se negó a confesar aunque le rogaron y le suplicaron. Al final llegaron a un arreglo: la boda se celebró en el oratorio de la casa, y el párroco nuevo que era un hombre joven y liberal, a quien llamaban el Cura Mocito, eximió al novio de todo sacramento previo, y él mismo los casó. Y entrando en la capilla, la desposada era tan menuda que parecía vestida de primera comunión.

***

DON CAMILO EL MÉDICO había nacido en La Coruña de una familia numerosa. Tenía el pelo negro y ondulado, unas dentadura perfecta y el perfil un tanto aguileño. Cuando terminó la carrera se marchó a Andalucía, dentro de la lucha antipalúdica. Allí conoció niños enfermos de kalazar que empezaban por ponerse pálidos, les crecían las pestañas y se les llenaban las mejillas de un vello oscuro y suave que era el aviso de la muerte. Luchaba contra los parásitos, formaba parte del ejército silencioso que dedicaba sus días a erradicar la endemia, aferrada desde siempre a los hombres, mujeres y niños que la padecían ya en forma resignada, como si hubieran sido conscientes de su impotencia. Entre los afectados del paludismo estaban los niños pálidos de piel transparente que padecían kalazar, que con sus ojos hundidos y sus manitas sudorosas se agarraban al embozo crispados por la fiebre; había vientres hinchados bajo las pobres mantas, y ojos asustados bordeados de largas pestañas, tan largas y tan espesas que parecían un milagro a sus madres, y no eran más que el principio del fin. Porque el parásito se había apoderado de sus cuerpecillos, del interior de su bazo y de la médula de sus huesos, chupaba su sangre y deshacía sus glóbulos, mientras que por un extraño fenómeno las pestañas crecían y las mejillas se cubrían de un suave vello oscuro. Con el tiempo, don Camilo llegó a conocer al dedillo toda clase de mosquitos, de forma que su tesis doctoral versó sobre un ejemplar raro, antes desconocido por allí, y del que sólo se había visto otro espécimen en Europa. Todos los periódicos de Andalucía habían publicado la noticia en primera página. Fue por entonces cuando vio a Amelia reflejada en el espejo y le hizo gracia aquella muchachita menuda, y más cuando alguien le dijo que su padre era el amo de media Serranía. Cuando llegó a Montejaque a pedir su mano, le admiró la distorsionada geometría de los tejados desiguales, desparramados en la ladera. Pasado el tiempo don Camilo se instaló por su cuenta en la provincia de Sevilla. Cobraba a duro la consulta y los enfermos abarrotaban la sala de espera, el rellano de la escalera y hasta el cuarto de baño; se sacaban todas las sillas de la casa y terminaban sentándose en los escalones. Tenía en el laboratorio tubos llenos de sangre roja y de orina amarilla; introducía la pipeta y las trasladaba al portaobjetos, y luego estudiaba su composición en un viejo modelo de microscopio. Al final se hartó de ganar duros en la provincia de Sevilla y se trasladó a Málaga, donde no cobraba a los pobres y se desquitaba con los ricos. Sus hijas nunca lo vieron ir a misa, y para tranquilizarlas él les decía que había ido de madrugada. Amelia conservaba sus cartas en la caja de chinos que seguía oliendo a jabón y a colonia; sobre la

coqueta estaba todavía el espejo de plata con sus iniciales, y en los cajones conservaba abanicos de blonda con escenas románticas, estampas de la Virgen pintadas con ramos de azucena, guantes de piel de cabritilla, y abajo las zapatillas de paño de don Camilo. A Águeda, su hija mayor, lo que más le gustaba era aquel espejo ovalado con mango, con las iniciales grabadas, que le regalara a mamá el ingeniero suizo que hacía el pantano en Montejaque, por bailar de niña la Tarántula encima de la mesa.

***

TENÍA ÁGUEDA DOS AÑOS cuando su madre se quedó embarazada por segunda vez. Dio a luz en Ronda, en la casa frente a la plaza de toros, donde doña María, su abuela, se acababa de mudar. A la recién nacida la llamaron Plácida, y el que le puso el nombre debió ser adivino o profeta. Plácida fue bonita desde siempre, se parecía a su padre y tenía los ojos negros como él. Era tan pacífica que no lloraba nunca, ni cuando la dejaban olvidada en la azotea, horas y horas debajo de la lluvia metida en su capacho de palma. Fue lista desde que nació, al contrario que su hermana Águeda; y aunque nadie la enseñó a leer, un día la encontraron en la cuna leyendo el periódico de corrido. Siempre le habían llamado la atención aquellos garabatos tan graciosos que los mayores llamaban letras, hasta que empezó a juntarlos de dos en dos, luego de tres en tres, y quisieron decir algo conocido. No tenía dos años y leía los cuentos de Pepinillo y Garbancito, los de hadas noruegas y los de Pinocho, que tenía una nariz larga de madera y una casaca azul con vuelos, un lazo al cuello y un gorro puntiagudo. Le daba pena de Aladino cuando su malvado tío lo dejaba encerrado en la cueva, pero luego se consolaba cuando los genios trabajaban de noche para él, y le construían un palacio de lapislázuli con los pasamanos de oro macizo. Jugaba al ajedrez como una persona mayor, y a los cinco años hacía toda clase de juegos con los naipes, mientras que Águeda no sabía jugar ni a la brisca. Desde muy pequeña, su padre la había enseñado a mirar por el microscopio, que estaba encima de la mesa del despacho, metido en un fanal sobre un fieltro verde y circular rematado de piquillos. Al lado había una vieja máquina de escribir Underwood, y fichas clínicas con dibujos de pequeños pulmones donde su padre esbozaba sombras rayadas con la pluma, distintas para cada paciente. Ella se encaramaba en la mesa, y mientras situaba un ojo sobre la lente, él hacía girar un tornillo con suavidad hasta que aparecían los extraños cuerpos traslúcidos de un color violeta o verde pálido, que estaban dotados de vida. Cerca, el laboratorio estaba abarrotado de frascos con líquidos azules o con cristales transparentes parecidos a la sal común, y todos los frascos tenían tapones de corcho y etiquetas garabateadas por la letra ininteligible del médico. Le había enseñado a hacer caleidoscopios con el tubo vacío del papel higiénico. Con unas simples tijeras cortaba bajo el agua un trozo de espejo y otro de cristal, y con el tubo de cartón y celofanes de colores, el caleidoscopio quedaba terminado. Los papelillos formaban entonces estrellas caprichosas, como luceras de catedrales góticas, que al hacerlas girar se derrumbaban en columnas multicolores y concéntricas. Eran fragmentos verdes como esmeraldas, rojos como

granates, amarillos, violetas y azules, y a cada movimiento de rotación cambiaban las formas sin repetirse nunca, o formaban pequeñas estrellas esparcidas. Y aunque era un fenómeno natural de la física, Águeda nunca pudo llegar a comprender cómo debajo del agua su hermana menor podía cortar el cristal con unas tijeras de costura, como si fuera mantequilla. A su padre le regalaban los clientes anguilas enroscadas de dulce mazapán, con ojos de cristal pinchados con alambres, frutas escarchadas y anises, y una mariposa de azúcar que no sabía a azúcar, sino a yeso coloreado. Y mientras Plácida leía las obras completas de Pérez Galdós encuadernadas en piel, Águeda estaba rebuscando entre el asiento y el respaldo del sillón confortable, donde palpaba pelusas y migas de pan endurecidas, las gafas que su padre echaba de menos, la hebilla oxidada de un viejo cinturón o la cinta métrica que se había perdido hacía siglos. O una cuchilla de afeitar agazapada en un rincón, que por milagro no le rebanaba los dedos. En Málaga llevaron a las niñas al colegio alemán, y Plácida fue siempre la primera de la clase porque adivinaba los problemas intrincados de las matemáticas, antes de que nadie se los explicara. Como tenía un ojo vago le pusieron unas pequeñas gafas con una montura de carey, pero ella seguía mirando con un ojo solo, y aún así nunca dejó de ser la primera de la clase.

***

DON PEDRO era primo de Plácida por parte de madre y había sido concebido en París, en el palacio de sus antepasados que ahora pertenecía al marqués. Desde pequeño fue ojeroso y pálido, y tan endeble que se clareaba. Aunque su padre pudo sacar las oposiciones a notario, nunca se movió de Montejaque, y la familia vivió siempre en el pueblo entre latas de chorizo en manteca, pintadas de azul con letras plateadas. De las vigas colgaban jamones como estalactitas espléndidas, y morcillas oscuras que se arrugaban poco a poco, contrastadas con una chapa de hojalata. Por los cebaderos se paseaba vestido de sheriff con la cartuchera y los zahones de montar a caballo, y al pecho una estrella plateada y brillante. Había nacido apasionado por la química, y desde siempre llevaba a cabo toda clase de experimentos caseros. Hacía bengalas de colores y bombitas envueltas en papel, que estallaban al lanzarlas al suelo. Imantaba las llaves de hierro dejándolas pegadas en todos los metales, y le habían echado los reyes una balanza con pesas diminutas, que venían encajadas en un taco de madera, y que él extraía con la uña para pesar sus mejunjes. Para apreciar décimas de gramo usaba plaquillas de metal semejantes a lentejuelas, y en sus experimentos terminó con las frutas de cera del comedor, de forma que nadie volvió a ver las manzanas amarillas con un carrillo colorado, ni las peras y uvas que habían estado desde siempre en una panera de plata. Porque después del escarmiento las frutas se pusieron pardas, y la plata de la panera tomó unas manchas que nunca se pudieron quitar. Para estudiar las leyes de la elasticidad, se daba agua jabonosa en las manos y luego soplaba, formando pompas con todos los colores del iris; seguía soplando, y entonces la pompa reventaba con una lluvia de minúsculas gotas de jabón. Para hacer sus experimentos se encerraba en el altillo del matadero, donde años después

Guadalupe Consuelo guardaría sus equipos de música. Fue cuando decidió ser químico, y su presencia iba siempre seguida del olor de una cierta colonia, pues había inventado una fórmula extrayendo del heliotropo y la lavándula sus primeros jugos primaverales. Más tarde, había cambiado a la jara y el malvavisco. Cuando lo enviaron interno a los Salesianos de Ronda, guardaba debajo de la cama matraces y retortas, platillos y almireces. Una madrugada estaba mezclando azufre, salitre y carbón, cuando estalló la mezcla y todos sus compañeros tuvieron que huir despavoridos, atropellándose mientras se alzaba una negra columna de humo de su cabecera. Hubo que dejar las ventanas abiertas durante todo el invierno para que no les lloraran los ojos, pero nunca llegó a quitarse el olor de la pólvora de los colchones y las mantas. No había hecho más que llegar al colegio, cuando estuvo en un tris de prender fuego en la capilla inventando unas velas que se encendían solas cada vez que se abría la puerta del sagrario. Fue por entonces cuando nació su onceavo hermano, el penúltimo de los apóstoles. Cuando lo supo acogió la noticia con escepticismo, ya que abundaban en su familia los defectos de dicción, y él mismo padecía ya a dos hermanos tartajosos hasta el ridículo. Sabía por las leyes de Mendel que aquello podía repetirse hasta el infinito, y abrigaba el deseo secreto de hacer voto de castidad. Pedro se convirtió en un joven redicho a quien los frailes presentaban a los concursos interescolares y los ganaba todos, así que ya se iba haciendo un nombrecillo en el ambiente científico estudiantil. En el laboratorio del colegio, colgado de una percha estaba el esqueleto con sus huesos ensartados en alambres que podían desmontarse a voluntad. Bastaba la menor corriente de aire para que el esqueleto bailara, se remeciera un rato y tardara luego en quedarse quieto. Él tomaba en la mano la blanca calavera, dejaba resbalar su mano fina y pálida sobre los huesos como cera, y ante las atónitas miradas de los más pequeños les iba mostrando los ungis, los nasales, los dos cornetes inferiores, el vómer y los pómulos, y terminaba hundiendo los dedos en las cuencas oscuras. Se había pasado la pubertad entre el dormitorio del colegio y el laboratorio, y aunque no conocía el sexo sentía una instintiva atracción por la belleza de la mujer. Lo cierto es que sin saberlo estuvo enamorado siempre de su prima Plácida, con quien coincidía durante el verano en el pueblo, y la amó desde que jugaba con ella a boticarios en los arriates del alambique. Juntos situaban una vieja lupa frente al sol, hacían incidir los rayos sobre una madera, hasta que se alzaba una fina columna de humo y trazaban sobre ella los nombres de los dos. Cuando acabó el bachillerato, Pedro se fue a la capital para estudiar farmacia. Había tomado un piso con varios compañeros, y él se quedaba estudiando mientras ellos se iban de putas y de francachela. Dormía entre libros y fórmulas magistrales, sin quitarse siquiera la bata blanca, llena de agujeros por causa de las quemaduras del ácido. Una de las mayores sorpresas de su vida fue cuando en la facultad de farmacia dio de manos a boca con su prima Plácida, que se había matriculado también. Desde entonces soñaba a diario con ella, hasta que empezaron a verse y a salir al cine, siempre con una amiga que los acompañaba. Había hecho voto secreto de castidad, pero le gustaba tanto su prima que estaba dispuesto a casarse; la puso al tanto de sus votos perpetuos, y ella estuvo conforme en formar un matrimonio blanco, en pura abstinencia carnal. Pasaron horas felices midiendo calles donde pudieran encajar sus farmacias cuando acabaran sus carreras. Cuando se casaron abrieron dos boticas, una enfrente de otra, para lo que tuvieron que obtener el permiso del Colegio Profesional. Dormían en el mismo cuarto, pero en camas

separadas, y para evitar tentaciones habían puesto entre los dos un biombo chino que les regaló su tía Alacoque. Nunca se habían visto desnudos, y charlaban a través del biombo hasta que apagaban la luz, por eso ella nunca supo que el marido tenía el pie derecho taladrado por una bala, ni que tenía las piernas torcidas, porque vestido no se le notaba. Fueron siempre castos; era él quien se resistía a las solicitudes esporádicas de su mujer, pero cuando iba a abandonarse, ella reaccionaba en contrario y nunca llegaron a violar la frontera del biombo. Mientras, su prima Águeda que era mayor que ellos, no había podido terminar el bachillerato y se dedicaba a bordar pañuelos con deshilado y filtiré. Poco después murió, y el cuñado se empeñó en embalsamarla con ungüento de ajonjolí. Como la familia lo impidió, le envió a la muerta un ramo de gladiolos y rosas, con una cinta de muaré que ostentaba los colores rojo y gualda de la bandera nacional.

***

EL PUEBLO SE LLAMABA DAIMIEL, según le dijeron. Águeda no llegó a conocerlo porque estaba todavía en la barriga de su madre, pero le habían dicho que había por allá pantanos llenos de mosquitos, y nubes de sanguijuelas que si alguien caía a la ciénaga le chupaban la sangre, hasta dejarlo sin una sola gota. En la nebulosa de sus primeros recuerdos se le juntaban las cosas verdaderas con las que nunca ocurrieron, o con las que sabía porque las había oído contar. Así había oído hablar de un tal Carcunda, tío tatarabuelo de su madre, que había sido un acérrimo carlista y se quedaba dormido a lomos del caballo en plena sierra. Y no sabía si había visto o había oído contar que unos hombres entraron en la casa buscando al abuelo Rafael, y que mandaron abrir la caja de caudales, llevándose también todo lo que tenía dentro. El nunca volvería, y ya no lo vieron jamás. Decían que lo habrían llevado a Madrid con otros prisioneros, y con esa ilusión vivieron mucho tiempo hasta que por fin supieron por Pastor que había presenciado cómo lo quemaban vivo en la sierra. Fue como si el mundo se viniera abajo. Amelia y sus hermanas se pusieron de luto riguroso, y lo mismo doña María, que dejó el pueblo desde entonces y se fue a vivir frente a la plaza de toros de Ronda; a través del ventanillo del granero la niña oía resbalar los cascos de las caballerías en el empedrado del picadero. El pozo era negro y profundo, abajo el agua tenía reflejos de luz, y al ponerle la tapa metálica sonaba con un lúgubre tañido. Águeda se asomaba al pozo y escupía, y se rompía por un momento la imagen del cielo, hablaba fuerte con una voz profunda y el eco le devolvía la voz. Porque era la nieta mayor de doña María y también su predilecta, aunque tuviera menos luces que un eslabón de palo. Se la llevaba con ella a Ronda a temporadas, y muchos años después recordaría el viejo candil colgado en la cocina aunque ya no se usaba nunca, puntiagudo como la lámpara de Aladino, con una mecha en la punta y una panza para meter el aceite. También en la cocina se apañaban los braseros de cisco de orujo; en la despensa había orzas, un tinajero y una tinaja panzuda para guardar las aceitunas, que antes habían machacado y metido en salmuera con especias serranas y una ramita de laurel. En una habitación acristalada cosía la costurera cantando tangos de Carlos Gardel, y cuando la costurera se hizo protestante, aunque todo el pueblo le hacía el vacío, doña María seguía llamándola

a su casa y encargándole los vestidos. La lámpara del comedor tenía abalorios de colores ensartados en hilos, y pendían en flecos como una cascada de cristales violetas y rojos, azules y amarillos. Andaba siempre zarceando, abría los cajones donde siempre veía los mismos objetos, y el baúl donde estaban los trajes antiguos de seda con canutillos transparentes de fino cristal, que semejaban un manto de escarcha, o de terciopelo labrado con aires de charlestón. Pasó el sarampión rodeada de trapos rojos en las ventanas, en noches de zozobra que nunca olvidaría, y hasta allí la perseguía su abuela con el tazón redondo lleno de un café negro mezclado con el aceite de ricino. Desde entonces aborreció el café, y no podía ni olerlo sin sentir unas horribles náuseas. En la sala las cortinas de malla amarilla tenían pájaros recortados en negro como los grajos del puente nuevo, y si los miraba fijamente le parecía que se movían, que se iban a echar a volar y sin posarse en los balcones ni tejados iban a embocar el abismo, chillando bajo el puente. La puerta del zaguán era de vidrio esmerilado, y allí veía al trasluz a la criada besándose con el novio. Cuando no estaba allí, la doncella andaba espurreando la ropa en la azotea, y la tendía sujeta con pinzas de los alambres tensos. No sabía por entonces Águeda si era feliz y ni siquiera se lo preguntaba, pero luego recordaría aquel tiempo con añoranza. Un enano recorría las calles pregonando bandos del ayuntamiento, o anunciando las películas que darían en el cine instalado en el ruedo de la plaza de toros. Los niños aprendían a montar en bicicleta enfrente del casino, y luego se asomaban al balcón del tajo, aunque sabían que iban a ver el mismo paisaje que estaban viendo todos los días de su vida desde que vinieron al mundo, la misma caída del sol tras las montañas, con sus velos coloreados por el fuego. En el estanque los cisnes se desperezaban, y se zambullían en el agua hundiendo el cuello hasta el fondo, mientras los niños echaban migas de pan a su paso. Águeda tenía miedo de andar sola por los corredores de la casa, y la abuela decía que no tendría la conciencia tranquila. Cuando nació su único hermano, a medianoche Águeda oyó los gritos de su madre. Pero un día el niño no estaba en la cuna, Amelia lloraba y Águeda supo que se había muerto. Así que tuvo que irse aquel día a casa de una vecina donde le dieron lentejas de comer, y siempre relacionaría después las lentejas con el hecho ineluctable de la muerte. “No me vendas papeletas por ahí”, le decía la abuela. “Es que son de acción católica”. “Ni aunque sean de acción católica. Vaya una niña, por la calle vendiendo papeletas. ¿Qué dirá la gente?” Pero ella seguía vendiéndolas en las terrazas de los cafés, por las tiendas y hasta en las casas particulares; el taco bajaba tan poco que apenas bajaba, y era doña María quien tenía que comprarle siempre las papeletas. Águeda había cambiado lo menos cinco veces de colegio, cada vez que iba y venía con sus padres o con su abuela, o con su tía Consuelo. Así que confundía las caras y los nombres que nunca se aprendía del todo, y le parecía reconocer a alguien que en realidad pertenecía a otro lado, o recordar un nombre que había oído en otro lugar. Miraba trazar signos en la pizarra sin entenderlos, callaba si le preguntaban, pero no le preguntaban nunca porque siempre era nueva, y porque nunca sabía nada. Era atolondrada, porque nunca se hizo preguntas vitales como aquello de por qué estoy aquí, y se conformaba con leer los cuentos de Marujita y del flecha guerrero. Cuando tuvo que aprenderse el catecismo, la abuela se sentaba a su lado en la cama y juntas repetían cómo vino el arcángel san Gabriel a anunciar a la Virgen María que el Verbo divino tomaría carne de sus entrañas sin detrimento de su virginal pureza. No entendía nada de aquel galimatías que leía la abuela,

pero ella fue una de las cosas más grandes que la niña tuvo en su vida, porque era cariñosa y al mismo tiempo no la atosigaba. Por eso siempre deseó parecérsele. Cuando llegaban las ferias, doña María la vestía con un traje de flamenca de percal almidonado y un mantoncillo con flecos, le ponía en la cabeza peinecillas verdes y rojas y claveles sujetos con gruesas horquillas de colores, y en las manos castañuelas con borlas rojas y amarillas. Le pintaba los labios y lunares negros en la cara, y le hacía caracoles de pelo en la frente, que pegaba con fijador. No podía ponerle zarcillos, porque su padre don Camilo no consintió en que le abrieran las orejas, porque decía que eran cosas de salvajes. Por eso cuando las otras niñas vestidas de gitana usaban largos pendientes de aro que tintineaban al volver la cabeza, ella los llevaba de pinza. Águeda estaba convencida de que a la abuela se le había puesto el pelo blanco en poco tiempo cuando le mataron al marido; pero luego llegó don Camilo con sus precisiones científicas, y entonces supo que la solución era más simple, y es que había dejado de teñírselo cuando enviudó. Por las tardes sonaba el pregonero de los barquillos de canela, y entonces la abuela le ponía los zapatos embadurnados de blanco, la cambiaba de vestido, metía dos dedos en el bolsillo de su traje negro de seda y de allí sacaba unas monedas que la niña gastaba en chucherías y en polos de menta. Desde siempre, a Águeda le daban avenates y tan pronto estaba triste como contenta. Todos se habían empeñado en que dejara de mascarse las uñas, porque tiraba a degüello con los dientes hasta rasgarlas por la mitad. Su madre le untaba a diario un líquido amargo que llamaban acíbar, pero a la abuela le daba lástima y le lavaba las manos en la palangana. Mientras, ella estaba mirándola, porque se empolvaba la cara con polvos de arroz y siempre olía a una colonia fresca y fragante. Mostraba una sonrisa joven, pese a sus dientes postizos, y la niña no se acordaba ya de que aquellos dientes iguales y blancos no fueran los suyos, porque nunca la veía sin ellos, aunque dormían en camas vecinas y ella se los quitaba por la noche para meterlos en un vaso con agua. La abuela era alta y blanca, bien plantada, pero nunca fue amiga de fotografías. Llegaban a la casa señores de pelo canoso que la consultaban sobre intrincados asuntos de negocios, y a la niña le parecía natural, como si todas las abuelas del mundo acostumbraran a hablar con sus visitas de las vicisitudes de la bolsa, o de la compra-venta de animales. Guardaba en una alacena bajo la escalera frascos de guindas en aguardiente, que ella misma había preparado. Al principio eran rojas, luego se hinchaban y oscurecían, y cuando estaban en sazón las sacaba con una cuchara de palo; al morderlas crujían, y reventaban en la boca. La abuela estaba contenta dando todo lo que tenía; la desgracia había querido que fuera en su casa hombre y mujer al mismo tiempo, y su hacienda subía como la espuma, porque intuía las altas y bajas del precio del ganado, y jugaba a la bolsa como si se tratara de un juego de niños. Contaba la tierra por fanegas, el dinero por reales, el aceite por arrobas, las telas por varas y las distancias por leguas. Y cuando sus yernos se complicaban con problemas arduos en operaciones matemáticas y cálculos de ingeniería, ella entraba en la cocina y vertía unos garbanzos en la mesa, los separaba o agrupaba, y de esta simple forma siempre daba con la solución. Águeda temía la guerra, porque los mayores hablaban de una que había en Alemania como de la cosa más natural. Otras veces soñaba que iba descalza por las calles, vestida con una camisilla tan corta que apenas le tapaba el ombligo, y a veces que podía volar, y que con un mínimo esfuerzo se alzaba del suelo igual que una pluma. O por el contrario que quería correr y no podía, porque

los pies se quedaban pegados mientras un toro negro la perseguía con una mirada triste; y aunque hubiera mucha gente en la calle, siempre el toro se fijaba en ella. Luego la llevaron a Málaga al colegio alemán. Plácida era muy pequeña y la tenían en el kindergarten modelando plastelinas y ensartando cuentas de collar, pero a ella unos brutales profesores le tiraban de las orejas porque no se aprendía los himnos de guerra en alemán. A los once años seguía en la luna, y no sabía las lecciones que había que estudiar, ni se enteraba de que el timbre estaba llamando a las clases. Se perdía en los pasillos, cogía los libros que no necesitaba y se olvidaba los cuadernos, perdía la goma y el lápiz y siempre andaba pidiendo las cosas prestadas. No se estudiaba la lección del día, sino la anterior o la de atrás, tomaba el texto de cálculo por el de alemán, y siempre andaba sola buscando algo que los demás habían encontrado hacía tiempo. Su madre siempre quiso que aprendiera a tocar el piano; nunca aprendía la lección, y la teoría de la música que había que aprender de memoria le causaba pesadillas. A los doce años no había hecho todavía la primera comunión, y la abuela decía: "Es un contradiós, cuando la haga va a parecer que se va a casar". Así que de nuevo se la llevó a Ronda, y dejó el colegio alemán por el de las Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón de Jesús. Dormía al lado de la abuela, en una cama dorada con cuatro perinolas que se desenroscaban. Doña María se quitaba el vestido y se quedaba con un corsé lleno de cintas sobre la camisa; luego se destrenzaba el corsé, y se ponía un camisón rosa de percal, lleno de puntillas. Desde allí le enseñaba a Águeda la salve y el señormíojesucristo, hasta que se quedaban dormidas. La víspera de la ceremonia se acostaron pronto, para que no pecara comiendo después de las doce. Tampoco pudo desayunar, le pusieron el traje blanco que le había comprado la abuela en La Aguja de Oro, la banda y el limosnero de organdí, y un velo que se abarquillaba en las puntas. Llevaba en las manos unos guantes blancos de seda, un rosario de nácar y un librillo de broche dorado. Era la última de la fila por ser la más alta, y cuando empezó la ceremonia había pasado el mediodía, y ella sudaba debajo del velo de organdí y las dobles enaguas de puntillas almidonadas. Había olvidado la salve, el credo y el señormíojesucristo, y la garganta le picaba con el humo de los incensarios. Al acercarse a comulgar la Forma se le quedó pegada al paladar, tan seca que no podía separarla con la lengua, y le habían advertido que no metiera el dedo para despegarla. Las llamas de las velas habían empezado a bailar y a confundirse unas con otras, y el sudor se le hacía de hielo, hasta que perdió la noción del espacio y el tiempo. Poco después, estaba con su tía Alacoque y con su tío Zito Palli en la finca de ambos, cuando escardillando en la huerta él advirtió que aquello se hundía, y daba a una habitación subterránea con arcos como en los cuentos de las mil y una noches. Desde entonces él se pasaba la vida desenterrando fustas y capiteles, y comprando antiguallas que los albañiles encontraban en los cimientos de las casas. Así consiguió aquel pequeño toro al que le faltaban los cuernos, numerosas ollas y pucheros sin asas, y monedas pasadas y viejas que ostentaban un color verdusco, como de haber estado enterradas mucho tiempo. Sus tíos la adoraban, y la llevaban de noche al cine de la plaza de toros, mientras que a Plácida la enviaban al cine de las sábanas blancas. Le gustaba la colcha con faisanes bordados en seda que Alacoque le había regalado, y que con el tiempo se convertiría en la colcha nupcial de una soltera, con todos sus sueños enredados en los flecajos de colores. No obstante, a los catorce años su tía le buscó un novio que se llamaba Nicomedes Luis, a escondidas de

doña María. Por eso, cuando pasaba el pregonero de los barquillos de canela, Águeda se escabullía y se iba a pasear con él por la alameda, o por la calle de la Bola. Por entonces llegó a Ronda a pasar el verano una niña llamada Martina, a quien llamaban la marquesita. Era la envidia de todas porque siempre había tenido las mejores muñecas, los mejores vestidos y la mejor soga de saltar. Vivía en una casa con escudo, y a Nicomedes Luis se le iban los ojos tras ella; Águeda se quedó sin novio, aunque lo ponía de sinvergüenza y hasta amenazó con denunciarlo. Tan sólo conservaba de él un broche que le había regalado a la vuelta de un viaje; lo llevaba pegado al cuerpo y hasta se acostaba con él, y cuando despertaba se le había clavado en el trasero, o se le había incrustado en la mejilla dejando una señal. Luego, cuando Plácida ingresó en la universidad y dibujaba integrales en el encerado, ella se dedicaba a bastillar pañuelos y a bordarlos con filtirés minuciosos. Y mientras la hermana se aprendía de memoria las reacciones en cadena, ella rumiaba su neurosis o se dedicaba a la cómoda actividad del paseo, entreverada con la confección de un laborioso ajuar para su problemático matrimonio. “Esperando la boda le llegan las tetas al braguero”, decían las vecinas. Verdad es que nunca pudo olvidar a Nicomedes Luis, y aunque sabía que se había marchado a París a vivir con Martina, ella disfrutaba de la facultad masoquista de amar sin ser amada. “Estoy tan acostumbrada a perder que ganar me ofende”, solía decir, y fue consumiendo los años hasta quedar más pasada que la masa. Un año por navidad compró una pieza de organdí y un bote de lentejuelas plateadas, y ella misma se confeccionó un vestido de noche y un echarpe a juego con lo que le sobró. Nunca tuvo ocasión de lucir el modelo, que acabó en el fondo de un arcón entre madejas de lana de colores. Cuando en una ocasión fue a probárselo, observó con consternación que se había llenado de grietas. Se abría a tiras el cuerpo cuajado de lentejuelas, y se deshacía la falda que llevaba un viso del mismo color para que no se transparentaran las piernas. Llevaba siempre el mismo abrigo de mezclilla, y no se maquillaba nunca; últimamente, se pasaba la vida leyendo poesías de García Lorca. Un día se sintió muy mal. Tenía un dolor en la circunferencia del ombligo, y el término de todo llegó cuando el dolor le subió más arriba del diafragma. Cuando su padre el médico llegó, ya estaba agonizando y no había quien la convenciera de que no estaba en Montejaque, sino en una clínica de Málaga. “Dice que se ve el Hacho por la ventana -decía extrañada la enfermera.- Yo no veo más que la misma calle de siempre, por donde pasan coches, y las farolas encendidas. Debe de estar muy mal”. “Es verdad, tiene muy mala cara”. Y cuando Águeda murió, nadie podía explicarse la causa. “Ha sido de amores contrariados”, decían unos. “De amor nadie se muere”, decían otros moviendo la cabeza. “Yo creo que ha sido de ganas de morirse, a lo mejor se ha muerto de aburrimiento”, aventuraban los mejor encaminados. “Pobre don Camilo, tan guapo como es. Esta se le muere moza vieja, el único varón no se le logró, y la Plácida casada y virgen. Dios da nariz a quien no tiene pañuelo”. Toda la familia se había reunido en el velorio de Águeda, y se interrumpían unos a otros con tal entusiasmo que nadie parecía asistir a un duelo, sino a un bautizo, o a alguna otra gozosa ceremonia familiar. La propia Águeda se trabucaba, y en su delirio confundía los nombres de los vivos con el de los muertos. Cuando trataba de hablar, no le brotaba más que un leve susurro que nadie atendía, y como mucho pensaban que era un soplo de viento en la calle, o que había ratones bajo la tarima. Le habían cortado el pelo como dejó dicho en su última voluntad, y le habían encajado el vestido de

primera comunión, que le quedaba estrecho y corto. De aquellas trazas, con un esfuerzo de la mente ella pretendía visitar a los fantasmas de la Serranía. Con el primero que topó fue con Pasos Largos, que andaba tinto en sangre con dos agujeros de bala; él, después de mirarla tristemente, sin decir nada se marchó con la escopeta al hombro. Sentado ante la ermita halló a Florentino el Viejo, que estaba tranzando una tomiza de a cuatro. "Mañana te tengo que medir, me parece que has menguado un poco", le dijo él, y la invitó a que se sentara. "No puedo", dijo ella, y se quedó mirando hacia el camino de herradura, por donde bajaba un hombre muy alto. "¿No lo conoces, niña? Ese era el tío de tu abuela, el tío Frasquito que en paz descanse", dijo él sin dejar de trenzar, y Águeda afirmó: "Él es. Hay que ver, morirse tan joven siendo tan alto. Ahora me voy, tengo que hacer unas visitas más". "Pues véte con Dios". De haber sabido que en Montejaque la fábrica engullía la hermosa vivienda y aniquilaba el patio, los antiguos arriates en flor cuajados de hortensias, y la palmera con sus dátiles, quizá no hubiera vuelto. Se habían cegado las gateras y el corredor no lucía encerado como en otros tiempos, y no pudo hallar la gran cocina con sus columnas ahumadas. Junto a la acera de la plaza había coches y furgonetas, y para más comodidad habían asfaltado las calles, por donde sólo transitaban viejos y niños, porque todos los jóvenes se habían marchado a Alemania. Sólo la mole del Hacho no había sentido el arañazo de los tiempos nuevos, y al fondo Tabizna se alzaba, impasible como una pirámide sin edad. Las cabras merodeaban todavía, mordisqueaban los matojos en los pegujales entre peñas, y al fondo blanqueaban las paredes del cementerio, un cementerio que la estaba aguardando. Quiso subir al castillo, y de camino se encontró con las ánimas de personas muertas hacía muchos años, y trabó conversación con ellas como si las hubiera tratado la víspera. "Es la nieta de doña María", cuchicheaban. Subió con trabajo hasta arriba y pudo reconocer algunas casas, el viejo establo derruído donde antaño se guardaban las cabras o gruñían los cerdos; se asomó al barranco con ansia de ver los cielos lejanos surcados de pequeñas nubes, el camino zigzagueante hasta Benaoján, pero un tufo a basuras y a desperdicios hizo que tuviera que taparse las narices. Había por allí esparcidas bolsas de plástico y botellas vacías, papeles sucios que arrastraba el aire, y estuvo tratando de hallar un sitio libre de escombros para sentarse y descansar, pero la basura se extendía hasta el borde del barranco. Cerró los ojos y trató de recordar, pero no había quien recordara nada con tan mal olor. Todo estaba perdido, pensó en el ser humano como el mayor depredador de la naturaleza, el peor azote que podía existir bajo la luz del sol o el resplandor de las estrellas. Hizo un esfuerzo para trasladarse a otro lugar con el pensamiento, y vio la casa de su abuela en Ronda, la casa donde nació su hermana y donde naciera su hermano también, convertida en un salón de futbolines. Pudo retroceder en el tiempo, y ahora su hermano estaba naciendo allí, puerta con puerta, y ella que entonces tenía siete años escuchaba a medianoche los gritos de su madre. Y aunque fueran los hechos tan antiguos, le parecía que todo estaba tan cerca que lo podía tocar con la mano. Veía en el baúl los vestidos de fiesta con aire de charlestón, y los opulentos terciopelos labrados, sembrados de florecillas de satén. Entonces recordó vivamente el día en que Amelia, su madre, había entrado llorando en su habitación. "Ha muerto la abuela -le dijo-, ha muerto el día de mi santo". Era cierto que estaba muerta allí, al otro lado de la puerta acristalada, y Águeda nunca pudo consolarse de su pérdida. "Tengo miedo", musitó asomada al abismo, mientras el aire de la muerte le ahuecaba el

vestido de primera comunión, de nansú deslucido. “No tendrás la conciencia tranquila”, oyó tras de sí, y al volverse distinguió a una mujer alta y blanca que se parecía a doña María, aunque no era ella. Esta era más hermosa y tenía los ojos más grandes, unos ojos castaños y vivos donde retozaban las ganas de reír. Llevaba la cabeza erguida sobre un cuello blanco como la nieve y lucía unos pechos firmes para la vejez, sobre un talle señorial de matrona antigua. Cruzaba las manos de marfil en posición de absoluta calma, y ella revivió otros ojos, otro cabello y otro cuerpo semejante, también erguido y señorial. “No es raro que nos parezcamos, porque yo soy Laura, tu tatarabuela”, dijo la aparición. Entonces, ella preguntó con ansia: “¿Donde está ella? Quiero verla”. “Está demasiado arriba”, fue la contestación. Sentía tanto frío en el alma que decidió volver al velatorio de donde no debió salir, y al menos podría calentarse con el humo de las velas. Al entrar en la sala se miró al espejo y no se vio, pero sí a una mujer vestida de monago que se aproximaba a la caja para arreglar las flores. “¿Es usted una viva, o una muerta?”, le preguntó Águeda, pero ella no contestó. Luego se sentó a su lado en un banquillo y oyó que la llamaban Emerenciana la Rubia, y estuvo refiriendo que venía del entierro de Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados, el tonto, que había muerto aquel mismo día. “Tiene en su casa al muerto, y viene a llorar al ajeno”, murmuró Águeda acomodándose en el ataúd. “Es que he venido a dar un recado, y me vuelvo en seguida”, dijo ella. “Aguarda un poco, que tenemos que hablar”. “¿De qué vamos a habar a estas horas? No es tiempo de hablar, sino de rezar, y de que te duermas de una vez”. “No quiero dormirme, vaya a ser que no me pueda despertar”. “Pues entonces, habla lo que quieras”. “No, mejor voy a cantar alguna cosa”. La mujer movió la cabeza y le hizo directamente una pregunta: “¿Por qué no te casaste, Águeda?” “Y yo qué sé, no habría nacido para eso”. “Todo el mundo nace para eso. Te casas, tienes hijos, te haces vieja y te mueres, y otros vienen detrás”, añadió Emerenciana jugando con los encajes del ropón. “Ya ves, yo ni siquiera he llegado a vieja”. “Mejor hubieras hecho con haberte casado, ahora tendrías hijos alrededor”. “¿Y para qué me servirían? Me hubiera muerto lo mismo, o a lo mejor me había muerto antes”, dijo Águeda rebullendo, y entonces vio a Niña Difuntos, la huérfana, que llevaba en la mano una amapola deshojada. “¿Te vienes a jugar con nosotras?”, le preguntó con voz triste, y Águeda negó con un gesto. “No puedo, ya me he muerto y estoy en la caja”. “¡Qué dices! Están floreciendo las glicinias y el arroyo está muy bonito. Vénte con nosotras”. “¿Cómo, que están floreciendo las glicinias, si estamos en otoño?”, argumentó la Rubia, mientras ordenaba las cintas de una corona. “Me gusta ver florecer las glicinias”, dijo Águeda haciendo pucheros. Se daba cuenta de que los vivos hablaban entre sí de cosas que ella también oía y entendía y la importunaban con su charla, y Emerenciana se dirigía a ella como si hubiera estado muerta, porque estaba muerta, y hasta el Cura Mocito apareció a la cabecera de la caja en cuerpo glorioso para confortarla, porque había casado a sus padres, pero ella no necesitaba que la confortaran, sino que le calentaran los pies. Y si hablaba a los que estaban vivos no la oían, y a lo sumo creían que era el gemido del viento, y continuaban con su trajín. Fue entonces cuando sonó la voz: “Qué tendrán, mare, para cosas de amores los olivares”. “¿Qué es eso?”, preguntó Emerenciana que estaba medio sorda, y Águeda le contestó: “Es Federico García, viene vendiendo cuchillos”. “Qué cosa tan rara”, repuso la albina sin convencimiento. Ahora Águeda tenía miedo de que se la comieran los ratones, tenía helados los pies y la luz la deslumbraba reflejándose en el mantel

blanco del altar. Un perro ladraba fuera, y habían abierto la puerta un número incontable de veces."Me duele el costado", se quejó. "Será de la mala postura", le dijo Emerenciana. Le estuvo contando que Nicomedes Luis se había amancebado en Francia con una millonaria. "Ella lleva metido un aparato dentro para no parir -dijo, chupando un hilo para ensartar una aguja gorda.- Cosas veredes, son los adelantos del progreso. Tú sí que debes sentirlo, tú lo querías", añadió la vieja mirándola de soslayo. "Y no he dejado de quererlo", contestó ella con una punta de carmín en las mejillas, ya descoloridas por la muerte y por la noche. Advirtió que su madre le estaba arreglando los claveles de los pies; era tan pequeña que había tenido que empinarse, y desde ahí la veía un poco triste, aunque hubiera querido que no lo estuviera. "Está agachadita, pero vivirá muchos años", pensó, y entonces sonó la voz de Plácida. "¿Me oyes, Águeda, me oyes?", la removió su hermana. "Fuera está el Hacho, y el cielo amaga tormenta", le contestó ella. "Estás hablando sola". "¿Tú puedes oírme?" "Algo te oigo. Nos han dejado solas", dijo Plácida. "Es verdad, nos han dejado solas. No sé qué me pasa, que se me revuelven los vivos con los muertos". "Eso se arregla con el tiempo, no te preocupes. Papá no entra, porque no quiere ver un difunto". "Ya lo sé, le pasa desde siempre. Está empezando a crecerme bigote, ¿no crees?" "No es más que la sombra de las velas". Cada vez tenía más fríos los pies, no podía pensar con los pies fríos y luego tantas interrupciones y ruidos, estaba con la inquietud de verse incomodada a cada paso. "Estoy cansada, sólo dejo correr el pensamiento -musitó-. Nunca pensé que un ataúd fuera tan estrecho, y es que además de ser estrecho es incómodo". "Siempre fuiste muy comodona -dijo Plácida.- Águeda, ¿me oyes?" "Claro que te oigo, sigue". "Pensé que te habías dormido". Viéndola tendida en la caja recordaba el tiempo en que ambas se metían en la misma cama aunque tenían dos camas para dormir, pero lo hacían juntas y se encajaban en forma de cuatro. "Me decías siempre que tenía el culo frío, Águeda". "Es porque lo tenía siempre helado, Plácida". "¿Quieres que te arregle la almohada?" "No vale la pena, la luz de la aurora va a asomar por encima del Hacho. ¿Tú no sientes el aire?" "Sí que lo siento, voy a ponerme una toquilla". "Qué bonito ramo. ¿Qué son?", oyó Águeda que exclamaban fuera. "Son gladiolos y rosas", dijo la voz de don Jesús, el suegro de Plácida. Por entonces estaba a punto de terminar la Historia de las Generaciones, y todavía no le había encontrado un título definitivo. "Águeda, ¿estás ahí?", dijo alguien en tono lastimero. "Sí, aquí estoy". "De la cueva salen largos sollozos. ¿No ves que me estoy desangrando? Cien jacas caracolean, sus jinetes están muertos". "Ya está desvariando -intervino desde su rincón Emerenciana-. Es Federico García, con su cantinela. Debe de estar loco". "No es que esté loco, sino muerto. Dicen que lo mataron a la vera de un cementerio, y que agonizando le pegaron un tiro por semejante parte", explicó Águeda con un hilo de voz. "Vaya por Dios", suspiró Emerenciana. Águeda pensó en doña María, porque sabía que estaba allí y la contemplaba, pero la sentía tan lejana que luego daba en pensar que se trataba de figuraciones. Entonces exhaló un profundo suspiro. Al punto el alma, abandonando su cobijo corporal, huyó por los respiraderos de la cabeza, dejando para siempre el frío y cadavérico simulacro de Águeda.

Siguiente >>

II.-LA SIERRA.

1.- LOS CRIADOS.

"En Alcalá de los Zegríes, hasta los mendigos tienen humos de rey"

Ricardo León

LA SIERRA APARECÍA HORADADA por cuevas profundas que enlazaban grietas infinitas, y en las montañas vacías se colaba el agua gota a gota sin ninguna prisa, con una paciencia de milenios bajo la cáscara gris de las piedras puntiagudas. Algunas fueron ocupadas por tribus primitivas de hombres belicosos y bárbaros que buscaban refugio contra los animales prehistóricos en las grutas de aguas estancadas y frías que nunca vieron la luz. Dejaron su recuerdo en peces estilizados, en mamíferos perfilados en tonos de ocre en las oscuras paredes, restos de una inmemorial y rústica civilización de serranos primitivos. Más tarde llegaron los tartesios que eran agricultores y entraron por el Guadalquivir, que producían miel y cera, pan de bellota y sal. Hablaban las leyendas de luchas de titanes, gigantes de la Atlántida alzados en rebeldía contra el cielo, y que lucharon entre sí en el corazón de la Serranía. Luego la ocuparon los celtas, que marcaron el principio de la edad del hierro formando una isla enmedio del dominio tartesio, y que fundaron Acinipo que luego llamarían Ronda la Vieja. Los fenicios y los griegos trataron de llevar su civilización hasta la Sierra sin conseguirlo, y cuando llegaron los romanos todavía la hallaron repartida entre las poblaciones indígenas. Los romanos fundaron Arunda en el lugar que ocuparía Ronda, y del Charco Lucero en Arunda surgirían misteriosos caballos alados y monstruos helénicos con parte de hombre y parte de animal. Pero la Serranía era por encima de todo árabe, porque seguían siendo árabes los pueblos y las casas, y los hombres tenían costumbres y sobre todo almas de nazaríes. Eran arrogantes, de tez pálida y con ojos oscuros. Conservaban la grandeza de una raza tan antigua como el mundo, unida a la mirada del árabe rebelde, y en la frente la claridad de un mundo apenas terminado de nacer.

***

AQUÉL A QUIEN LUEGO llamarían Florentino el Viejo, pertenecía a la Sierra. Era hijo de soltera, y uno de los cuatro varones que habían aguardado a nacer hasta que los franceses abandonaron la Serranía. Los otros eran Rafael Arcángel, Tobalo el hijo del contrabandista, y el primer marqués de los Zegríes, hijo de un majo rondeño y de Carmen la Gitana. Y así, mientras las campanas de todas las iglesias y ermitas celebraban la huida, cuatro

mujeres que aguantaban los retortijones del parto hasta recobrar la libertad, parieron a la vez a los cuatro varones que vinieron acompañados del olor a la pólvora de las tracas y cohetes. Florentino nació en Montejaque y nunca había salido de allí. Vino al mundo al pie de las rocas del castillo que no era tal castillo, sino un pegujal de piedras mondas, donde las casas eran como nidos de rapaces y sus inquilinos más parecían pájaros que hombres, creciendo con las cabras que convivían con ellos. Nació en un corral que compartían un cerdo y un asno, y pronto sus pies de simio se acostumbraron a agarrarse a cualquier cosa. Las costras de cal en las paredes lo protegieron del calor achicharrante del verano y del frío sin consuelo del invierno, cuando el viento silbaba por encima de la mole del Hacho. Sus ojos taladraban la oscuridad, abría la mirada cada mañana a horizontes sin límite, y tenía la vista tan aguda que nadie podía sorprenderlo, ni siquiera dormido, porque veía más allá de los sueños y de las pesadillas. Sentía como la cosa más natural el abismo bajo los pies y atravesaba solo la Serranía; cuando lo sorprendía la noche se acostaba al aire libre, entre matas de retama florecida y perfumes de jara y corregüela. Siempre fue seco como un palo y, después de él, todos los Florentinos lo serían. Sus manos renegridas arrojaban piedras al abismo y sus pupilas de aguilucho seguían los rebotes hasta el fondo. El chiquillo fue cabrero desde que nació, como lo habían sido su padre y el padre de su padre, y había sufrido tantas caídas que no le quedaba hueso sano. Un día en que estaba solo con los animales se subió a un alcornoque, cayó de espaldas y allí mismo se rompió el espinazo. Como nadie venía, él solo se lo estuvo recomponiendo, repizcando enmedio de los huesos y volviéndolos a su sitio con una vara y una soguilla. Desde entonces, a más de ser cabrero se convirtió en curandero; mientras otros de su edad hacían flautas y bastones él estaba recomponiendo huesos. En sus largas noches de pastor, en las jornadas tórridas del verano o heladas del invierno fue estudiando las coyunturas de su propio cuerpo; las palpaba una a una, desde los huesos de la cabeza a los del costillar y las caderas, siguiendo por las piernas hasta los dedos de los pies. En esqueletos de animales que hallaba por la sierra estudiaba la osamenta de los lobos y los gatos monteses; con el tiempo le llevaban mulos a curar, y hasta perros descalabrados y gallinas que no ponían huevos. También pronosticaba el tiempo. “Tiene ovejas el viento, va a llover”, aseguraba cuando los otros no veían más que un cielo terso y azul, y no tardaba en diluviar. Pronto notó que le llegaba el día de arrimarse a una hembra. Se acercaba al pueblo por la noche canturreando su nostalgia entre dientes, pero estuvo mucho tiempo sin decidirse porque le daban miedo las mujeres. Hasta que un día al toque de ánimas se llegó a la fuente, donde se encontró con Geminiana, que era la moza más basta de la serranía y la más parecida a una cabra. Pero las urgencias de él no lo dejaban escoger y aunque olía a zorruno la atropelló contra el pilón. Antes de irse, la Geminiana le ofreció agua de su cántaro. Era montejaqueña y vivía con sus padres en un pegujal de cardos y chumberas. Era tan tonta que apenas hablaba y, según la costumbre del pueblo, vestía de negro tapándose la cara con trapos, de forma que al menos eso no enseñaba a los hombres, porque en lo demás andaba más sobada que un pleito. No había probado en su vida más que chumbos, algarrobas y lonchas de un tocino salado y seco, que arrancaba a tiras y chupaba con toda la sal. Dormía a todas horas, como los gusanos, menos cuando iba a encalar a casa de la niña Laura. Entonces cogía en volandas la aljofifa, el cubo y una caña larga con una brocha en un extremo, sujeta con una guita. Llevaba

siempre el percal negro de la falda lleno de chafarrinones de cal; arrimaba el cubo a la pared de un empujón, metía la brocha y la sacaba preñada de cal, tan espesa como una leche gorda que se hubiera cortado. Al final aljofifaba los goterones que caían en los arriates de begonias y al toque de ánimas se iba a orinar al lavadero. Fue allí donde la encontró Florentino que desde entonces empezó a cortejarla. Cuando fua a hablar con los futuros suegros, halló a la madre pelando chumbos al pie de una lata herrumbrosa. "Doncella es, que ella lo diga", le espetó la suegra sin dejar de pelar. El no pudo aguantar las ganas de reir, pero disimuló y habló de la dote. "Llegas con un pie descalzo y el otro calzado y ya vienes pidiendo -gruñó la mujer-. Puede llevarse el cachucho del agua y el dornillo, una arroba de chumbos y un tonel de cebollas. Yo no doy más". Florentino consiguió además un jarrillo de porcelana blanca, un lebrillo vidriado y un almirez; y a mayores, dos taburetes y un arcón. Se hizo el trato, Florentino se llevó a la novia a la sierra y aquella noche hubo cencerrada, a la que acudió todo el pueblo. De madrugada repicaron cacerolas, peroles y sartenes; unos tocaron el almirez mientras otros agitaban cencerros y hubo tal alboroto delante de los escalones de la plaza que ni en los pueblos vecinos pudieron dormir. En realidad, ya la Geminiana estaba preñada de Florentino y desde el principio supo él que llevaba mellizos. Cinco meses después, ella se quejó de dolores en el bajo vientre, como si un par de gatos la estuvieran arañando. "Cuando el útero está duro, es señal de que está cerrado", la tranquilizó él antes de marcharse a la sierra. Pero se sucedían los retortijones, se le hincharon los pechos y le subió la calentura, así que pensó ir a buscar al marido; la cogió el parto en plena noche, con tan mala fortuna que fue a caer en un cepo para lobos que él personalmente había escondido entre los jarales. Gritaba y aullaba de tal forma que se la oía al otro lado de la sierra, cuando sintió que algo suave y caliente se le escurría entre las piernas. La tierra se empañó de sangre cuando ella misma se echó las manos al vientre y apretó. Cuando Florentino logró soltarla del cepo ya había nacido un mellizo y otro estaba atascado, con un pie dentro y otro fuera. A ella se la había llevado el Señor a su gloria y había dejado de poblar el mundo sin haber cumplido diez y siete años. El cabrero encontró al primer mellizo berreando en la tierra enmedio de un charco de sangre; una cabra le había cortado el cordón y lo había lavado a lengüetazos. El atascado estaba tranquilo y la cabra lo amamantaba en aquella difícil posición; a éste lo llamó Florentino y al que berreaba Geminiano, y vio que ambos eran idénticos, secos y renegridos como él. Los metió en el zurrón, los llevó a casa de sus suegros y dijo que se iba, porque tenía que enterrar a Geminiana para que no se la comieran los cuervos. "Nuestro gozo en un pozo", gemía la madre, y el padre sólo dijo: "Así es la vida, unos nacen y otros mueren", y siguió trenzando una tomiza de esparto. Florentino no volvió a mirar a ninguna mujer y se dedicó a criar a los gemelos, que crecieron con él de cabreros. El balido de las cabras montaraces entretuvo sus primeros días y el silencio sin fin guardó sus noches, cuando brillaban las estrellas, parpadeando como gusanos de luz. Mientras, Florentino permanecía con los ojos abiertos pensando en Geminiana que era la madre de sus hijos; entonces sus pupilas brillaban y rodeaba sus ojos un halo rojizo. "A todo hay mañas, menos a la muerte", suspiraba. Pero todos salieron adelante. Los gemelos atravesaban los ventisqueros en invierno, las gargantas donde silbaban los aires, conociendo cada boquete, cada quebrada y cortadura. En primavera se dejaban caer por la ladera cuajada de brezos y chaparros, cortaban racimos de madroños y aspiraban

el aroma de la hierbabuena. Las peñas fueron su parque y su alameda y las cabras sus compañeras de juegos. Otro juego no tenían, ni lo deseaban, porque no lo conocieron. Se agachaban con las manos hacia atrás entre las piernas; su padre afianzaba las manos y tiraba de los dos a la vez, ellos daban la voltereta y se quedaban plantados en el suelo, con el corazón golpeando en el pecho. Nunca aprenderían a leer ni lo echaron de menos, porque nunca vieron un libro y en la sierra se comunicaba la gente chiflando; más allá, nada llamaba su atención. Ya aprenderían sus nietos, para marcharse a un país extranjero donde lo aprendido no les serviría de nada, ya que tendrían que empezar otra vez desde el principio. Crecieron a fuerza de leche de cabra, palmitos y de vez en cuando un mendrugo de pan más duro que el corazón de un rico; antes de darse cuenta, se habían convertido en dos hombres. Por entonces, mientras que Florentino vivía feliz con su padre, Geminiano no soñaba más que en marcharse con los contrabandistas. “Mientras sirva a otro no seré libre”, decía altanero, y acabó uniéndose a la partida de Tobalo, el que nació cuando se fueron los franceses. Florentino entró a servir con los señoritos del pueblo y se casó con la criada albina que se llamaba Emerenciana, a quien todos llamaban la Rubia. Tuvieron a Florentino Zunifredo, que nació en la casa; tenía el niño cuatro meses escasos cuando su padre murió de un atracón de chumbos. A Emerenciana le faltó tiempo para marcharse con Carcunda, el hermano mayor de su señora; entonces, Florentino el Viejo se llevó a su nieto con él. Hizo un atadijo con el crío y tomó el sendero que zigzagueaba hacia la cumbre, arrastrando al caminar las alpargatas, mientras rezongaba; “Oficio merdulero, criar al hijo y luego al nieto”.El niño era más flaco que olla de pobre, tenía las piernecillas retorcidas y los ojos redondos como los de un gato. Dormía con los ojos abiertos, igual que el abuelo, y siempre sería tan renegrido y enteco como él. “Hijos sin padre son caros de balde”, se impacientaba el viejo; pero, como antes hizo con los suyos, se arregló para sacarlo adelante. El día que Rafael Arcángel, ya viejo, salió a la sierra a buscar a Frasquito, Florentino el Viejo lo previno contra la tormenta. Luego la propia ánima de Rafael Arcángel, en cuerpo joven, fue a darle la noticia. “He muerto por un rayo”, le dijo; desde allí se fue a buscar a Laura, que lo aguardaba remeciéndose en la hamaca con asiento de aneas, la cogió de la mano y se la llevó con él. En noches de luna, Florentino el Viejo los había oído muchas veces reír. El viejo nunca asistió a las procesiones ni a los cultos de la iglesia; a don Sotero el cura no lo podía ni ver. “Bien predica quien bien vive”, solía decirle. Cuando mataron a don Mario, hacía semanas que él ya barruntaba su muerte. Nunca le faltaba qué contar, porque tenía historias para todos los gustos; narrándolas parecía crecer y su voz adquiría modulaciones de órgano. Las niñas del pueblo lo escuchaban alucinadas cuando contaba cuentos de fantasmas y aparecidos; él cerraba los ojos como si meditara, para acabar riendo con sus encías desdentadas. Tenía el mentón erizado de pelillos canosos, unas grandes orejas y las uñas duras y ennegrecidas por la nicotina, la del meñique más larga, retorcida como la de un chino. Llevaba en la mirada la grandeza del abismo y en las carnes flacas una eternidad de hambre.”Es como un monje del Tíbet”, decía de él Sócrates Francisco. Al final ya no estaba para nada y se pasaba el día trenzando pita y sentado con otros de su quinta. Sujetaba entre los dedos las fibras blancuzcas como pelos de vieja, las retorcía y las trababa, murmurando: “El que llega a larga vida, vio mucho mal, y más espera ver”. Florentino Zunifredo era ya un hombre y solía ir al mercado de Ronda para vender el queso de

cabra. Allí conoció a Magdalena, una criada de los marqueses que había llegado de Extremadura. Se encaprichó con ella; con ella se casó y a los siete meses les nacieron mellizos. Un día Florentino el Viejo había estado trenzando y destrenzando la tomiza de siempre; hurgó en el bolsillo del chaleco pardo, sacó una navajilla y rebanó las hilachas sobrantes. Luego se estuvo escarbando con ella en su único diente. Se puso a rascarse la pana de los pantalones con sus uñas uras como de ave de presa y le dijo al vecino: "Va siendo tiempo de que demos de mano". Agachó la cabeza, como si quisiera esconderla entre los pliegues del pescuezo, y la cara se le llenó de arrugas como el cuero. Había cumplido los noventa años pero parecía mucho más viejo. Al día siguiente estaba en la misma postura, más tieso que ajo porro, con los tendones del cuello tirantes como los de una momia. Sostenía en la mano la tomiza de cuatro y la trenza blancuzca tenía un aire desdichado, reptando por el suelo como una culebra muerta y seca. Avisaron al nieto, que lo estuvo palpando; al final, sólo dijo: "Ponerse frío el testículo derecho es un síntoma mortal". Se lo llevaron doblado en una carretilla y, mientras lo acarreaban, el cigarro le colgaba del labio sin despegarse. El nieto se puso de luto desde las alpargatas hasta la mascotilla, pasando por la camisa que había heredado de su padre y estaba ya de un negro pardusco.

***

EMERENCIANA LA RUBIA había nacido en Benaoján y tenia las pantorrillas como las del escarabajo, tan estrechas por arriba como por abajo. Sus colores eran desvaídos, sus ojos aguanosos y el pelo como paja, pero aún así creció con un algo que atraía a los hombres. En la casa de los señores pasaba como una sombra, siempre con su latita y su trapo frotando algo por acá y por allá. "Qué calinga, niña", se quejaba, porque la atosigaban el calor del verano y la luz directa del sol. Llevaba la pañoleta negra atada a la cabeza, como se la ataron su madre y su abuela, como la ató su bisabuela mora y hasta la abuela ibera, que sin duda se ataba a la cabeza una pañoleta negra de algodón. Iba siempre lustrando aquí y allá con el trapito del petróleo; luego metía la escobilla en la cáustica que corría por los desniveles de la fábrica, entre pellas de grasa de cerdo. De cuando en cuando se sacaba del moño una horquilla, se rascaba el oído con ella y, después de limpiarla en el delantal, la volvía a pinchar en el rodete. A Florentino le llamó la atención que sus cabellos fueran como el lino y que sus cejas y pestañas fueran blancas también, hasta que alguien dijo que era albina y que la luz del sol le dañaba los ojos. Los casaron en la casa de los señores y todos en el pueblo menos el marido sabían que Emerenciana iba por malos pasos. Su padre le advirtió que le estaban sacando coplas, pero él respondía: "El celoso es de suyo cornudo y para preñar a mi mujer no necesito a otro". Tuvieron el niño y, cuando él tuvo la mala fortuna de morirse, llevaba más cuernos que un apero de bueyes. Con todo, Emerenciana se lamentaba por su Florentino y desde entonces fregaba los suelos con una gasa negra tapándole la cara, de forma que la gasa se metía en el cubo, hasta que tuvo que doblarla y la tenía siempre a mano, en un escalón o encima de una silla, pinchada con un alfiler negro de cabeza gorda. Cuando tenía que

cambiarse de sitio para seguir fregando trasladaba su gasa de luto, de silla en silla hasta que acababa de fregar; entonces volvía a ponerse la gasa negra prendida con el alfiler negro y se limpiaba las lágrimas con ella. “Con un ojo llora y con otro repica”, murmuraban las otras criadas. Siempre le había gustado Carcunda, aquel mocetón que llevaba puesta una bilbaína colorada, y más cuando él le mostró su lindo reloj de bolsillo, con la caja de oro finamente labrada, y en la esfera dos ángeles que golpeaban una campanita con mazos diminutos, produciendo un sonido de duendes. Tanto la porfió Carcunda, que una noche quitó la barra que atrancaba su puerta y se marchó con él, haciendo una junterita con vergüenza. Con la premura de la nueva pasión se dejó olvidado a su hijo; Florentino el Viejo aprovechó para llevárselo, lo hizo cabrero y curandero y lo malmetía de continuo en contra de su madre. Así que Emerenciana no volvió a ver al niño, que creció renegrido y seco para no desmentir la casta de los Florentinos. A los ocho años de feroz concubinato dio a luz a Cuarenta Mártires, una niña albina como ella. “Trabajar toda la noche y parir hija”, se quejaba. Llegaron al mismo tiempo la niña y una gata que llevó Carcunda, a la que llamaron Cleopatra por una sugerencia del maestro del pueblo. Emerenciana ya tenía un gato negro que hacía un vivo contraste con ella; a todos lados iba con su gato detrás y con Cuarenta Mártires colgada de la teta. Luego se murió el gato y parecía que se hubiera quedado de nuevo viuda, porque suspiraba a todas horas y miraba a Carcunda de una forma torcida, como pensando: “¿No habrás sido tú?” “Debió ser algo de comer”, decía él. Cleopatra también lo comió, por eso Carcunda tuvo que rematarla a palos. Por entonces Emerenciana se fue con el cura, que la había ganado a las cartas en buena ley. Se llevó el reloj y la niña; enmedio de la borrachera, Carcunda la persiguió en vano y al final se conformó con decirle que era más puta que la zaranda. Junto a la sacristía de la iglesia estaba la cocina; entre jaculatorias andaba ella con el soplillo y las tenazas, entre peroles, matalahúga, y frascos de comino y nuez moscada. “Ánimas que estáis penando...” bisbiseaba, repitiéndolo en la sacristía y en el campanario para ganar indulgencias para los difuntos, y que salieran antes del purgatorio. El manojo de llaves le sonaba como las esquilas a las cabras cuando arreglaba las flores del altar y balanceaba el incensario. Luego estiraba los manteles y, para encender las velas más altas, usaba la vara del matacandelas que llevaba una mecha en la punta. Con la caperuza de metal sofocaba los pabilos al final de la misa, mientras en el aire flotaba el aroma de la cera quemada. Aprovechaba los ropones que dejaban viejos los monagos; al final de la ceremonia iba quitándose el sobrepelliz camino de la sacristía, con un chapalear de llaves en la cintura. Luego reaparecía con el hisopo en ristre, mientras las viejas acurrucadas en el último banco suspiraban en su duermevela; ella las echaba a patadas y cerraba la puerta con tres vueltas de llave. Iba poco a poco aprendiendo latines y, cuando don Sotero la llamaba, ella respondía: “Ipso facto”. Ya decía “alibi” por decir en otra parte y, cuando no tenía ganas de trabajar en la cocina, se destapaba proclamando: “Dies dominicus non est iuridicus”, con lo que se negaba a guisar en domingo. Hablaba a sus antiguas compañeras del profeta Joel y aseguraba que Dios, en su misericordia, le había concedido el don de lenguas. “Emerenciana, ¿por qué no nos hablas en francés?”, se burlaban; ella les contestaba que sólo hablaba en francés cuando la inspiraba el Espíritu Santo. Cuando Cuarenta Mártires cumplió siete años era una niña desgalichada con unas piernecillas como palos, que andaba por la sierra cogiendo cardos borriqueros para los

floreros de la iglesia. Nunca entraba ni salía sin meter el dedo en la pila del agua bendita y se limpiaba el barrillo del fondo en el ropón de monago que había heredado de su madre. Era un ser hierático, con los ojos del color dudoso del agua de la pila. Los muchachos se reían de ella porque no miraba de frente, sino de través, y porque llevaba los faldones de monago rotos y las sandalias atadas con cuerdas de tomiza. Por eso, cuando su madre la mandaba a un recado, andaba deprisa mirando al suelo y escondiendo las manos entre los ropones. Don Sotero le había regalado a Emerenciana unas gafas negras y la estaba enseñando a jugar a los naipes. Vivía por entonces las guerras de América sin haberse movido del sillón, hablando de ellas como si las hubiera presenciado. Le ordenó a Cuarenta Mártires que no saliera de la sacristía, por miedo a que perdiera la virginidad. "Cristianilla horadada, plata quebrada", le solía decir. Cuando cumplió doce años la mandó de pelegrina a la sierra, poco antes de que su madre muriera cuando supo el desastre de Cuba. Emerenciana murió dentro de la iglesia con el matacandelas en ristre como si fuera un san Miguel, gritando en plena crisis Viva la España imperial; pero, en realidad, la había acabado la tisis que la consumía desde que nació. Cuarenta Mártires ni se enteró de su fallecimiento; muchos años después les daba recuerdos para ella a la gente que pasaba por la ermita y ellos nunca la desengañaron.

***

DON SOTERO EL CURA había llegado al pueblo en una mula hacia el año noventa, cuando frisaba en los treinta veranos. Seguía el camino que hollaron las tribus prehistóricas feroces y errantes, los mercaderes de Fenicia, los guerreros de Cartago, los griegos y las cohortes de Roma, los árabes más puros y los más fieros habitantes del desierto. Escaló con su mula las mismas montañas pedregosas, los despeñaderos cortados a pico; cuando coronó la última cumbre llevaba sus abaciales posaderas tumefactas y estaba rendido por la caminata. La Serranía se iba oscureciendo cuando detuvo la bestia y desmontó; mientras el guía que llevaba se sentó a descansar en un mojón cercano, él se tumbó de bruces sobre las matas de tamariscos. Abajo el camino serpeaba y al fondo estaba el pueblo, con sus casas encaramadas en la ladera. No pudo volver a montar y siguieron a pie; cuando llegaron a la plaza, era ya noche cerrada. Era gordo y pálido, tenía el cogote ancho, el rostro surcado de venillas y los ojos parecían dos grietas en la cara. Tenía los labios gruesos y los dientes picados, y de lejos le olía el aliento a ajos y a cazalla. Se corrió el rumor en el pueblo de que venía castigado por el obispo, porque a su edad ya tenía diez hijos de la misma mujer, pero nadie pudo comprobarlo. Sólo sabían que había nacido en Salamanca, que tenía muchos humos y era un veneno para sus feligreses. Empezó zahiriendo con rigidez las costumbres del pueblo; como por entonces la Iglesia había abolido el diezmo eclesiástico, él se desquitaba cobrando hasta el abuso las bodas, los bautizos y funerales. A poco de llegar empezó a jugar al tresillo en lo de Carcunda y quiso convencer a Emerenciana para que lo dejara, amenazándola con la condenación eterna porque estaban en pecado mortal. "Leonina societas", decía, pero lo que él quería era llevársela de sacristana. Le aconsejaba al solterón dieta, mangueta y un nudo en la

bragueta, hasta que un día le ganó la criada a las cartas. Se llevó a la madre y la hija y Emerenciana hizo confesión general. “A cuentas viejas, barajas nuevas -le dijo el cura con la absolución. - Quitada la causa se quita el pecado; arrepiéntete, que de menos nos hizo Dios”. Le costó trabajo que ella aprendiera a cocinar a la manera de Castilla, y al final él mismo se había aficionado al gazpacho. Cogía la cuchara de palo y, ceremoniosamente, la introducía en el líquido rojizo. “Ave”, decía santiguándose, y ella le contestaba: “Ave, Jesús y sopa”. Cuarenta Mártires lloriqueaba sorbiéndose los mocos y el cura le decía que soplar y sorber no podía ser al mismo tiempo. “In vino veritas”, sentenciaba, y les iba contando que la estranguria se curaba con vino, que los dolores de ojos cedían al uso del vino puro mejor que con fomentos, sangrías ni purgas. “Salir del lodo y entrar en el lodazal”, se lamentaba la mujer, porque tenía que fregar los escalones de la iglesia donde se sentaban los niños, encender la mariposa del altar que nadaba encima de una capa de aceite dentro de un recipiente rojo, cepillar el terciopelo de los reclinatorios que apenas tenía pelo ya y hasta cortarle los callos al cura. Por si fuera poco, los domingos tenía que ayudar a misa. La figura adiposa se detenía ante la puerta de la sacristía para contar a los asistentes a vista de pájaro; luego se acercaba al altar, donde alzaba una mano y la dejaba arriba con los dedos unidos, decía una oración en voz baja que Emerenciana trataba de entender, pero se le escapaba en jeribeques de latines. Al final cerraba de golpe la puerta del sagrario, sumergía el hisopo en el acetre, se volvía con él en la mano y lanzaba el agua bendita sobre la concurrencia y los bancos acabados de encerar. Cobraba por las primeras comuniones, por los responsos y los entierros y, como nadie se casaba en el pueblo, descubrió el truco de los exorcismos. A los endemoniados los trataba con cocimientos de hierbas que preparaba Emerenciana en la cocina junto a la sacristía, mientras Cuarenta Mártires la miraba hacer, chupándose las velas de mocos. De tanto mirar, la niña acabó aprendiéndose los ingredientes y hasta inventó por su cuenta un potingue para matar a los ratones. Las mujeres llevaban al endemoniado de turno y la sacristana salía a recibirlas con el manojo de llaves pendoleando de la cintura. Les hacía una seña de complicidad y ellas la seguían cargando al desgraciado; lo llevaban a la sacristía y lo dejaban tirado en las losas, pataleando, echando espumarajos por la boca y con los ojos dando vueltas. Entonces llegaba don Sotero poniéndose la estola y el manípulo; mientras ellas lo agarraban, él le ponía la mano en la cabeza y lo obligaba a beberse el brebaje. “Es un demonio malo, pero curará”, las tranquilizaba, porque el que no empeoraba se ponía mejor. Al que no mejoraba él le decía que era la voluntad de Dios, le daba una estampa de san Pascual Bailón y le cobraba la factura. Cuando murió la albina, don Sotero perdió el laboratorio de sus cocimientos. Por entonces leyó en un periódico el anuncio de las Pilules Orientales y empezó a administrárselas a los endemoniados, a quienes aumentaban la potencia viril. “Sea milagro, y que el diablo lo haga”, decía él para sus adentros; tanto éxito tuvieron las píldoras que acabó encargándolas por arrobas, porque a las mujeres les agrandaban los pechos y les afinaban el talle, de forma que sacaban novio muchas que nunca lo tuvieron, recobrando el marido las que lo habían perdido en las casas de citas de Ronda. De cuando en cuando el cosario llevaba al pueblo un burro con las alforjas llenas de cajitas de Pilules Orientales, ya que el cura se pasó treinta años administrándolas a todos los serranos de la comarca. Era el mejor cliente de la casa, que se asombraba de un consumo tan fenomenal, de forma

que un día llegó con el cosario un pergamino que olía a química, con un sello de lacre, en que se nombraba a don Sotero consumidor ejemplar. Cuarenta Mártires siempre constituyó un problema de conciencia para el cura, desde que coleccionaba ratones muertos en una caja de zapatos bajo el altar y se los disputaba a los gatos. Cada vez olía peor en la iglesia, hasta el punto de que la gente más devota estaba dejando de ir; era tal la hedentina que chisporroteaban las velas y se amustiaban las flores de los búcaros. El cura quemaba alhucemas en el incensario, pero como lo cagaban los gatos olía luego a boñigas quemadas. Hasta que un día halló a Cuarenta Mártires jugando con sus tesoros. "Flagrante delicto", bramó, mientras sus ojos se inyectaban en sangre y golpeaba el suelo con los pies. "Puñetera niña, ¿tú ves lo que has hecho? Me has dejado sin parroquia". Luego fue a quejarse a la madre, que estaba haciendo cocimientos en la cocina. "Esto es comer uva y pagar racimo", le dijo, y ella le contestó sin volverse : "Quien quiera la carne que roa el hueso". El día de la fiesta todos los niños del pueblo llevaban el traje de primera comunión. Estrenaban zapatos y calcetines blancos de ganchillo y salían a la calle cantando el venid y vamos todos, detrás de la pequeña virgen que iba en su trono con el manto blanco recamado, encima de un prado de amapolas hechas en papel de seda rojo con rabillos de alambre. La cera chorreaba en las piedras haciendo trastabillar a las viejas, mientras los monagos mecían el incienso con las sobrepellices recién lavadas y planchadas. Don Sotero mascullaba oraciones, canturreaba resbalando y animaba con una mano gordezuela los cánticos piadosos de las mujeres, niños y viejos. A Cuarenta Mártires las habían vestido de ángel con alas de plumas de gallina y corona de orillo; los monagos le alzaban las faldas, por ver lo que tenía debajo. Así anduvo hasta que se fue de pelerina y al final guardaba las plumas que se le caían en la caja de los ratones muertos. El día en que se fue, el cura estaba tan contento como si se hubiera quitado unas botas que le apretaran demasiado; para acallar murmuraciones repartió por el pueblo estampas de la Milagrosa y de san Antonio con el niño en brazos. A Carcunda tuvo que excomulgarlo in artículo mortis, porque no le dio lugar para otra cosa. Organizó un jubileo cuando Cuarenta Mártires fue madre sin ayuda de varón y lanzó un virulento discurso desde el púlpito cuando Pasos Largos mató a los Geminianos. Cuando se topó a medianoche en la fuente con Alacoque y Pastor, que iba vestido de fantasma, él mismo llevó a empujones a la muchacha hasta su casa. "Inter nos -le dijo a su padre-, me parece que esta chica es un peligro público". Don Rafael la mandó interna con las monjas del colegio del Monte y aprovechó también para enviar a Consuelo y Amelia. A don Sotero se le estaban cayendo los dientes de la piorrea; al final había abandonado la cura de almas y se pasaba el día comiendo chocolate con churros que le enviaba doña María. "El viejo y el horno, por la boca se calientan", bromeaba, enjugándose los chorreones. Cuando se jubiló dejó la casa rectoral llena de esquelas mortuorias, cartas impresas y dobladas con una greca negra que abarrotaban los aparadores, los cajones de las cómodas y hasta las baldas de la cocina. Era un papel fuerte y labrado con un ojal donde encajaba la lengüeta; había también recordatorios satinados, con imágenes de cristos sangrantes. "El recuerdo de sus virtudes servirá de ejemplo a los que aquí lloran su ausencia", rezaban, o"María, auxilio de los cristianos, concededle el descanso eterno". Por entonces llegó al pueblo un cura joven al que llamaban el Cura Mocito; él mismo se encargó de quemar las esquelas y los recordatorios, para no verse obligado a tirarlos a la basura. Años

después, cuando los guardias civiles lo tenían acorralado en la cueva, le parecía estar viendo la premonición de los cerros de esquelas, en un papel labrado con bandas negras, el nombre del difunto y una negra cruz. Al año siguiente de su jubilación, a finales del treinta y uno, don Sotero falleció en Salamanca: murió de pulmonía complicada con una indigestión.

***

CUARENTA MÁRTIRES era hermana de madre de Florentino Zunifredo y, aunque no lo supiera, prima por parte de padre de doña María. Era albina como su madre y tenía un labio leporino y los ojos tristes; cuando sonreía era peor, porque mostraba los dientes y la encía entre los bordes del labio anormal. Hasta cumplir los siete años, su madre la había vestido con unos pantalones amarillos para combatir el reúma. Su padre, Carcunda, no la reconoció. Ella no tuvo nunca más juguete que una palma despelujada del color de su pelo que le servía de escoba, con la que iba a todas partes. "Mariquilla barre barre, madre no quiero barrer, tengo las braguitas rotas y el culito se me ve", iba canturreando. Subía barriendo hasta la casa de Juan Simón que era la más alta del pueblo, para jugar con su hija, que era su única amiga. La niña se metía el dedo en el culo por debajo del calzón, lo sacaba lleno de porquería y trataba de untársela en la cara a Cuarenta Mártires, que huía despavorida mientras la otra la perseguía con el dedo tieso y una porrita marrón en la punta; cuando quería desquitarse, ella trataba de hallar lo mismo en su culo, pero nunca sacaba nada. Un día, su única amiga se le murió de unas viruelas. La enterraron por la noche a la hija de Juan Simón, y era Simón en el pueblo el único enterrador. Y todos le preguntaban: "¿De dónde vienes, Juan Simón?" "Soy enterrador, y vengo de enterrar mi corazón". Desde entonces jugaba sola detrás de los muros hinchados de cal de la iglesia, donde la penumbra fresca estaba cargada de un olor húmedo a cera quemada y a flores marchitas. La vestían con los ropones de los monagos y siempre llevaba velas de mocos; cuando soplaba, una pompa se inflaba bajo su nariz con irisaciones de cuello de pichón. Se limpiaba los mocos con la faldamenta colorada, y se hacía el pis por todos lados y a todas horas. Enmedio de la misa tiraba a su madre con desesperación de la manguleta y se la sacudía como quien se cuelga del cordel de una campana, tocando a rebato. "Me estoy orinando", le decía en voz baja. "Niña, ¿tienes angurrias?" "No sé." Y le pedía pis a medianoche cuando dormía a los pies de su cama. "Carape con el pis -gruñía la madre, amodorrada. -Bájate tú sola y pónte en el perico, muchacha". Ella se bajaba, pero como tenía pocas carnes se quedaba helada y la madre se quejaba de que le enfriaba los pies. Un día se orinaba en la iglesia y lo hizo dentro del confesionario. "O llueve o apedrea, o nuestra moza se mea", bramaba don Sotero, mientras estaba comiendo con los dedos el conejo con tomate que su ama le solía apañar, y a cuarenta Mártires se le saltaba la hiel chupando espárragos trigueros. Luego se quedaba dormido y atronaba la sacristía con sus eructos a fritanga. Sólo la virgen pequeña acompañaba desde arriba los juegos sigilosos de la niña en la iglesia. Para agradecérselo, Cuarenta Mártires iniciaba una genuflexión dando una voltereta, que

hubiera sido un sacrilegio si no fuera por la inocencia con que la ejecutaba. Luego se sentaba en el terciopelo ajado de un reclinatorio y se quedaba mirando con los ojos velados el nicho donde estaba san José. Un rayo oblicuo, entrando por un ventanuco dibujaba una línea de luz que se estrellaba en el enlosado, mientras que el más leve roce provocaba un eco escandaloso en el recinto vacío. San José sostenía la vara de azucenas y a ella le parecía que estaba haciendo gestos con la cara. "San José me hace morisquetas", le decía a su madre, y ella le contestaba: "Pareces tonta, eso es por la llama de la lamparilla". Por entonces don Sotero había llevado una gata pequeña para que espantara a los ratones y la gata andaba siempre por la iglesia, ensuciándose en el incensario al calor de los rescoldos o paseando por la sacristía; para entrar en la iglesia necesitaba sólo una rendija, porque el lomo sedoso resbalaba contra la hoja de la puerta. Tenía miedo a los ratones y nunca los atacó, así que tuvieron que colocar cepos de madera con un agujero redondo, con alambres y un pincho donde prendían un trozo de queso. El ratón se acercaba olisqueando, meneaba la cola y mordía finalmente el queso; entonces el cepo se cerraba y lo agarraba por el cuello. Fue por entonces cuando empezó a oler mal y la gente a huir de la iglesia, mientras don Sotero cavilaba la causa de la peste. "A mí me huele a diablo", decía Emerenciana; y cuando el cura dio con el cuerpo del delito, ella se echó las manos a la cabeza. "De mí salió quien me está matando", chillaba como una posesa. En la procesión iba la sacristana abriendo el paso con un estandarte de seda, que llevaba bordada una virgen y unas azucenas en el envés; le colgaban flecos de oro y a los lados caían dos cordones con borlas. Ella llevaba el estandarte y las niñas del pueblo se peleaban por llevar las borlas. Las velas se apagaban por el airecillo y se volvían a encender unas con otras; las voces desatinadas entonaban el salve regina, mientras la procesión zigzagueaba bajo la mole imponente del Hacho. Hombres y mujeres, viejos y viejas, niños y niñas repeinados vestidos de primera comunión y con zapatos de charol con trabillas seguían a la virgen, que cuatro serranos llevaban en andas sobre su alfombra de amapolas. Las más ricas del pueblo llevaban mantilla negra y rosarios de nácar en las manos; las pobres llevaban velo y un rosario hecho con pipas de algarrobas. Aquel año nadie se peleó en la procesión por llevar el estandarte ni las borlas, porque lo llevó Cuarenta Mártires, la niña delgaducha con ojos color de agua sucia y labio leporino que se había lavado, peinado y limpiado las velas de mocos. La vistieron de ángel para la procesión; para hacer las alas su madre había desplumado tres gallinas y había pegado con engrudo las plumas en cartón de embalar. Llevaba una corona con una estrella que tenía que ir por delante, pero con las prisas salió con la estrella para atrás. Desde entonces fue vestida así y andaba por la iglesia con la túnica deshilachada en harapos, soltando plumas como un almohadón y con más agujeros que una grillera. Acabó comida de piojos y las liendres le coruscaban en el pelo albino como puntos de plata. Emerenciana se las aplastaba con la uña y reventaban con un chasquido sordo; y andaba tan zarrapastrosa que hasta a su madre le daba vergüenza. Tenía doce años cuando se fue de pelegrina; para entonces las alas se habían desplumado tanto que no quedaba más que la armadura. Don Sotero la mandó a la sierra con una pareja de gatos, a falta de leones como los ermitaños antiguos, eligiéndole un lugar selvático donde se apretaba el lentisco con el acebuche. Estaba lejos de cualquier camino, siguiendo a lo largo el lecho del río al fondo de un despeñadero, hasta que se llegaba a una meseta inaccesible rodeada de picachos

erguidos. La instaló en una choza junto a una ermita derruida, cegada de zarzas y de jaramugos. Tiró del cerrojo que gimió oxidado, lo fue girando con chirridos de llanto, hasta que consiguió sacarlo de la argolla. “Este será tu hogar”, le dijo. Ella dijo que sí con la cabeza y se quedó mirando un cristo pequeño y renegrido que tenía fama de milagroso. “Y reza por mí”, le dijo don Sotero, que se marchó sin despedirse. Cuarenta Mártires se alimentó de bellotas y leche de cabras monteses. Años atrás habían acudido a la ermita enfermos a pie o en borricos; hasta formaban caravanas en el camino que hicieron los romanos y desde lejos veían la ermita detrás de los peñascos y las matas de espinos. Pero ahora del camino no quedaban más que unas piedras puestas en ringleras, la ermita se había arruinado entre jaramugos y no llegaba más que un romero al año, arreando un caballejo que encogía las ancas para tirarlo por el despeñadero. Los gatos habían proliferado a su alrededor y había apañado un corral, donde gruñía una pareja de cerdos montunos. Llevaba el pelo enmarañado y se vestía con pellejos de cabra, despidiendo un olor a zorruno que era la mejor garantía de su virginidad. Hasta que llegó Geminiano el Chico a los alrededores de la ermita y no habían pasado nueve meses cuando ella se encontró con un niño en los brazos. Había cumplido ya los treinta cuando vio al hombretón lleno de pecas, con los ojos torcidos. El llegaba desnudo, porque acababa de bañarse en el río, y llevaba un casquete de hojas de laurel dándole sombra en la cabeza. “En cueros y con sombrero”, le dijo extrañada, y no le costó trabajo convencerla de que era un ángel del cielo que venía a anunciarla. Pasó allí la noche y ella achacó al delirio del éxtasis lo que no fue más que el estampido de la naturaleza. El niño vino al mundo ayudado por Carcunda, que era su abuelo natural, y por su tío Florentino Zunifredo; ellos lo bautizaron en el arroyo y le pusieron de nombre Cuatro Coronados. “Irse de romera y volverse ramera”, decían en el pueblo, porque el recién nacido era igual que el menor de los Geminianos. Dos años más tarde llegó por la cabaña Pasos Largos, que andaba fugitivo con la ropa hecha tiras, las botas despedazadas y muerto de cansancio. Vio a una mujer vestida con harapos que salía con un niño apoyado en la cadera; le dijo que iba huyendo y ella le contestó que podía quedarse. “Los probes nos tenemos que ayudar”, pronunció sin mirarlo. Le señaló una manta vieja y él se echó en un rincón, pero antes le dio cuarenta duros para que comprara comida y municiones. A ella le faltó tiempo para guardarse las monedas, correr al cortijo que tenía más cerca y denunciarlo a la guardia civil.

***

CUANDO CUATRO CORONADOS NACIÓ, la madre dijo de buena fe que era de Dios y que la había anunciado el arcángel san Gabriel. Aunque las malas lenguas decían que nació de un carnero, lo cierto era que el chiquillo era el vivo retrato de Geminiano el Chico. Ella lo crió con sus pechos blancos y fláccidos y lo miraba como una niña vieja que hubiera descubierto de pronto un rayo de sol, aunque tenía el cuerpecillo arrugado y la cabeza como un melón gorrinero. Acostaba al hijo a su lado en un montón de paja y lo amamantaba con la mano cogida; mientras, ella chupaba los huesos con algo de carne que le daban por caridad en las dehesas, acabando el

festín con zarzamoras y fresas salvajes. Luego empezó a darle al pequeño ancas de rana y pajaritos fritos; estaba medrando, cuando una mañana ella se despertó temprano, miró a su hijo y lo vio más blanco que la leche. Desde entonces gemía y lloraba a todas horas; estaba tan flojo como un muñeco de trapo y serrín que se hubiera quedado vacío. Y aunque parecía comerse con gusto las piltrafas de carne, no había terminado de tragarlas cuando las vomitaba. Un vello oscuro le estaba naciendo por las sienes; tenía los bracillos y las piernas flacos y el vientre tensado y redondo, se le estaba afilando la nariz y sus ojos miraban con angustia. Mientras, le crecían tanto las pestañas que ya le sombreaban las mejillas. Llegaron los días asfixiantes de julio y el niño iba de mal en peor; Florentino Zunifredo lo resobaba abarcando con sus hábiles dedos la barriga hinchada y tirante, desnudaba su pequeño vientre timpanizado y lo palpaba y repalpaba con sus manos ásperas, cavilando para sus adentros. Fue atando cabos y dando forma a sus conjeturas; empezó a abrirse paso el pensamiento de que el niño padecía aquel mal que se veía raramente en los confines de la sierra, cuando los pequeños enfermaban y las pestañas les crecían, hinchándose sus vientres como panzas de sapo. Estuvo una semana buscando hierbas para preparar un cocimiento. "No sé si pasará de esta noche", le dijo a Cuarenta Mártires después de embutirle el potingue entre arcadas con una cuchara de palo. Ella lo cogió en brazos, lo apretó contra sí porque estaba convulso y helado y los dos se quedaron dormidos. Cuando la madre despertó, el chico tenía las mejillas rosadas y dormía con una respiración muy suave. Creció en la cabaña junto a la ermita, rodeado de todos los gatos del contorno que la pelegrina recogía porque también eran hijos de Nuestro Señor. Un día le llevó a su hijo un nido con tres pajarillos que tenían la cabecita desplumada y los ojos ciegos; él les estuvo dando bellotas mascadas y gusanillos, instaló el nido bajo la techumbre de palmas en un sitio donde les daba el sol y los alimentaba cada día, hasta que los pájaros pudieron volar. Habló con mucha seriedad a los mininos para que mantuvieran las distancias; pero ellos mismos se mantenían en alto por un miedo ancestral a los gatos. Hasta que tomaron confianza y bajaban a picotear los granos de alpiste, picoteando también a los gatos que se dejaban hacer. Fue por entonces cuando a Cuatro Coronados lo castró un cerdo. Allí llovía más que en el resto de la sierra y los cochinos se revolcaban en el fango; un día en que el niño estaba ensopado de lluvia, se refugió con ellos en la gorrinera. La cerda lo tiró por el suelo y lo pateó en la barriga; cuando se hartó de patearlo, estaba más liso que su madre. Cuando el chiquillo se vio en los brazos de Cuarenta Mártires, tenía encima más basura que hojas menea un temblor de tierra y ya nunca podría engendrar. "Los eunucos no padecen de gota, ni se quedan calvos", le dijo Florentino Zunifredo a la madre para consolarla; pero el infeliz desde entonces no podía ver un cochino a lo lejos sin que le dieran alferecías. También empezó a tener miedo a la gente, porque la madre le contaba que los hombres-lobo salían al campo con el plenilunio para comerse el hígado de los niños; por eso miraba asustado al romero cuando llegaba una vez al año a la luz de la luna, redonda y amarilla. Se entretenía jugando con las arañas grandes y peludas, de aspecto achaparrado y torpe que se alojaban en la techumbre; perseguía a las menudas que tenían el cuerpo como un grano de anís y unas patas largas y finas como hilos, y que corrían tanto que no se las podía seguir con la vista. Se comía las pequeñas y grises que tejían sus telas y se descolgaban de un hilo, aguardando la presa. Mientras, Cuarenta Mártires se entretenía repelándose los callos

de los pies con las uñas sucias de las manos; daba vueltas a la dureza con mucha paciencia para descuajar la raíz que se hundía en la carne y, cuanto más trabajo le costaba arrancarlos, con más gusto los saboreaba luego. Iba a cumplir diez años Cuatro Coronados cuando una tarde llegó a la cabaña Florentino Zunifredo. "Por santa María de agosto te llevaré de mozo de cuadra con los marqueses", le dijo. "¿En qué mes cae santa María de agosto?" El movió la cabeza y no le contestó, pero llegado el tiempo se presentó en la cabaña a buscarlo y se lo llevó montado a la grupa. Para aguantar la soledad, Cuarenta Mártires empezó a comerse las uñas de los pies que se arrancaba antes, dejándolas sobre una piedra. Cuando estaban todas juntas las mascaba junto con las lágrimas; la suciedad blanquecina le sabía a queso y, mezclada con la tierra, le chirriaba entre los dientes dándole sensación de compañía. Las más apetecibles eran las más grandes que a fuerza de chuparlas se reblandecían; al final se cansaba de mascar las uñas y las escupía, aunque algunas se le quedaban entre los dientes, arañándole las encías. Cuatro Coronados era muy torpe, pero fiel; acabó de crecer en las caballerizas de palacio cumpliendo bien su cometido, porque se entendía con los caballos mejor que con las personas y nunca los relacionó para nada con los cerdos. En sus largas noches de vigilia se acordaba de su madre, de los pájaros y de los gatos; y, como no podía procurarse el placer solitario, se dedicaba a comerse los mocos. Miraba a los lados por si alguien lo estaba viendo, los extraía con la punta del dedo y les daba vueltas hasta convertirlos en albondiguilla, disfrutando de su sabor salado. Había veces que estaban tan duros como la madera, pero la saliva los ablandaba y eran los más sabrosos; se entretenía en desprenderlos con la uña de las paredes de la nariz, donde se agarraban a los pelillos. Tampoco despreciaba los blandos, que parecían zarcillos de perlas. Se tapaba un agujero con el dedo, soplaba y los mocarros salían por el otro; había de todo, blandos y duros, y con fruición los sorbía y se los tragaba. Tenía quince años cuando nació el hijo mayor de los marqueses, Francisco de Borja Carlos Miguel, a quien llamaban Francisco para abreviar. El lo ayudó desde niño a subirse a la jaca y, cuando el pequeño marqués lo sorprendía sacándose los mocos y goloseándolos, se reía de él y se lo contaba a todo el mundo. Pero él no escarmentaba y seguía haciéndolo cada vez con menos pudor; por el contrario conservaba el más hermoso entre los dedos, lo trabajaba antes de engullirlo y lo chupaba para que durara más. No le gustaba la velilla líquida porque le sabía a poco y le daba náuseas comerse los blandos cuando se habían quedado fríos, porque le parecía que no eran suyos, sino del pequeño marqués. Se comía también las legañas que estaban saladillas y las masticaba si estaban endurecidas. Cuando nació la hija de los marqueses la bautizaron con los nombres de Martina Beatriz Isabel de Hungría, pero la llamaban Martina a secas. El tenía diez y nueve años y seguía en la casa, pero nunca consintieron que la tocara. Era ya un hombre hecho y derecho aunque le faltaran los atributos de la masculinidad y tenía las espaldas recias, el cogote grande, un pelo abundante y crespo y las piernas achaparradas. Pero siguió siempre teniendo la voz aflautada y era barbilampiño, porque estaba castrado. Él mismo no sabía si había nacido de esta guisa por un raro capricho de la naturaleza, o es que había resultado así por un accidente desgraciado, pero el hecho era que no podía sentir el placer como sus compañeros, ni visitar los lugares de amor que ellos visitaban. Fue mucho tiempo después cuando Cuatro Coronados le llevó a su madre a la sierra una criatura moribunda envuelta en una manta de caballo. Nadie supo de

dónde había sacado aquel engendro y sólo sabían que no podía ser hijo de su padre adoptivo, porque estaba inútil para engendrar desde antes de tener uso de razón. El niño sufría un ataque y daba botes como un pez, tenía el pelo colorado pegado a la frente y los sesos le latían, porque había nacido sin cráneo. La albina lo acogió con un cariño montaraz, aunque quiso disimularlo; cuando lo aupó en brazos se percató de que le resbalaba un sudor que era preludio de una muerte cierta. Llamaron a Florentino Zunifredo para que lo sanara y él se presentó con su lata de hierbas y dos estampas de san Apuleyo y san Aquiles. “Está más frío que culo de muerto”, fue lo único que dijo cuando lo vio, y le estuvo administrando el mismo potingue que le dio muchos años antes a su sobrino. Tan mal lo veía, que lo bautizó bajo condición y le puso Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados. Pero en esta ocasión fue Cuarenta Mártires quien barruntó el mal que lo aquejaba, porque tiró las hierbas al tejado de la cabaña y le puso en la manita una tira de tocino salado. En dos minutos el pequeño monstruo lo había devorado a fuerza de chupetones angustiosos y lo mismo hizo con media libra de tocino con toda la sal, mientras Cuarenta Mártires lo ayudaba a tragar con buches de leche de cabra. “Sorbe un buchito”, le decía. Le había encajado la boina que heredó de carcunda para que no se le advirtiera la deformidad de la cabeza. Tenía junto a la ermita una cabra salvaje atada con nudos de tomiza y la había elegido para el niño ética, pelética, pelapelambética, peluda y pelapelambruda. A ciertas horas la soltaba y el animal triscaba en la maleza, trepaba las escarpaduras hasta alcanzar el pedriscal y, siempre a la misma hora, estaba de vuelta para dejarse ordeñar. Las cabras que había en las dehesas solían enfermar y la mujer ya estaba escarmentada, porque sabía que las fiebres maltas dejaban a las gentes postradas hasta consumirlas. La criatura se ponía como chivo de dos madres, porque tenía un apetito voraz y se merendaba media arroba de bellotas ayudadas por la leche de cabra. Luego Cuarenta Mártires le daba un trago de anís que le había traído su hijo de casa de los marqueses; el bebé se relamía con el carminativo y poco después el cuerpecillo se estremecía con un eructo pavoroso. “Es más puñetero que el mundo”, reía con cariño la abuela adoptiva; jugaba con él a topa topa y cuando el niño topaba la cabeza le sonaba a hueco. “Escupe, que te sale un cuerno”, lo jaleaba ella. El chiquillo creció como un mueble. No hablaba y gruñía como los animales, y su voz se fue haciendo tan profunda como el tañido de una campana. Los gatos le lengüeteaban los piececillos descalzos y tenía un ciento de gatos siempre alrededor; mientras, él despegaba el hollejo de las bellotas y se las comía de cuatro en cuatro; luego, se encajaba los cascabullos en los dedos en forma de dedales. Siempre llevó la boina colorada que había sido de Carcunda y que se confundía con el color natural de su pelo, cubriéndole la aberración de la cabeza. Tenía las uñas tan grandes como peinas, recias y descoloridas; se rascaba el envés de las manos hasta que sangraba a fuerza de arañar y se las chupaba para aliviar el picor de la sarna. Cuatro Coronados llegó a querer al malhecho como si hubiera sido su propio hijo y, con el tiempo, llegó a creerse que lo era. Iba a verlo a la sierra y le llevaba golosinas envueltas en papel de celofán, lo sentaba en un banco de troncos dentro de la ermita para protegerle la cabeza del sol y él chupaba el papel, mirando con sus ojos del color de las uvas la lamparilla del altar. Así estaba cuando llegó una tarde Cuarenta Mártires de recoger bellotas. “Bien te estás en tu nido, pájaro”, le dijo cacheteándole el cogote, pero el frío siniestro que notó la percató de que estaba muerto. Lloró tanto por él que se le acabaron las lágrimas;

cuando llegó Florentino Zunifredo, no pudo más que envolverlo en la misma manta que le había servido de pañal, subirlo a lomos de una mula y llevarlo a enterrar a Montejaque. El muchacho acababa de cumplir treinta años y murió el mismo día que Águeda, la hija de Amelia y del médico don Camilo. Le dio sepultura con la manta y con la gorra puesta; allí estaba Cuarenta Mártires medio centenaria, arrugada como una pasa y ya casi sin pelo, limpiándose las lágrimas con unos trapos negro-pardos. "Está la vieja muriendo y aprende", suspiraba. Por aquellas fechas Florentino Zunifredo cumplía cien años y estaba dispuesto a cumplir otros cien.

***

FLORENTINO ZUNIFREDO dio por entonces en recordar su vida pasada, hasta en sus detalles más nimios y pormenorizados. Contaba a todo el que lo quería oír que era hijo legítimo de Florentino y de Emerenciana la Rubia, que sus padres habían sido criados en casa de los señores y que se habían casado por la iglesia. No recordaba al padre que murió joven sin pena ni gloria, pero sí que a él se lo llevó su abuelo, Florentino el Viejo, cuando su madre se marchó con Carcunda. "Con niños y con cabras nunca faltan incordios", solía decirle; y para enderezarle las costumbres le daba una azotaina cada día, siempre a la misma hora como un ritual. Aunque sabía que era hermano de Cuarenta Mártires la pelegrina, durante mucho tiempo no la conoció ni de vista. Del viejo aprendió el oficio de cabrero y el de curandero, lo llamaba "güelo" y tenía en él su única compañía. Nunca bajaba al pueblo, desde el castillo se asomaba a las calles más altas al anochecer, cuando las chicharras se habían quedado calladas entre los jaramugos y las cabras olisqueaban las peñas y los matojos. El chiquillo dormía boca arriba en el campo, como lo había hecho su abuelo, con todas las estrellas por techo. Pateando la sierra con el ganado se encontraba con Pasos Largos, que por entonces era todavía Juan Mingolla y no había empezado a delinquir; juntos atravesaban los ventisqueros, cruzando las gargantas donde zurriaban los aires. De tiempo en tiempo llegaba hasta Ronda a vender el queso de las cabras y atravesaba la calle de Pedro Romero, que entonces no se llamaba así, pero que ya trasminaba a madera fresca del aserradero, y tenía que saltar los tablones que se apilaban cerrando el paso. En la plaza de toros, las piedras lucían repulidas por el roce de los siglos. Las tiendas de los talabarteros estaban abiertas y mostraban alforjas de colores, cinchas, ataharres y mantas de lana bordada, junto a zahones de cordobán. Bajo un sol achicharrante pasaban las bestias cansinas, resonando los cascos en el silencio de la tarde, y el sol derretía las piedras en las callejas de ventanas cerradas por donde no transitaba un alma. El sol trazaba una línea recta, a un lado la penumbra y al otro la canícula del mediodía rondeño; de cuando en cuando acertaba a pasar un serrano, adormilado en su caballo debajo del sombrero de palma. Podía oirse en la modorra un relincho desesperado, o un rebuzno estentóreo que iba bajando de fuerza y de tono en cada arremetida. Aquel día Florentino Zunifredo había cargado el asno de higos chumbos y queso de cabra; después de estar en el mercado vendiendo la mercancía, se llegó hasta el palacio de los marqueses y tiró de la campanilla. Al rato chirrió algo, se abrió la puerta como frenada

y apareció una doncella con cofia y delantal. “¿Quiere quesos de cabra? No los hay mejores en toda Andalucía. También llevo chumbos maduros”. “No necesito quesos ni chumbos”, le dijo ella, y le dio con la puerta en las narices. Dentro se oyó la voz de una señora. “¿Quién era, Magdalena?” “No era más que un cateto vendiendo quesos, señora marquesa”. “Pues déjalo pasar, mujer”. Se abrió otra vez la cancela y lo hicieron pasar en un patio lleno de macetas vidriadas y rodeado de azulejos sevillanos. Desde entonces volvía al palacio y siempre le compraban un queso; luego en el mercado veía a Magdalena y volvía por la tarde a su pueblo, arreando a su burro. Así pasó el verano, luego vino el invierno y llegó el mes de marzo, con las celebraciones de la semana santa. Salieron los tronos dolorosos entre filas de encapuchados y el cateto miraba a los cofrades como a apariciones de otro mundo, entre estandartes morados bordados en oro, con los clavos y las espinas de la cruz. Llevaban en la mano un cirio humeando, los hachones goteaban y los pies descalzos de los penitentes pisaban los goterones de cera. Sus ojos brillaban como carbones encendidos y lo miraban al pasar, como si hubieran querido leer sus pensamientos. Luego veía sus espaldas cargadas y los hombros redondos bajo el capirote; y no se movía hasta que no se alejaban, no fueran a volver la cabeza y a aojarlo, dejándolo convertido en piedra. En el mercado encontró a Magdalena entre ristras de ajos comprando azúcar de pilón; él peló un chumbo y se lo dio para que se lo comiera. “Cásate conmigo”, le dijo, y ella le contestó: “Que el diablo te lleve”. Magdalena había nacido en Trujillo de Extremadura y era dicharachera y muy espabilada. De niña tuvo un paralís y cojeaba un poco, pero lo que a nadie decía es que también se le había caído el pelo y desde siempre usaba peluca, aunque aquello no lo sabían más que ella y la madre que la había parido. Cuando cumplió los diez y siete estaba naciendo el siglo veinte y la llevaron a servir a Cáceres, en casa de los condes de san Justo y san Pastor. Eran cuñados de doña Manolita, la marquesa de los Zegríes, quien le tomó tanto cariño que se la llevó a Ronda con ella. Doña Manolita era golosa hasta la exageración; desde el primer día la muchacha lo pasó haciendo bizcotelas y budines, melindres y alfajores, tartas para el obispo y piñonate para el abogado-notario, un señor bajito y con calva que vivía en la plaza, en una casa nueva con un portón brillante y aldabones de bronce pulido. También preparaba conservas caseras, jaleas y mermeladas que en botes de cristal criaban una costra de moho. Bullían las perolas y se envasaban las compotas en botes y en botellas; a medianoche se oía un tiroteo, y es que saltaban los tapones por la fermentación emplastando los techos de gelatinas y melotes. Asaba boniatos que chorreaban almíbar, la piel se despegaba sola y quedaba la carne rosada o amarilla, tan tierna que se deshacía en la boca. Ella mezclaba aquella carne con azúcar molido, moldeaba croquetas que envolvía en azúcar y las ponía a orear en un confitero de plata. Como a la marquesa le gustaba el confite casero, ella daba vueltas con cuchara de palo revolviendo el azúcar con polvo de canela, mientras sentía los lengüetazos del fuego y el caramelo hervía con burbujas doradas. A diario tenía que acudir al mercado a comprar chocolate o azúcar de pilón; allí se encontraba con Florentino Zunifredo, que empezaba dándole los buenos días con un chumbo y acababa llamándola por lo bajo aborto del paraíso. A ella aquello le sonaba a burrada, pero tampoco lo entendía; y aunque al principio pasaba muy derecha y sin mirar, al final llegaban juntos hasta el puente nuevo, se asomaban al abismo a través de las rejas panzudas y oían juntos el

graznar de los cuervos. Se detenían a la mitad del puente sobre la batahola de los hojalateros, a más de doscientos metros sobre el lecho del arroyo; en ese punto las murallas eran verticales y en el fondo de la garganta estrecha serpeaba un torrente de espumas. “Esta profundidad me da vértigo. Vámonos de aquí, que se me trabuca la cabeza”, decía ella. “El que vive en la sierra no se da cuenta de lo hondo, ni siquiera lo ve”, le contestaba él, y la acompañaba al palacio mientras el sol hacía chiribitas en las piedras, y las bestias cansinas se atragantaban del calor. El iba dándole razones y hablándole de las muchas cabras que tenía, hasta que la convenció y se pusieron en relaciones. “Esa es más interesada que la iglesia”, le decía a su nieto Florentino el Viejo. Pero todo fue en vano y se casaron por la iglesia, porque así lo exigió la novia, que tuvo que conformarse con irse a vivir a Montejaque. Tomaron una casa medio decente para vivir y allí se llevaron en el burro los cachivaches de deshecho que les regaló la marquesa. El novio llevó una mesa con cuatro sillas de aneas y un tapete alargado, y de adorno para el comedor un búcaro con las plumas de dos pavos reales. Allí supo Magdalena que aljofifar era fregar el suelo con un trapo, porque en casa de doña Manolita no había hecho más que dechados de confitería. Se pasaba el día aperreada, encalando y pintando de rojo almazarrón los zócalos y los escalones. Se le estaban abriendo las manos de frotar las sartenes con asperón y estropajo de esparto y, cuando salía a la calle, los chiquillos la coreaban: “Badajoz, tierra de Dios, donde andan las putas de dos en dos”. Ella volvía a casa con el cesto de los chícharos y de rabia los pelaba y se los comía al mismo tiempo, de forma que al final se quedaban reducidos a nada. “Miren que llamar chícharos a los guisantes”, rezongaba. Cogía el soplillo de esparto que era redondo y plano con mango de madera, lo meneaba delante de la hornilla y el fuego se avivaba haciendo borbotar el puchero, mientras de la ventanilla del fogón brotaba una cascada de carbonillas incandescentes. Cuando el marido le llevaba castañas, ella les daba un corte y las ponía en las brasas hasta que empezaban a estallar como balines. En invierno, todo fue a peor. “Ocho meses de infierno y el resto de invierno”, se quejaba, y él la consolaba diciendo que en febrero con un día malo vendría otro bueno. Pero cuando llegaba por las noches, en lugar de calentarla le daba más frío y ella protestaba entre sueños: “Qué placer de marido, que fue a cagar y vino aterido”. Cuando estaba amasando el pan tenía la cabeza en los bizcochuelos y las tartas de doña Manolita; con la imaginación juntaba las yemas y batía las claras, las mezclaba con harina y azúcar y, trabucando lo que hacía, metía el pan en el horno envuelto en un papel de plata. También echaba de menos las comidas del palacio y se le hacía la boca agua recordando el zafarrancho de langostas y pichones. Cuando la marquesa tenía invitados, las langostas aguardaban atadas sobre la mesa de mármol del obrador y había en la lumbre grandes cazuelas humeantes. Y cuando el agua empezaba a hervir, la cocinera cogía las langostas y las zambullía en el agua, donde los bichos se estremecían y agitaban las antenas; luego se quedaban quietos y cambiaban de color. Mientras, una ayudante de cocina estaba escaldando los pichones para pelarlos mejor, chamuscando en las brasas los cañones de las alas y de la cola. Allí hasta las criadas olían a lavanda y a benjuí; aquí su marido olía a cabras, porque sólo se había adecentado para la boda y luego andaba siempre sin quitarse las trazas de cabrero. El jornal de la venta de quesos entraba por la puerta y se iba como el humo, así que pasaban la vida regañando. “Tú tienes tanto dinero como Jesucristo pecaos”, le dijo ella el primer día; él le replicó que la culpa era de ella, que tenía más

costos que una dama. No volvió a ver la regla porque en seguida se quedó embarazada; quiso el destino que tuviera mellizos y los llamó Justo y Pastor, en memoria de sus señoritos de Cáceres. “Soy más desgraciada que el postigo de san Rafael, que todos se cagaban en él”, se quejó cuando le dieron la noticia de su parto doble. Porfiaban cuando él llegaba tarde de guardar las cabras; Magdalena se acostaba de madrugada lavando pañales, refajos y muletones, y se desesperaba porque los dos gemelos no dejaban de ensuciar. Ya estaba pensando que dos críos eran muchos críos y, aunque a ratos se los comía a besos, la mayor parte de las veces tenía ganas de ahogarlos. Además de la falta de dinero, el motivo de las peloteras solía ser la pasión arrebatada del marido. Ella estaba con la cuarentena; como no podía satisfacerlo él se ponía como loco, se le subía la sangre a la cabeza y a poco no se le salía por los ojos. Una noche llegó casi por la mañana y ella notó que había bebido. “A mí no te acerques”, le dijo. “Ven acá, que voy a rebanarte el pescuezo”, le gritó él como un basilisco, y ella le contestó entre sueños: “La puta de tu madre”. No se dio cuenta de cómo cayó, pero lo culpaba a él porque la había apechugado. Lo cierto fue que resbaló de la cama y dio con la quijada en el suelo de losas; además de perder la peluca, todos los dientes le saltaron tronchados de raíz. No se molestó en restablecer el postizo; en cuanto a los dientes, no le quedaba uno para muestra. Los mellizos berreaban por el estruendo, ella fue a mirarse en un trozo de espejo y lloró también sin consuelo por su juventud perdida. Cuando él vio lo que había pasado le devolvió la peluca, sacó una navaja barbera y se la dio para que lo matara. “Estás loco perdido”, fue lo único que ella le dijo. El marido se marchó vociferando, dio un portazo y se fue a dormir la mona a la choza de su abuelo. Mientras los niños se desgañitaban y todo el pueblo se había puesto en pie, Magdalena empezó a guardar sus cosas en un hato envuelto con la colcha de novia. Recogió la mitad de los pañales, de los fajeros y las mantillas, y dejó en un cajón de la cómoda media canastilla infantil. “No es la miel para la boca del asno. Descalostrado te dejo al Pastor, medio criado está”, lloriqueaba. Terminó en menos que se persigna un cura loco y cuando llegó a Ronda acababa de amanecer. Iba montada en el burro, con una sombrilla en una mano y en la otra un bulto con una criatura, porque había dejado a Pastor con el padre y se llevaba a Justo con ella. Las calles estaban tan calladas que ni los pájaros se habían despertado, y ella se fue derecha con su pena a casa de los marqueses. Le dejó el burro al caballerizo para que se lo devolviera al cabrero y le dijo a doña Manolita que quería regresar a su tierra; que se sirviera escribirle una carta de recomendación, porque había decidido volverse a servir en casa de los condes de san Justo y san Pastor, sus cuñados. Al día siguiente le dijeron a Florentino el Viejo que Magdalena se había ido a Extremadura. “Tenía una voluntad más fuerte que el peñón de Gibraltar”, dijo él. Por entonces lo encontraron muerto trenzando una tomiza de cuatro y Florentino Zunifredo llegó, como el socorro a España, tarde. Liquidó el alquiler de la casa, repartió los muebles entre las vecinas y se llevó con él a Pastor. Trató de atarlo al pastoreo como era tradición en la familia, pero no pudo conseguirlo porque era un niño indócil y contumaz, y lo único que le gustaba era triscar por la sierra a sus anchas. “Este anda el camino dos veces, como los perros”, se quejaba él, pero no pudo domarlo por más palizas que le dio. Florentino Zunifredo vivió desde entonces en la casucha donde había que agachar la cabeza para entrar, en lo más alto del pueblo entre peñascos y pegujales de cardos. La casa no tenía más que un cuarto que hacía las veces de comedor y cocina,

dormitorio y sala de recepción. Tenía las paredes tapizadas de fotografías antiguas, retratos en color sepia que el tiempo había descolorido; había fotos de bodas y de primeras comuniones, otras del servicio militar y de viejos que habían ido a Ronda para retratarse, porque aquí no había ni esperanza de fotógrafo. Guardaba como una reliquia un ramo de culantrillo de pozo que había sido de su abuela Geminiana y ahora estaba momificado, así como el búcaro con las plumas de los pavos reales. No conocía el cansancio y, muchos años después, aún seguía trabajando como pastor y curandero. "Durmiendo sana el joven y muere el viejo", solía decir. Le llevaban heridos de bala, descalabrados, parturientas y hasta burros con mataduras. Había sido comadrona de medio pueblo y por tradiciones ancestrales estaba al tanto de los ciclos fértiles e infértiles de la mujer; por la orina conocía si iba a ser o no madre y si lo que naciera sería hembra o varón. Parecía un Merlín de los tiempos modernos trajinando unturas en un jarrillo de aluminio lleno de abolladuras. Daba los ungüentos de balde y machacaba cantáridas en un almirez para hacer compresas con ellas y poder levantar ampollas en los asmáticos y en los congestivos. "Poca ciencia y mucha conciencia", era su lema, pero lo cierto era que él ponía la ciencia y los otros ponían la fe. Todo lo había aprendido de su abuelo, porque aquellos remedios se administraban en el pueblo desde que llegaron los fenicios y sus fórmulas magistrales estaban escritas en las paredes de las cuevas, en caracteres mágicos de la prehistoria. Llegó a no vivir el presente sino en un pasado remoto, como hiciera su abuelo, y de tanto meditar se había convertido en un filósofo. Tenía encendida en su choza una lamparilla a san Aquiles y otra a san Apuleyo; guardaba estampas de san Beda el Venerable y de Romualdo el Eremita, que en sus tiempos luchó contra la relajación de costumbres entre los monjes. Sus remedios eran una mezcolanza caótica de los inicios de la medicina, fórmulas mágicas y restos de una religión de los tiempos del Génesis, además de mucho sentido común."Dios sana y el médico cobra", decía zumbón."Pero yo no cobro, porque no tengo estudios y porque no me sale de los cojones". Cuando lo llamaron para ver al pequeño monstruo, él lo bautizó con el nombre de los dos santos de su devoción; y cuando murieron Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados, el tonto, y Águeda, la hija de Amelia y don Camilo el médico, él aún vivía y había cumplido los cien años. Por entonces no era más que el puro soporte de sus huesos, tenía la nariz de aguilucho, los ojos en el cogote y una cabeza que era una mojama; no se sorprendía de nada ni se asustaba por ninguna cosa, porque se le había gastado toda su capacidad de asombro y de temor. Las venas de su frente parecían talladas en bronce y su pelo era brillante y suave, tan blanco como el lino. "El viejo que se cura, cien años dura", reía sin dientes; y conocía lo que había ocurrido en el pueblo en un siglo, sin que perdiera las esperanzas de seguir siendo su corresponsal. Estuvo en el entierro del tonto y fue uno de los pocos seres vivos que pudo hablar con Águeda en su velorio, contándole cosas de Pasos Largos. "¿Tú fuiste amigo suyo?", le preguntó la muerta con un hilo de voz. "Sí que lo fui", contestó él con un brillo de lágrimas, que resbalaron luego por el mentón erizado de pelillos canosos.

***

PASTOR SABÍA MUY BIEN que tenía un hermano y que era hijo de Magdalena, aunque nunca los conoció. Los mellizos nacieron tan iguales que su padre los quiso llamar a los dos Florentino, pero ella lo miró tocándose una sien con el dedo y moviendo la cabeza, y dijo que se llamarían Justo y Pastor porque a ella le daba la gana, y porque era un contradiós poner el mismo nombre a dos hermanos, y más si eran mellizos. El poco tiempo que estuvieron juntos, los conocían en que Justo berreaba siempre y Pastor tenía los ojos secos y redondos. "A Justo le gustarán las flores y Pastor acabará de camarero", dijo su bisabuelo Florentino el Viejo el día del bautizo. El contorno de su primera infancia conformaría para siempre la mentalidad de los mellizos; y aunque los dos crecieron bien formados y eran esbeltos y ágiles, uno se criaría salvaje triscando por la sierra y el otro adaptado a las costumbres cotidianas de la ciudad. Desde antes de cumplir el año Pastor subía trepando hasta la alberca derruída, se sentaba en el muro y se quedaba mirando abajo, a los bancales ásperos entre la desolación de los palmitos. Amaba las cumbres abiertas a soles y vientos y lo atraía el abismo, que se extendía hasta alcanzar el valle. Podía abarcar de una vez todo el horizonte de cordilleras moradas y azules, con el río zigzagueando abajo ; y cuando su padre lo buscaba no podía encontrarlo, por más que pateara las trochas. "Deja tranquilo al angelito", le decían sus antiguas vecinas, y él contestaba que entre padre e hijo no metieran la mano. Lo azotaba con una correa hasta que le brotaba el sudor y el niño apretaba los dientes pensando que no le dolía; era cierto que no le dolía, ni le hubiera dolido aunque su padre lo hubiera matado. "Este niño es imposible", decía, sudoroso. Un día a Pastor empezó a olerle a muertos la nariz, como si se le estuviera pudriendo. Se le había inflamado y cada vez le olía peor, y se le hubiera podrido de veras si no le saca el padre un trozo de anea de la silla, que ya le estaba echando raíces. A la iglesia no iba más que a meterse con los monagos que andaban zarceando con la túnica colorada y el sobrepelliz de encaje blanco, apagando los cirios con matacandelas como en sus tiempos hiciera Emerenciana la Rubia. Les pedía recortes de hostias; como no se los daban, les decía Pastor: "Que os den por el culo". No sabía leer ni escribir, no porque su padre no quisiera mandarlo a la escuela, sino porque lo suyo era triscar por los boquetes y descularse en los desfiladeros. El maestro era el encargado de desasnarlo y la obligación tampoco le quitaba el sueño. Las pocas veces que Pastor asistía a la escuela se escondía detrás del pupitre al fondo de la clase y, con una navajilla, iba desbastando la barra de tiza hasta lograr la figura de una mujer desnuda con sus pequeños pechos. Era tal la aplicación con que lo hacía, que el alcalde tuvo que mandar una queja por el despilfarro de tizas. En el alcornocal, en lugar de cuidar las cabras arrancaba trozos de corcho hasta dejar los árboles pelados. Se lo guardaba en el bolsillo y, cuando le racionaron las tizas, se entretenía en tallar las figuras; era tal la lluvia de polvillo y virutas que el maestro lo mandaba a la calle a rematar sus virguerías. El hombre empuñaba el puntero y señalaba en el mapa los ríos y las cordilleras; de pronto se volvía y preguntaba por sorpresa a Pastor, y siempre lo pillaba tallando el corcho y desbastando las barras de tiza. "Así nunca triunfarás en la vida", lo amonestaba. "No quiero triunfar en la vida. Sólo quiero ganar dinero y gastarlo, y hacer lo que me dé la gana". Por entonces andaba en la sierra Pasos Largos y Pastor lo había convertido en un mito. Cuando supo que lo habían metido preso, juró que alguna vez lo vengaría. "Para los desdichados se hizo la horca", decía con odio. Por las tardes iba en busca de las niñas del pueblo

y les lanzaba huesos de cereza con una cañilla; pero siempre le gustó Alacoque, la hija mayor de los señoritos. Un día la retó a llegar a la fuente Tabizna, que derramaba sus aguas en el boquete tenebroso del pantano. "¿Es que tienes miedo?", la azuzó. "Yo no tengo miedo de nada", le contestó ella, aunque cuando le mentaban la fuente un escalofrío le recorría la piel y se le ponían los vellos de punta, como si hiciera frío. Tuvieron que salir temprano porque caía en la otra vertiente, sobre la profunda cortadura donde sólo las cabras ponían el pie. El camino era pedregoso y estaba seco y resbaladizo; cuando estaban llegando hallaron una culebra muerta y estirada, picoteada por los pájaros. Pastor se agachó a cogerla y la guardó para hacerse unos tirantes; y aunque Alacoque lo llamó marrano, allí mismo se dieron un beso y se hicieron novios. De esa forma llegaron a la fuente, brincando entre peñas y quejigos; al volver al pueblo iban enlazados pisando los surcos entre mazorcas de maíz, entre frutos maduros envueltos en penachos suaves como la seda. Despegaban los granos con la uña y con cada mordisco dejaban en la mazorca una huella, redonda como una herida. Al final los arrancaban a puñados, se llenaban la boca de su jugo y tenían que sacarse uno a uno aquellos hilos amarillos que se habían colado con los granos; y cuando quedaba el garojo lleno de cicatrices, lo tiraban riendo entre las cañas. Cuando Pastor pretendía a Alacoque era un mocito esbelto y tenía el andar garboso y ágil, un corte de cara moruno y un brillo inquietante en los ojos. Luego decidieron marcharse a la ventura y fue cuando Pastor se vistió de fantasma, con una sábana llena de agujeros y un trébede encajado en la cabeza en forma de corona. Los agarró don Sotero el cura y se lo dijo al suegro, así que a Alacoque la mandaron al colegio de monjas. Pastor estuvo llorando como un niño junto a la alberca derruída y fue la primera y la última vez en su vida que lloró, pero desde entonces tuvo odio a los ricos por el hecho de que lo fueran. "No hay cerradura cuando la ganzúa es de oro", decía con expresión retorcida. Y cuando su padre le hizo los cargos para que se pusiera a trabajar, él le dijo que por hacienda ajena nadie se perdía el almuerzo. Le parecía que aún vagaba por la sierra la sombra huidiza de Pasos Largos, y en su cabeza fue creciendo la obsesión de marcharse con los bandoleros. "Aléjate de los tuyos y Dios te maldecirá", lo amenazaba su padre sin provecho; y cuando lo animaba a que se buscara una mujer, él decía riendo que más valía andar soltero que cabrón. Es que había odiado a las mujeres desde que su madre lo dejó y, cuando se llevaron a Alacoque, decidió no casarse nunca. Unos le achacaban en el pueblo que tenía trato carnal con las cabras y otros que usaba por una sola noche a las mujeres que hallaba por la serranía. "De padre santo, hijo diablo", se santiguaban las viejas. Dormía el día y andaba la noche; tuvo tan buenos maestros en sus correrías que cuando llegó la república se había hecho petrolero; se había convertido en un hombre indiferente y duro, concentrado y sereno, que gozaba incendiando cosechas y prendiendo fuego a las dehesas de los terratenientes. Nunca lo cogieron, y de ello se jactaba en público. "Yo no soy bandolero ni hago contrabando. Yo soy un político que quiere el triunfo del pueblo", solía decir. Un día, huyendo de los guardias se había caído de un picacho a la profundidad del despeñadero y lo llevaron al pueblo descalabrado, con todos los huesos rotos y lleno de mataduras. El padre vio cómo lo acarreaban a lomos de un caballo; cuando lo pudieron desmontar le estuvo buscando el mecanismo de la osamenta, sin conseguir ponerle los huesos en su sitio."No sé si morirá, pero sí es seguro que no andará más en su vida", sentenció el curandero, porque tenía la cara de un tinte

verde de aceituna y los labios descoloridos. Tuvieron que llevarlo a la ermita donde Cuarenta Mártires hizo de plañidera; el viejo se hincó de rodillas delante del cristo, con los ojos en blanco y los brazos en cruz. Un vecino fue a buscar al cura que había sustituido a don Sotero y, cuando pudo llegar a la ermita, se encontró a Pastor como muerto. Ordenó que lo llevaran al cortijo más cercano y llamaran a un médico, así que entre los cuatro lo trasladaron en unas parihuelas y llamaron a don Camilo, que había llegado al pueblo para casarse. El médico hizo lo que pudo al tiempo que el Cura Mocito le daba la extremaunción a Pastor, que lanzando un hondo suspiro se estremeció y abrió los ojos. Desde entonces al médico ateo lo llamaban la virgen de Lourdes y otros empezaron a decir que el nuevo cura había curado a Pastor milagrosamente. Un día andaba el cura cerca de la fuente; cuando estaba más descuidado sintió un silbido junto a su cabeza al tiempo que una navaja se quedaba clavada en un nogal, a un palmo de su sombra. Enfrente, el Pastor se reía con su cara afilada como un cuchillo, con su barbilla puntiaguda y los brazos penduleando; todavía llevaba el tronco liado con un jirón de sábana renegrida, atada detrás del pescuezo con un nudo. “Bastante nos han estado jodiendo los curas”, bromeó, pero desde entonces hasta la muerte los dos hombres fueron uña y carne. Los dos juntos trataron de salvar a Pasos Largos cuando, ya de viejo, se volvió a echar a la sierra. Y aunque durante dos días con sus noches lo estuvieron buscando para protegerlo de la guardia civil, cuando lo encontraron no pudieron ya más que rezar juntos por él. Los arrieros y gañanes no hablaban más que de Pastor el de Montejaque, de que llevaba un rifle con anteojo para alcanzar más largo y tenía a los guardias en un puño, porque nunca faltaba un zagal para esconderlo y conocía palmo a palmo las cuevas naturales, donde tenía su guarida. En los cortijos estaban bajo su escopeta las mujeres y niños, pastores y rebaños, y hasta el alcalde de Ronda había recibido amenazas de Pastor. “La gente de la sierra lo encubre”, se quejaba el teniente coronel. “Ni aunque fuéramos cinco mil podríamos cercar a un hombre que conoce el terreno como él”. Un día fue contándole a su padre que había presenciado de lejos cómo quemaban vivo en la sierra a don Rafael. “Yo no era de ellos. Ni quise ayudarlos ni pude impedirlo”, aseguró, y poco después se unió al Cura Mocito, a quien ya por entonces perseguían los nacionales por ocultar a los insurrectos. “Quien debe algo no descansa como quiere”, le dijo, mientras lo guiaba a la cueva del Gato. La conocía desde chico y sabía que no les faltaría qué beber, porque recogía el agua de las lluvias y estaba llena de estalactitas y pinturas antiguas, que dejaron los brujos antes de que el hombre existiera. Había visto muchas veces los caballos, rebecos y bueyes pintados en amarillo, rojo o negro, y rodeados de signos cabalísticos, que eran galimatías de los magos antiguos. Entraron en la cueva por la sala de los murciélagos, donde hallaron peces dibujados con trazos misteriosos. Al tiempo que avanzaban, Pastor hacía resbalar la luz de su linterna por los muros, sin que lograra alcanzar la cúpula, tan alta como la de una catedral. Sólo se distinguían arriba las puntas afiladas de las estalactitas, como dientes de un enorme cetáceo. Siguieron por galerías inverosímiles, tratando de no resbalar por el lecho musgoso; hallaron una y otra sala mientras el cura no se atrevía a respirar, más que por el temor por la admiración del prodigio. Avanzaban con tiento, porque el terreno era resbaladizo; así llegaron hasta la gran sima, un abismo que tenía en su fondo de barro una estalactita en forma de pinsapo gigante. “Ahora, cada uno por su lado -vino a decir Pastor. -Antes de que me cojan me corto las venas

y me desangro como un cerdo". Le dejó la linterna y el cura se quedó solo. Pastor siguió reptando en la oscuridad como una culebra; pudo salir al exterior y pensó en dirigirse a Ronda, aunque sabía que se metía en la boca del lobo. El cielo estaba negro y la niebla era fría; al pie de la ciudad estuvo escondido en la mina, aguardando a sus compañeros. Anduvo y desanduvo los cuatrocientos escalones que lo llevaban a la cima. Abajo estaba la fuente que servía a los moros para abastecer la ciudad en tiempo de guerra; habían socavado la mina en el muro terroso utilizando a los cautivos cristianos, que morían a cientos en la tenebrosa oscuridad. Por eso, desde tiempo inmemorial, se decía en la sierra: "Morir en Ronda acarreando agua". Se estuvo imaginando a los esclavos que a oscuras trasegaban el agua, y entonces fue consciente de ser un heredero de la mala fortuna. "Me cago en mis muertos", masculló. Por fin llegaron dos serranos con las caras tapadas, imitando el canto del cuco, que sonó en las mazmorras como un chasquido lúgubre; él se dio a ver y le dieron un envuelto con comida, que devoró como un lobo hambriento. Cuando se hizo de noche huyeron por la salida de la fuente. Tenían que dirigirse a la costa y allí hacerse pasar por comerciantes de frutas. Le entregaron unos papeles con el salvoconducto falso; estaba amaneciendo cuando en un tren de mercancías dejaron atrás la sierra y se adentraron en el aire salado de la marisma. Tuvieron luego que separarse en Algeciras, donde Pastor sufrió un reconocimiento rutinario que no logró vencer la fortaleza de su temple de hierro. Sin que se le conmoviera un solo músculo de la cara atravesó el puesto de aduanas y se adentró en el puerto, junto a barcos mercantes sujetos con maromas, sobre un suelo regado de aceite y polvillo de yeso. Estuvo paseando entre las grúas, y palpaba dentro del bolsillo el pasaporte falso mientras los marineros iban y venían en las cubiertas, o saltaban al muelle entre pilas de sacos y torres de cajones con letreros estampados en negro. Había guardias merodeando, pero aún así el fugitivo conservó la serenidad. En el barco carguero no bajó al camarote; ni siquiera sabía si tenía derecho a ocupar algún camarote, porque el viaje era corto y llevaba billete de tercera. Viajó en cubierta con un par de tipos de mala catadura y una bandera que se agitaba al viento con los colores portugueses. Estuvo tratando de dormir sobre un banco de tablas, mientras intentaba dominar la náusea y el mareo, y cuando pudo darse cuenta habían atravesado el estrecho y estaban en aguas de Tánger. Allí desembarcó; desde el primer día tuvo que hacer de todo, desde gancho de contrabandistas a chulo profesional, y nunca volvió a comunicarse con su padre. "Cría cuervos y te sacarán los ojos", se lamentaba el viejo en Montejaque. En Tánger un monte dominaba la bahía y en sus laderas se escalonaban las suntuosas villas de árabes millonarios, banqueros suizos y traficantes internacionales; cuando llegaba la noche, podían distinguirse al otro lado del estrecho unas pequeñas luces titilantes. Nadie le habló nunca a Pastor de la profecía de Florentino el Viejo; pero el presagio se cumplió y terminó de camarero en un merendero de la playa, al tiempo que hacía contrabando por su cuenta. Le entristecían las coplas que le recordaba a su tierra, que tenía tan cerca y a la vez tan lejos; a ratos se mordía los labios hasta hacerlos sangrar, pues sentía un nudo en la garganta que le quitaba el resuello porque echaba de menos los limpios horizontes y los cielos abiertos de la serranía. Un día se llevó la mayor sorpresa de su vida: le escribían su madre y su hermano, porque los habían echado de casa los condes en Extremadura y querían que él los reclamara desde Tánger. Cuando vio por primera vez a su hermano le pareció que se estaba mirando en un

espejo; a su madre la encontró muy vieja. Los recogió en el barco y se los llevó a desayunar a un café moruno; y mientras ella se limpiaba las lágrimas con un pañuelo floreado, ellos se estuvieron contando sus vidas. “Hasta la hormiga quiere compañía”, admitió Pastor; Magdalena afirmó con la cabeza y se sorbió las lágrimas, mientras Justo sujetaba el vaso con la punta de los dedos, porque el té con hierbabuena estaba hirviendo y lo estaba abrasando. Instaló a su madre en una vivienda de moros en el Zoco Chico y a su hermano lo colocó de jardinero en casa de un moro notable, el amín de la Mendubía. Por entonces él mismo se había aburguesado, se había agostado la claridad ancestral de su mirada y había perdido sin remedio la fortaleza animal de su vida.

***

EL CURA MOCITO anduvo tanteando las paredes de la cueva, porque había dejado la linterna encendida y se le había agotado la pila. Lo acorralaron al salir de la gruta. La luz apareció de pronto detrás de una trocha, tan cerca que le pareció poder cogerla con la mano. “No disparen -gritó-, me voy a entregar”. El sargento decidió poner fin a aquella historia que ya lo estaba jodiendo y, apuntándolo con precisión, apretó el gatillo. La primera bala alcanzó al cura entre las cejas y le hizo un agujero del tamaño de una perra chica. Luego lo remataron. El responsable de la muerte se dispuso a dar instrucciones a los suyos: se sacó brillo a los botones de los puños, enganchó el dedo pulgar en el correaje, sujetó el arma por el cañón y apoyó la culata en una piedra. A la luz de varias linternas, su tricornio despedía reflejos de charol. Observó un momento aquel rostro que las balas habían deshecho y dijo, moviendo la cabeza: “Muy listo tiene que ser el que lo reconozca. Habrá que inventar algo, es difícil explicar una cosa así con la Iglesia por medio. Diremos que lo hallamos herido, lo llevamos al hospital , y allí hizo tiras con las sábanas y se ahorcó de los barrotes de la cama”. Lo estuvieron desnudando y debajo de su traje de paisano apareció su musculatura suave; no había alcanzado siquiera los treinta y tres años, la edad de Jesucristo, otro muerto prematuro. Y mientras él permanecía de bruces, con la cara rota descansando en un charco de sangre coagulada, se oía el lejano canto de un labrador y el sonido de las ruedas de un carro chirriando en la vereda.

***

2. - LOS CONTRABANDISTAS

“... Hombres expuestos a la plenitud del influjo cósmico, ajenos al apremio de los acontecimientos...”
Rainer Maria Rilke

TOBALO NACIÓ en plena sierra y era hijo de contrabandista. A su padre lo llamaban el Cristo y se decía

que las balas lo atravesaban sin herirlo. Tobalo había venido al mundo al tiempo de marcharse los franceses, igual que Florentino el Viejo y Rafael Arcángel en Montejaque, y en Ronda el primer marqués de los Zegríes. Era más largo que paga de tramposo y tenía los ojos verdiazules. Siendo mozo se juntó con Josefita, a quien llamaban la Tarara, que estaba en su misma partida; las malas lenguas decían que eran del mismo padre, engendrados en madres distintas. La Tarara tuvo desde niña un aspecto varonil, transportaba grandes pesos y peleaba con los muchachos. Luego se convirtió en una moza garrida y, aunque era más chata que la muerte, sedujo a Tobalo por su valentía y bravura. Era contrabandista como él y la primera arreando las recuas de mulas. En las expediciones peligrosas la utilizaban como espía; llegaba a Gibraltar y allí arreglaba con el patrón el embarque de la mercancía; por eso, aunque decían que era tan burra que clavaba los clavos con la cabeza, todos la respetaban. Por regla general, los contrabandistas no tenían por costumbre maltratar a los viajeros que topaban por los caminos de la sierra; pero a ella le gustaban las bromas y mandaba desmontar a cualquier infeliz, lo ataba a un árbol y lo pinchaba con la faca, coreando la fiesta a carcajadas. Un día secuestró al alcalde de Igualeja y organizó una juerga donde lo obligó a cantar y bailar; luego ella misma lo ató a un pino y se entretuvo repicándolo, de forma que no tuvieron ni que rematarlo porque parecía un colador. Ya por entonces Tobalo se había hecho famoso como jefe de partida y el gobierno daba doscientos ducados por su cabeza, ya lo entregaran vivo o muerto. Había hecho tantas veces el camino a Gibraltar que lo conocía como la palma de su mano y de noche cerrada podía seguir las calzadas antiguas por donde bajara hasta Cádiz Hernando Colón. Él y su partida dejaban atrás los ventisqueros, gargantas y umbrías, mientras las mujeres y niños espiaban a los migueletes y les pasaban la información. Los valles se estrechaban tanto que se convertían en barrancales donde crecía el pinsapo, un árbol prehistórico reliquia de tiempos antiquísimos. Había aldeas suspendidas en los taludes de las rocas, castillos ruinosos en los altozanos y bosques majestuosos al fondo de barrancos sombríos. Tenían de su parte a los pastores, que desnortaban a la guardia civil; y mientras los buscaban en la sierra enmedio del temporal, ellos habían huido a la costa para comprar munición y tabaco. Con el tiempo, Tobalo y la Tarara tuvieron dos hijos de su relación incestuosa. Al niño lo llamaron Tobalito sin Pena, porque era alegre y vivaracho; desde que nació aborreció la vida trashumante de sus padres, y su aspiración era llegar a ser dueño de una barbería. La niña había nacido en pleno alijo, mientras los guardias los perseguían. Acababan de liar los fardos de tabaco cuando las balas empezaron a silbar; del susto, Josefa la Tarara empezó con dolores de parto. Tobalo no pudo seguirla, porque llevaba una bala encajada en los riñones y los suyos lo dejaron por muerto, huyendo cada cual por su lado. Al final, sólo cinco hombres pudieron salvarse de los cincuenta que formaban la partida; la Tarara escapó a galope mientras disparaban contra ella, dando a luz a la niña sobre la silla del caballo. Tuvo que cortar el cordón con los dientes, porque había perdido la faca en la carrera; cuando estuvo segura de haberlos burlado se dejó caer en un jaral, despernada por el ajetreo y dándose ya por viuda. Envolvió como pudo a la recién nacida y le dio de mamar; luego siguió cabalgando de noche y durmiendo de día, hasta llegar al Burgo, cerca de Montejaque. En su pueblo pasó la cuarentena, en casa de una prima lejana, a dos puertas del corregidor que no dejaba de buscarla. Un día llegó Tobalo arrastrándose como una culebra y ella lo tomó por una

aparición. Bautizaron a la niña en secreto y la llamaron Josefita, igual que la madre, que la amamantaba a caballo camino de Gibraltar. Aprendió a cabalgar antes que a gatear, creció en el alijo trabajando como los hombres y era mejor contrabandista que su padre y su madre juntos. Un día le preguntó a Tobalo si había conocido a José María el Tempranillo. "No era más que un bribón y un tacaño", le contestó él; le contó que su amante era una muchacha de bien y acabó cosida a puñaladas. "Me hubiera gustado conocerlo", suspiró Josefita. Por entonces se había juntado a la banda un muchacho llamado Geminiano, hijo de Florentino el Viejo y Geminiana de Montejaque y hermano gemelo de Florentino, el que se casó con Emerenciana la Rubia. Sabía que su madre había muerto prendida de un cepo y a los dos hermanos tuvo que amamantarlos una cabra, lo mismo que la loba de Rómulo y Remo. Cuando cumplió los diecisiete, Geminiano le pidió a su padre la hijuela y se marchó de casa. Pasando el tiempo entró en la banda de Tobalo, donde conoció a Josefita que era más burra que el brocal de un pozo. Tenía la dama un bigote incipiente, los pies tan grandes como libros de coro y andaba más sucia que oreja de confesor. Geminiano se enamoró de ella y la seguía a todas partes vestido como para una fiesta, con su manta de colorines echada al hombro y una bota de vino colgando de la cintura. Aunque no tenía un duro, Josefita se juntó con él, porque más quería hombre sin dinero que dinero sin hombre. El día de la boda apareció la novia llena de faralaes, mientras que él se había comprado en Ronda un sombrero de ala ancha y una zamarra de piel de oveja, moteada de alamares de plata y con botones de filigrana. Él armó un cobertizo que ocuparon sin interrupción durante cinco noches con sus días, mientras los convidados se emborrachaban hasta el frenesí, cantando a voces coplas desvergonzadas. De allí salió ella preñada y más suave que un guante, de forma que aborreció su antigua vida y abandonaron juntos la partida y el contrabando. Con el dinero que tenían se compraron un cortijillo. Tobalo los acompañó llorando hasta el camino y, desde un risco, los vio marchar por el fondo de la torrentera. Cuando nació el nieto, la Tarara quiso conocerlo y convenció a Tobalo para que la llevara; fue a montar su caballo, pero vio que estaba enfermo de los corvejones, así que los dos cabalgaron en la jaca negra del contrabandista. Llevaban horas de camino salvando cortaduras, desfiladeros y vericuetos, cuando en la oscuridad fueron a toparse con un rebaño de cabras. En el silencio de la madrugada sonaban sus balidos como quejidos de fantasmas; asustada la jaca empezó a cocear, a encoger las ancas y a respingar con un trote cochinero, y aguijada por su jinete embocó el barranco resbalando en las peñas. Primero arrojó a Tobalo a lo más hondo del abismo. Luego a galope remolcó a la Tarara, que empezó dejándose el rodete enganchado en las retamas, y después del rodete se fue dejando todo lo demás. Un santero vendedor de reliquias divisó en un hoyo a Tobalo, que estaba boca arriba, con los sesos fuera y la mandíbula desquijarada. Más tarde halló los pedazos de la Tarara, muy alejados unos de otros; cuando pudo reunir las tajadas que habían despreciado los cuervos los metió en un serete, para llevarlos al pueblo y que les dieran sepultura. Mientras, la jaca había vuelto renqueando, con un refajo enganchado en la silla y un trozo de camisa tremolando como una bandera. Josefita no había podido dormir soñando con muertos; en vista de que los abuelos habían anunciado la visita y no acababan de llegar, salió Geminiano a buscarlos. Un vendedor de anís le dio la noticia y lo llevó a ver a su suegro, a quien no habían podido sacar del fondo del boquete y se lo estaban comiendo los

gusanos. Josefita no pudo asistir al entierro de sus padres porque estaba recién parida. Había dado a luz a un varón, a quien llamaron Geminiano el Chico, y la madre se sorbía las lágrimas mientras le daba de mamar.

***

CUANDO GEMINIANO EL CHICO NACIÓ, acababa de terminar la última guerra carlista. Era primo de Pasos Largos y de su misma edad; desde siempre le tuvo envidia porque, cuando corrían, siempre el primo lo dejaba atrás; y mientras el otro conocía la sierra palmo a palmo, él no había salido del cortijo de sus padres. Geminiano el Chico se fue convirtiendo en un hombre mujeriego y obsceno; buscaba las hembras fáciles, y a falta de ellas usaba a las cabras de su finca. Por el contrario, Pasos Largos era de natural casto y se conservó virgen hasta que dio con Niña Difuntos, a quien amó toda su vida. Un día, Geminiano el chico había estado bañándose en el río; cuando pasaba cerca de la ermita vio a una mujer albina envuelta en unos trapos negros, que estaba comiendo algarrobas sentada en un escalón. Él iba desnudo, y para no alarmarla le dijo que era el arcángel san Gabriel; ella se lo creyó, y él aprovechó el delirio del éxtasis para poseerla sobre una manta de caballo. Un gusaneo de picores sacó a Geminiano de su primer sueño, así que aprovechó para marcharse. A los nueves meses justos, ella dio a luz a Cuatro Coronados; pensó que era de Dios, aunque decía la gente que era de un carnero; el menor de los geminianos se guardó muy bien de decir que era suyo, no fuera que lo apedrearan por sacrílego. “Bendito sea el vientre que el cielo siente”, bromeó cuando se enteró de la noticia. Por entonces Niña Difuntos se había juntado con Pasos Largos y se fue a la sierra con él, y a poco andaba desesperada por su vida de sobresaltos y privaciones. Un día llegó deshecha en lágrimas al cortijo de los Geminianos que eran parientes de su marido; él, que estaba solo, vio la ocasión de herir a su primo y, como además le gustaba la moza, la invitó a marcharse con él a Málaga. Allí supo que estaba embarazada de dos meses, y sin pensarlo la dejó sola, desamparada y sin un trozo de pan que llevarse a la boca. Cuando Josefita comprobó que su hijo le había robado dos caballos y los dineros que guardaba en una orza de manteca, le echó la culpa al padre por haberlo malcriado. Geminiano el Chico pasó a las Américas y en Buenos Aires se gastó los dineros; anduvo un tiempo mendigando, hasta que consiguió comprar un pasaje para volver a casa como el hijo pródigo. No tardó Pasos Largos en enterarse de su vuelta. Llegó con la escopeta al cortijo y se encontró a su primo, que cortaba leña con un calabacillo; se echó la escopeta a la cara y le disparó a bocajarro, rematándolo con la herramienta. Luego se fue a buscar a Geminiano el Grande; lo mató también a quemarropa, y a su tía Josefita no pudo matarla porque se encerró en el granero y empezó a chillar pidiendo socorro. “Ira de hermanos, ira de demonios”, decía la gente. Muchos años después, siendo ya casi centenaria, la guardia civil pilló a Josefita haciendo estraperlo. La detuvieron en el tren de Algeciras inflada de bolsas de café; llevaba la mercancía en los refajos y hasta en los calzones, con una obesidad hecha de paquetes de tabaco y saquillos de azúcar, de medias de nilón y chocolatinas inglesas.

***

TOBALITO FUE EL HIJO menor de Tobalo y la Tarara. Era largo y enteco y tenía los ojos verdiazules del padre, pero nació apacible y lleno de alegría. Desde niño tarareaba cañas y peteneras y siempre había una copla bailando en su cabeza. Por eso lo llamaban Tobalito sin Pena; y, para consternación de su padre, toda su aspiración era ser barbero. Pronto se colocó en un ventorrillo donde fregaba de sol a sol, acarreaba el agua y ayudaba en la cocina. Llegó a casarse con Ana Gallardo, la hija del ventero, y como era ahorrador, en poco tiempo consiguió una barbería en el Puerto de los Empedrados. Encima de la puerta puso un letrero que decía: "Tobalito Mingolla, barbero". Tuvieron tres hijos; al menor lo llamaron Juan, y luego sería conocido en toda España con el mote de Pasos Largos. Al mismo tiempo Josefita había dado a luz a Geminiano el Chico; pocos días después morían los abuelos despeñados y toda la sierra acudió al entierro de las piltrafas que quedaron. En las noches de invierno, el barbero les contaba a sus hijos las travesuras de la Tarara. Nadie enseñó a Juan a leer ni a escribir, pero a los doce años era un cazador consumado. Sus hermanos no se parecían a él, porque eran enfermizos, igual que la madre. Tobalito murió cantando una rondeña a la puerta de la barbería y desde entonces entró la miseria en la casa; pasaban tanta hambre, que Juan decidió marcharse a la guerra de Cuba. Estuvo por allí tres años; tomó parte en la batalla de Guantánamo, en el desastre de Santiago de Cuba y en el de Cavite. Cuando volvió a la sierra, supo que su hermano mayor había muerto de tisis y el segundo se había marchado, así que se quedó a vivir con su madre, dedicándose a la caza furtiva. Por entonces ya lo llamaban Pasos Largos; pateaba la sierra a largas zancadas llevando pendiente del cuello una cruz de metal que había sido de su padre. Merodeaba como una alimaña en torno a los cotos de caza, burlaba a sus guardianes y volvía a su casa con el morral repleto. Era melancólico y sombrío, más largo que una noche de invierno y con los ojos verdiazules. Un día, la madre cayó enferma y le dijo que se iba a morir. Vino a curarla la sabia del Laurete, que conocía todos los remedios, pero movió la cabeza, diciendo: "No se puede hacer nada". Cuando ella murió, el hijo trataba de olvidar sus penas ante un vaso de vino y una maza de naipes; iba a jugar al café Sibajas de Ronda y el juego era el antídoto de su soledad. Estaba ciego de odio y harto de injusticias; por los cortijos malvendía la caza, los guardias lo prendían, pero no escarmentaba. Un día entró a cazar en terreno de los Geminianos, aunque eran primos suyos. Ellos lo denunciaron a la guardia civil; los guardias lo ataron a un pesebre y lo deslomaron a palos, mientras él les pedía a gritos que lo mataran de una vez. Tan maltrecho quedó que tuvo que pasar tres meses en el hospital; desde entonces, se juró a sí mismo que no pararía hasta matar a sus parientes. Siguió de cazador furtivo, que era lo único que sabía hacer; un día llegó a desarmar a dos guardias civiles, pero les devolvió los fusiles por medio de un zagal para no comprometerlos. En toda Andalucía se hablaba de él, porque manejaba la escopeta con tal puntería, que donde ponía el ojo ya había puesto la bala; llevaba a la cintura una canana con las cartucheras y vestía chaquetilla corta y pantalón de pana. Por entonces había pedido rescate en la sierra a don Rafael, que era alcalde de Montejaque; quedaron tan amigos que lo visitaba en el

pueblo. Allí conoció a Niña Difuntos, la protegida de los señoritos; él llegaba herido y ella lo curó, sin preguntarle quién era. Desde entonces se veían junto a la alberca derruída, hasta que concertaron marcharse juntos a vivir a la sierra. Se casaron sin cura ante Dios, siendo testigos Carcunda y Florentino Zunifredo que iban al parto de Cuarenta Mártires. Pasos Largos seguía cazando y jugándose en Ronda el dinero; y aunque siempre perdía, él convidaba a todo el mundo. "Es tan inocente que le juegan con ventaja", decían algunos, y mientras Niña Difuntos se desesperaba aguardándolo. Cuando supo que estaba embarazada no se lo dijo a su marido; se fue llorando por el campo y llegó al cortijo de los Geminianos, donde halló solo a Geminiano el Chico. Este vio la ocasión pare herir a su primo en lo que más quería y la invitó a marcharse con él. Aprovechando que sus padres habían ido al mercado de Ronda, le robó a su madre dos caballos y los ahorros de toda la vida; tomaron el camino de Málaga, donde al llegar ella le dijo que estaba embarazada de dos meses. Pasos Largos no supo nunca dónde había ido a parar su mujer, aunque la buscó por los confines de la sierra. Tampoco sabría nunca que iba preñada de él, ni que tuvo una hija. Alguien dijo que trabajaba de ramera en las Indias, que había abierto un burdel por su cuenta allende los mares y le iba muy bien. A los dos años volvió Geminiano sin ella y en el café Sibajas supo Pasos Largos que había regresado su primo. Llegó a la finca de los Geminianos recordando tiempos pasados, y por encima de su deshonra como marido sentía en los flancos la paliza de los guardias civiles. Geminiano el Chico lo estaba aguardando, y en lugar de contenerlo lo provocó llamándolo cabrón. Quiso llevarse al primo en dirección al horno de cal, pero el otro se resistía, así que allí mismo le disparó a quemarropa; como vio que zarpeaba todavía, lo remató con el calabocillo de cortar la leña. Se fue a buscar al padre con la herramienta en la mano, mientras se limpiaba la sangre con el revés de la chaquetilla. "Buenas, tío", lo saludó con la sonrisa retorcida, y el otro dio un respingo. Le preguntó por Geminiano el Chico, y el otro dijo que había ido al monte a cortar leña. "No será con esto, ¿verdad?", dijo, mostrándole el calabocillo. Lo despenó también y fue a buscar a Josefita, la hermana de su padre. Pero se había atrancado en el granero y la puerta era recia, así que decidió marcharse. Llegó huyendo hasta lo alto del peñón del Mure, donde estaba la ermita que antaño visitaban los peregrinos; allí encontró a Cuarenta Mártires que estaba jugando con su hijo. Él le pidió que lo ayudase y le dio cuarenta duros para que fuera a un cortijo a comprar comida y munición; ella le echó un bebedizo en el café, y le faltó tiempo para denunciarlo a los civiles que estaban rastreando la sierra. "Está arriba, en la cabaña del peñón del Mure", les dijo. Cuando llegaron los guardias a la ermita, el sol bruñía las cumbres con reflejos sangrientos. Lo hallaron dormido, pero un ruido lo hizo saltar como un gato montés; como les hizo frente ellos le dispararon a un brazo y una pierna, porque tenían orden de cogerlo vivo y llevarlo a la cárcel de Ronda. Entre todos no pudieron reducirlo y se les fue de entre las manos, de forma que lo persiguieron hasta el extremo del peñón, en un lugar tan alto que era imposible seguir adelante ni volver atrás. Abajo había un ventisquero y en el fondo se escuchaba el rumor de las aguas de un río. Pasos Largos se detuvo un momento, aspiró hondo, cerró los ojos y saltó al vacío. El guardia que llegó el primero estuvo midiendo con la vista el talud vertical y pensó que era abismal y pavoroso. "Se ha tirado", les dijo a los otros, y se les puso la carne de gallina bajo los tricornios y los correajes. Porque Pasos Largos había dado el salto increíble y mítico,

que lo haría famoso por los siglos en los confines de la Serranía.

***

SE QUEDÓ ENGANCHADO en la copa de un fresno y cayó de bruces contra las raíces, perdida la noción de las cosas. Así estuvo hasta la madrugada; de pronto apareció la luna como una hoz de plata y a su luz volvió en sí magullado y herido, sin saber cómo había llegado al lugar. Le dolían el brazo y la pierna y notó que se estaba desangrando. Por una vez sintió miedo, porque no quería morir solo y devorado por los lobos, de forma que el temor le dio fuerzas para levantarse y caminar. La luna se ocultó detrás de las nubes, y cuando pudo verla de nuevo estaba en campo abierto, en un terreno llano. Oía chasquidos que lo sobresaltaban; se encontraba tan mal que decidió marchar a Ronda y entregarse. Un arroyo susurraba muy cerca, y él pensó: "Llora por mí". Alzó la vista en dirección al pueblo, por encima del Tajo, y sus luces eran como un faro en la noche. Le pareció escuchar a lo lejos el tañido de unas campanas que tocaban a muerto y sintió que el frío le inundaba los huesos. Era quince de agosto, día de la Asunción; el pueblo estaba en fiestas, habían tenido toros y cuando llegó de madrugada estaban todavía encendidos los faroles. Se arrastró pegándose a los muros para que nadie lo reconociera; cuando llegó al café Sibajas, se callaron las conversaciones y se interrumpieron las partidas. "Vengo a entregarme", dijo. "Una mujer me ha traicionado, y es la segunda que lo hace". Habían avisado a los guardias y entraron tres parejas en el café; antes de meterlo en la cárcel lo llevaron a la casa de socorro, y como la gente se arremolinaba, dispararon al aire. "Es Juan Mingolla, Pasos Largos", se oía murmurar. Lo condenaron a noventa años y lo enviaron al penal de Figueras; y aunque más de una vez intentó evadirse, siempre lo sorprendieron. "Por un perro que maté me llamaron mataperros", solía bromear. A las siete de la mañana se descorrían los cerrojos y salían al patio, y al oscurecer volvían a encerrarlos. Trató de escaparse de nuevo, pero fue descubierto y lo incomunicaron, en una celda chorreante y sombría donde estuvo dos meses sin ver la luz. No le quitaban los grillos ni para dormir, vegetaba tumbado en un camastro o sentado en el suelo, hasta que los ojos empezaron a atrofiarse por la oscuridad. Pasaron quince años, hasta que comprobaron que estaba tísico perdido y lo enviaron al Puerto de Santa María. Allí seguía cumpliendo condena cuando llegó la república y una amnistía lo alcanzó; y una mañana del mes de mayo pudo salir de la prisión, habiendo saldado sus cuentas con la justicia. No hizo más que llegar a la sierra y se le pasaron las toses y los arrechuchos. Don Rafael, que había sido su víctima en los tiempos de bandolero, le dio cobijo colocándolo de guarda en una finca cerca de Montejaque. Y cuando Amelia se casó con don Camilo el médico, Pasos Largos estuvo en la boda con su cabeza rapada y una camisa nueva, que le compró el amo para la ocasión. Con la llegada de la república los serranos andaban crecidos; los campesinos y gañanes que antes lo apoyaban, lo provocaban ahora invadiéndole el cortijo. "Bien se ve que lo han amansado", reían. Hacía poco que había llegado al pueblo el Cura Mocito; desde el principio le llamó la atención aquel hombre alto y flaco que lo miraba con

desdén, con unos ojos verdiazules que le recordaban otros muy queridos. Por entonces, toda la ambición del bandolero era escribir sus memorias para venderlas, como había hecho el Vivillo, su compañero de prisión que había muerto rico en Argentina. “Tus memorias no valen más de cuarenta reales”, se burló un reportero que había venido de la capital. Con todo esto, pasaba las noches en vela porque la rabia lo sublevaba y el odio renacía en su pecho. Una madrugada abandonó la finca de don Rafael y se volvió a la sierra, para seguir haciendo su vida. Ni siquiera el Cura Mocito fue capaz de impedirlo. “No pienso morir en un hospital”, le dijo él, y aquella misma noche fue a pernoctar a un cortijo que llamaban la Elipa. Cuando salió por la mañana se llevaba una escopeta de fuego central, una manta y una caja de municiones, por lo que pudiera suceder. Anduvo vagando y se refugió en una cueva, sin saber que ocho guardias lo estaban buscando con vituallas para cuatro días, y un perro policía al que llamaban Tom Mix. Durante dos días con sus noches estuvieron rastreando la sierra y por fin lo cercaron en la cueva. Resguardado detrás de una peña comenzó a disparar, de forma que un guardia cayó herido y el fusil del civil Ramírez llevaba ocho impactos en la caja y en el guardamanos. El sargento, que estaba decidido a acabar de una vez, rodeó la cueva y le ordenó que dejara las armas. El le contestó disparando. La primera bala alcanzó a Pasos Largos en el vientre y el segundo impacto fue mortal. Su sangre salpicó la piedra que le servía de parapeto y empapó el suelo de tierra machacada; allí lo encontraron el cura y Pastor, helado de frío y de muerte, mirando sin ver el resplandor de la amanecida, mientras que su mano crispada agarraba la cruz de metal. Cuando los guardias registraron el cuerpo sin vida, hallaron en los bolsillos dos cartuchos, un monedero con piezas de a peseta y un papel en varios dobleces, que era su foto en una hoja de periódico. En la cueva hallaron un hacha pequeña con funda de esparto, dos latas vacías y una calabaza con agua. Más tarde salió un guardia con una sartén envuelta en un pañuelo, una fiambrera con lonchas de tocino y un taleguillo con cuchara, azúcar y un colador. Todo quedó consignado, con varios cartuchos vacíos que estaban esparcidos por el suelo. Sus amigos le cerraron los ojos y lo cubrieron con una manta vieja, para que los curiosos no vieran sus ojos velados, los dientes desiguales que asomaban entre los labios agrietados y yertos, y la barba de varios días con cuajarones de sangre seca. Cuando lo llevaron al pueblo para dejarlo en el depósito, todavía llevaba el crucifijo pendiendo del cuello. “Han matado a Pasos Largos”, decían las mujeres, y los guardias tuvieron que disparar al aire para ahuyentar a la turba enfurecida. El gobernador civil había felicitado al capitán. “Esto le va a valer un ascenso”, le dijo, palmeándole la espalda. Aquel día, Florentino Zunifredo llegó a la ermita donde estaba Cuarenta Mártires y, mirándola muy fijo a la cara, la agarró de la muñeca hasta hacerle daño. “Cuando lo denunciaste, -le dijo-, ¿fue acaso por el miedo, o por los cuarenta duros que te dio?”

***

NIÑA DIFUNTOS ERA HIJA de los panaderos; cuando la llevaron a la escuela era la más bonita y la menor

de las alumnas. El grupo escolar quedaba a la entrada del pueblo, con sus tejas coloradas y unos grandes ventanales que se abrían a la Serranía. No aprendió gran cosa, más que a recortar pequeños muebles de papel y a colorearlos con ceras de colores que venían en cajas de a seis. Los primeros cuadernos de palotes tenían pequeños recuadros donde se trazaba el palote; luego no eran más que dos rayas paralelas, al final una sola raya servía de guía y había que dibujarlo a palo seco, lo que no era fácil para Niña Difuntos. Los primeros le salían derechos, luego se iban tumbando y se retorcían a derecha e izquierda. Cuando salían de la escuela se iban a jugar al cementerio, junto a los nichos que tenían retratos de los que habían muerto y pequeños floreros, donde las flores se habían quedado secas desde tiempo inmemorial. Jugaban entre las losas que tenían a la cabecera cruces de hierro despintadas con volutas llenas de orín. Se quedaban mirando la casilla con tejado verde, los huecos de los nichos que se abrían en el muro como colmenas, con sus cristales rotos, las flores marchitas y los retratos descoloridos por el sol; y pisaban las yerbas que crecían en las grietas y cegaban los letreros de las lápidas. Niña Difuntos se quedó huérfana muy pronto; quiso el destino que fuera la única en su casa que se libró de la catástrofe. Fue un día de tormenta, cuando la lluvia oscurecía la sierra. El agua caía a torrentes formando hilillos de plata en la ladera por encima del pueblo, hasta que llegaron a cegarse las alcantarillas que en sus tiempos instalaron los moros. El Hacho bramaba, el agua resbalando reventó las madreviejas y fue un estallido de casas y agua, de barro y enseres, cerdos y personas que bajaban desnudas por la fuerza del agua, revueltas con los muebles y los cacharros de cocina. Todos los de su familia murieron; la casa reventó por el comedor donde estaban todos menos ella, porque la víspera se había volcado encima el café, se escaldó los brazos y el pecho y estaba en la cama a dos pasos de allí. La avenida los arrastró a todos; cuando llegaron a la calle el agua los había desnudado y nadaban en cueros entre muebles, ropas y cerdos que chillaban antes de ahogarse también. Hubo que buscar los cadáveres muy abajo, a varias leguas en el valle. De pronto dejó de llover, se rasgó el cielo y el sol se asomó como si nada hubiera sucedido. Niña Difuntos tenía cinco años cuando doña Ana se la llevó con ella a su casa. Había enviudado y vivía con su hija María que había cumplido los catorce; allí creció la huérfana, en parte como hija y en parte como criada, entre olores a zotal y a sosa cáustica, mezclados con los aromas de las clavellinas y las rosas de pitiminí. Ella lustraba las hueveras y regaba los tiestos, o la mandaban al bar a comprar la botella de sifón. La botella era gruesa y grande con una manija; el líquido burbujeaba hendido por la varilla de cristal y, si Niña Difuntos apretaba sin querer la clavija, podía ponerse perdida de soda. Cuando el sifón se vaciaba, la enviaban de nuevo a cambiar la botella y ella se marchaba saltando sobre el agua mezclada con la sangre de los cochinos sacrificados en el matadero, que serpeaba en los canalillos oscuros corriendo por el desnivel. Cuando doña Ana se murió de ganas de morirse, María se casó con su primo Rafael que se había hecho rico, y se llevó a la huérfana con ella. “Es más rara que el sargento de Utrera”, decían las criadas que en el fondo le tenían envidia. A Pasos Largos lo conoció en el alambique, mientras tendía los roquetes de don Sotero el cura y los calzoncillos largos que solía usar debajo de la sotana. Oyó detonaciones, miró hacia arriba y vio a un hombre que se despeñaba por la ladera mientras lo disparaban. Le habían dado el alto en la cima, no era más que un reconocimiento protocolario, pero acosado por la mala conciencia él había echado

a correr. Pudo alcanzar las cañas del arroyo dando una voltereta, y fue cuando lo recogió Niña Difuntos y le estuvo curando la pierna. No habían pasado cinco meses cuando se marchó con él a la sierra; pero en casa del jugador la alegría dura poco, y él la dejaba sola para cazar, vender la caza y luego jugarse el dinero. Pasaba días enteros encerrada sin poder salir, porque además él era celoso y la tenía esclavizada. Un día decidió escaparse al cortijo de los Geminianos, y cuando halló solo a Geminiano el Chico llevaba el cabello pegado a las mejillas por las lágrimas. "La calentura del juego no le deja pensar en otra cosa", la malmetió él. Llevaba bajo el descote del vestido, mostrando el nacimiento de los pechos, y el primo empezó a enrollar los cabellos húmedos en la yema de sus dedos. "Él come la fruta agria y yo sufro la dentera", lloraba ella; y aunque estaba rígida, cuando él empezó a consolarla se fue aflojando poco a poco. La yema de los dedos se deslizó desde la cabellera a la oreja morena, luego siguió bajando, y no se detuvo al llegar a los senos. Mientras, él le estuvo proponiendo su plan; ella acabó por aceptarlo, de forma que él les robó a sus padres los caballos y el dinero y juntos tomaron el camino. Pasaron la noche en un bosque, al lado de un fuego de piñas que ardían muy bien, y al cabo de dos días llegaron a Málaga. Durmieron en una pensión y él no la había tocado todavía, porque ella le dijo que tuviera paciencia, y al final declaró que estaba preñada de su marido. El se asustó y, mientras la mujer dormía, cogió todo el dinero y se marchó, sin despedirse y sin pagar el hospedaje. Niña Difuntos se quedó sola en Málaga, porque volver a la sierra no quería, en parte por temor y en parte por vergüenza. La patrona le consintió que se quedara mientras encontraba un trabajo; estuvo buscando casa donde servir, pero en ninguna la tomaban porque no tenía referencias. Había en la pensión una muchacha que trabajaba en un burdel del puerto y ella la convenció de que el oficio no era tan malo, que sacaría lo bastante para comer y comprarse ropa. Niña Difuntos tuvo que consentir en marcharse con ella, pero nunca cambiaría su vestido negro por uno de color. En toda la serranía comentaban lo suyo con Geminiano el Chico. "Es muy jodido que la hembra te ponga los cuernos con un primo tuyo", decían los hombres, y las mujeres la defendían: "La suya no era vida para nadie". "Es la vida de muchas, y se aguantan", contestaban ellos. Niña Difuntos nunca pudo olvidar Montejaque. Por las noches, enmedio de sudores y gemidos le parecía oír los cascos de las caballerías remontando las calles empedradas, sentía el vuelo de los pavos reales y hasta podía oler el rosal de pitiminí cuajado de flor. Añoraba su infancia bajo la palmera del patio de los señoritos, y echaba de menos la sopa perfumada con una rama de hierbabuena. Ahora caminaba a lo largo de las playas como ausente, bordeando las rocas para evitar las casetas donde mujeres gordas devoraban paellas con sus maridos y sus niños. Ocupaba el burdel un barracón que había sido merendero, con techo de cañizo sujeto con palos, donde por todo aseo disfrutaban de una ducha de alcachofa que pendía de un cubo. Por la carretera podía llegar a un pueblo de pescadores donde todos la conocían y algunos la evitaban; seguía la costa inhóspita de curvas solitarias, el cuartelillo de la guardia civil y las vertientes secas punteadas de palmitos, tierras pizarrosas y estériles, y al fondo las espumas marinas bajo un cielo blanco de tanta luz. Cogían un pequeño tren renqueante que paraba en el puerto, junto al agua aceitosa y los barcos atados; la locomotora jadeaba bordeando la playa de chiquillos desnudos, mujeres desgreñadas y tejados de latas. Y como la chimenea vomitaba un humo espeso y negro, se les tiznaban el rostro y las manos con chafarrinones de carbón.

No lejos del burdel había un campamento de gitanos; algunos enfermaban de tifus, y cuando morían iban a recogerlos en un carro, trasladándolos en cajas de pino sin pintar. Algunas eran demasiado cortas y no podían encajar; así, cuando el carro saltaba, iban asomando los pies. Los arrieros se detenían en la playa y por unas pocas monedas compraban los favores de una mujer. De paso cargaban el pescado que vendían los marengos, que eran hombres duros hechos a toda privación; tenían los ojos azules y pálidos, como hechos con agua de mar, y llegaban desnudos como salvajes, con pulpos abrazados a las piernas; soltaban los avíos y, sin haberse despegado los pulpos, hacían el amor con las mujeres revolcándose por la arena. Las mujeres aguardaban cola ante la ducha para asearse; estaban en cueros, en una mano un trapo y en otra una pastilla de jabón. Cambiaban poco el agua de la tina, porque había que rellenarla con cántaros traídos de la fuente; Niña Difuntos prefería lavarse en el mar, porque el agua en la tina llegaba a estar gris y tenía una nata blancuzca de jabón cortado donde flotaban pelillos de pubis. Salían algunas quejándose d la falta de higiene y en el casetón terminaban cepillándose el pelo unas a otras; luego se acostaban en silencio y cogían fuerzas para el día siguiente. A Niña Difuntos ya se le notaba demasiado el embarazo. Había llovido todo el mes, tanto que los turistas extranjeros reclamaban indemnizaciones y daños; de pronto llegó la borrasca que destruyó palmeras centenarias, arrancándolas de cuajo y dejándolas tumbadas junto a los agujeros de sus raíces desgajadas. Se desplomaron tejados enteros y postes de luz, y como el malecón del puerto estaba en parte derribado por la fuerza del mar, las aguas avanzaban rasantes sobre la plataforma de cemento con un ruido sordo. Niña Difuntos estuvo aquella tarde caminando sobre la desolación de cables y ladrillos esparcidos; trataba de no resbalar, y con el vientre enorme que dificultaba el equilibrio saltaba una zanja, evitaba un cable o un arroyo de barro, hasta volver al barracón donde notó que le había llegado su hora. Las compañeras la acomodaron en el mejor catre del burdel y ayudaron a nacer a la niña, a quien consideraban como a su propia hija. La llamaron Coralia, porque tenía la tez sonrosada del tono del más fino coral. Se crió en la playa junto a la mancebía, jugando con erizos pinchudos y con rosadas estrellas de mar; ellas la llevaban a pasear a lo largo de las laderas pizarrosas, entre cardos rojizos y brotes de palmito, mientras aquí y allá crecía una higuera achaparrada y retorcida, como temiendo alejarse demasiado de la tierra que la sustentaba. El agua rozaba las arenas oscuras con un rumor de seda; había erizos cuajados de púas de un color morado casi negro, y si pisaba uno inadvertidamente, tenían que sacarle las púas con las pinzas de depilar las cejas, porque se partían y se quedaban dentro. De noche, cuando la oscuridad confundía el cielo con el mar, el brillo de las traíñas como gusanos de luz en el horizonte, atraía al pescado menudo. No había más ruido que el jadear de los marengos haciendo el amor y el lamer de las olas en la arena; durante el plenilunio, una enorme luna redonda arrancaba reflejos blancos en la superficie rizada. Niña Difuntos se quedaba mirando el faro al extremo de la bahía; y aunque era tan sólo un punto brillante, si aguardaba sorprendía de tiempo en tiempo un haz luminoso en el mar y en las paredes del casetón, por encima del marengo de turno. “Quien ha perdido la honra anda por el mundo como muerto”, suspiraba. Una noche se prendió fuego en el lugar donde quemaban las basuras; se incendiaron las cañas y el fuego se corrió hasta la casilla del carbón. Cuando Niña Difuntos despertó se estaba quemando el carbón y las llamas se aproximaban a la casa con un

resplandor rojizo. Intentó ella sola sofocar el fuego con cubos de agua de mar; el vestidillo negro se le había rasgado y enseñaba el trasero, y como no daba a basto con el agua, trataba de apagar el fuego con las manos. Alguien notó dentro del casetón que algo se quemaba, porque olía a humo. Cuando salieron vieron a Niña Difuntos atajando el fuego con una caña verde y le vocearon que se fuera, que se iba a asfixiar o quemar. Pero seguía golpeando con desespero y daba voces diciendo que salvaran a la niña. Acudieron con cubos desde las casetas vecinas, se los iban pasando con agua y al mismo tiempo llegaban otros que habían llenado en el mar, pasando en cadena de una en otra mano. Se oía el chasquido de las cañas al quemarse, mientras la humareda se metía por los ojos y en la nariz, cegando y asfixiando. El aire extendía lenguas ardientes y se oía el golpear incesante de la caña tratando de ahogar el incendio. Cuando lograron atajarlo, a Niña Difuntos se le caía la piel a tiras, tenía las manos chamuscadas y todo el cuerpo de color de rosa. Eran tantas las quemaduras que no tardó en morir; sus compañeras la enterraron llorando y lograron salvar a la niña, que creció en el burdel. “Del mal el menos”, trataban de consolarse, viendo lo bonita que era. Dejaron la playa y el caserón quemado y no quisieron reconstruirlo, para no recordar un horror semejante.

***

CORALIA ERA HIJA DE PASOS LARGOS, aunque no lo sabía; tampoco lo sabía él, ya que Niña Difuntos no llegó a confiarle su secreto. Había nacido con sus mismos ojos verdiazules; tenía dos años cuando se quemó la caseta del burdel y, aunque vio el fuego desde la cuna, hasta mucho tiempo después no supo que su madre murió a consecuencia de las quemaduras, cuando quiso sofocarlo con una caña. Las prostitutas se trasladaron desde entonces a una casa derruida de estilo francés, en la curva que llamaban de la Muerte o del Médico, extraña paradoja. Con la ayuda de un hombre llamado Paco Francia, que tenía mujer y tres hijos, estuvieron separando escombros y allanando bancales, librándolos de pizarras, matojos y cascotes. Se reconstruyó la antigua casa, se le puso chimenea y un poyete en el zaguán para que aguardaran los clientes; tenían siempre preparada una manta para caso de incendio, porque sabían que no ardía la lana. Pusieron caracolas de adorno en toda la casa; situaron aparte el cuartillo donde guardaban el carbón y la leña y levantaron sus paredes con cemento y piedras para mayor seguridad. Colocaron un quinqué de petróleo en el antepecho de cada ventana; eran de hojalata pintada de verde, y los había también en la pared del corredor, colgando de dos alcayatas y humeando por encima del tubo de cristal. Tenían varios cuartos en el piso de arriba. Cerca estaba el puesto de la guardia civil; las parejas que hacían la ronda por la noche llamaban a la puerta y ellas les abrían desde arriba, tirando de una cuerda. Por las tardes, antes de que llegaran los clientes, juntaban los colchones en el corredor para dormir la siesta; allí se revolcaban muertas de risa, contaban chistes de su profesión y saltaban sobre los colchones sin embastar, hasta que se quedaban dormidas. Fuera crecían higueras con higos muy dulces, que se tendían al sol cuando estaban maduros, y cuando se secaban los metían bien apretados en seretes de esparto para comerlos en invierno. Habían sembrado los bancales de

cacahuetes que era lo único que se daba allí, entreverados con algunos tomates que crecían enredados en cañas. Con el tiempo, las buganvillas terminarían escalando los muros de la casa y trabando sus pinchos en las rejas de las ventanas. Vieron despuntar cada árbol y, aprovechando los ocios que les permitía el amor, acompañaban a Paco Francia al vivero forestal para recoger los haces de varillas. Él tenía ya los hoyos preparados, le ayudaban a plantar el esqueje y a rellenar el hoyo de tierra, y ponían cañas alrededor para que no se los comieran las cabras. Así marcaron las lindes con pinos y cupresos, y cuando llegaba la noche estaban tan rendidas que se dormían haciendo el amor con los extranjeros. En la ladera pusieron geranios y grandes heliantos de pétalos blancos y corazón de oro, de forma que los propietarios de los alrededores llegaban a mirarlos con envidia, y acabaron entrando en la casa por las noches, cuando nadie podía verlos. Repararon la antigua cochera que tenía encima una habitación abuhardillada, regaron piedrecillas blancas en los senderos del jardín y mandaron talar a Paco España las dos palmeras achaparradas, que desde entonces empezaron a crecer por encima de los tejados. Le pagaban con dinero contante, y cuando solicitaba un servicio era para ellas como un desconocido. A Coralia la instalaron en la habitación sobre la cochera, para apartarla de la casa. Era una niña extraña, distinta a las hijas de los pescadores; aparentaba más edad y y tenía la mirada ausente, como si estuviera de vuelta de muchas cosas. Se turnaban para acompañarla la Rosa, la Nardo o la Margarita, que quedaban ese día exentas de servicio; nunca le hablaron a la niña de sus actividades, ni de lo que ocurría en la casa de estilo francés. No supo nunca lo que era el hambre ni la necesidad; siempre había algún plátano para la merienda y pescado frito para almorzar, lo que era un lujo para muchos. Iba con sus amigas a buscar el agua a la fuente, la porteaba en un pequeño cántaro y la volcaba en la tinaja. No había luz eléctrica en toda la costa desde Torremolinos a Fuengirola y las pocas ventas junto a la carretera se alumbraban con quinqués de petróleo o con petromax. Coralia creció deprisa y se hizo alta y espigada; tenía dos largas trenzas del color del trigo maduro y, según decía la Nardo, los ojos glaucos como las princesas de los cuentos. En noches de tormenta, los rayos rasgaban el horizonte zigzagueando sobre el mar como hilillos nerviosos. La niña tenía miedo, pero la Nardo la tranquilizaba: “Las chispas buscan el agua”, decía, acariciándole el cabello. Había tormentas secas que electrizaban el ambiente, pero a veces blandamente empezaba a llover, zumbaban los cristales bajo la lluvia y Coralia se dormía, inmersa en el murmullo. De mañana el mar era radiante y, bajo un sol espléndido, los insectos bullían en la tierra húmeda. Por entonces se instaló en las inmediaciones con su familia un pastor protestante. La niña protestante no era bonita, tenía los ojos tristes y el pelo negro y recio como crin de caballo. Iba mal vestida y miraba con recelo, atrincherada en su soledad. “Es hija de un pastor protestante”, decían las niñas de la costa, dudando que fuera una persona normal, o si su vestido sin gracia no ocultaría un apéndice infernal, algo así como un conato de rabo o un abdomen peludo. Nadie le hablaba, le hacían el vacío y la miraban sólo como una molesta curiosidad. Coralia y ella eran vecinas, por eso intimaron. Le sacaba a la niña protestante una cabeza, cuando ambas caminaban por la playa y llegaban juntas al Tajo de la Soga. El Tajo de la Soga siempre se llamó así; era una playa hundida un poco tenebrosa, quizá por el nombre que le dieron. Hallaron una bola que brillaba en la arena; la niña protestante la cogió para jugar con ella y entonces la bola estalló, y de la niña no

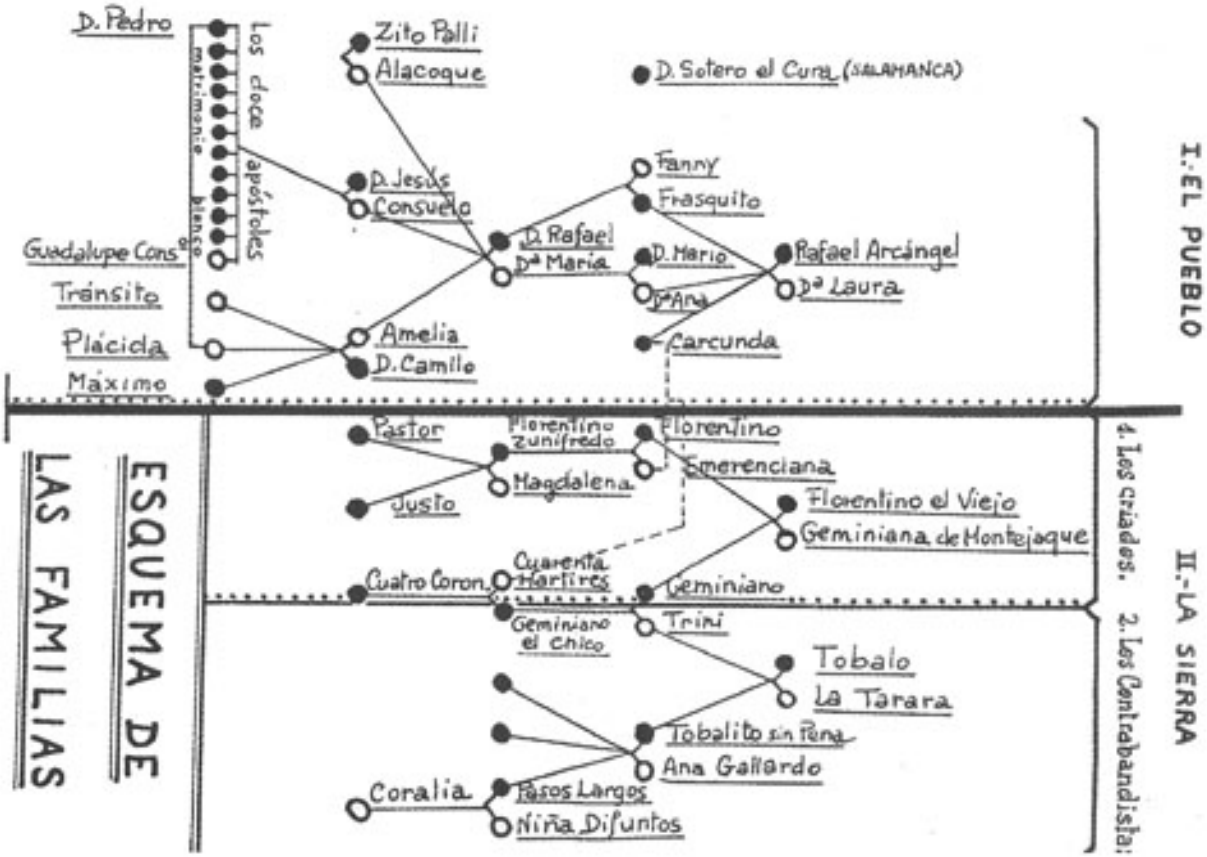
quedaron más que unos jirones sangrientos esparcidos por la playa. Desde entonces Coralia se refugió en la Nardo como en una madre, porque era lo único que le quedaba en el mundo. Ella le contaba sus cosas, como si aquella mocosa hubiera sido una persona mayor; aunque había algunas que ni siquiera se contaba a sí misma, recuerdos hundidos en el fondo de su mente que minaban su razón. O quizá, su razón estaba minada de siempre por un destino fatal. Le contó a Coralia que su madre se había suicidado poniéndose en el tren. La modista que cosía a la Nardo vivía en Málaga en una casamata cerca de los baños del Carmen; era muy cumplidora y la llamaba señorita, y la Nardo se llevaba con ella a Coralia a las pruebas. Un día había llegado un forastero a la casa de estilo francés, y le propuso retirarla de aquella vida.. Era un hombre ridículo, pero la Nardo se enamoró de él. Las compañeras le auguraron que mejor hubiera hecho tirándose al mar, pero ella parecía entusiasmada y tenía ganas de marcharse de allí, aunque no le salieron las cuentas como había pensado. Desde el primer día empezaron las desazones, porque él le escatimaba el dinero hasta para comer. "Te está bien merecido", le decían sus compañeras cuando la encontraban en la calle, y ella les contaba que era un tipo lleno de manías y de las mayores aberraciones. Se instalaron en el último piso de una casa vieja; la Nardo tapizó las paredes con fotografías de todas sus amigas, y enmedio Coralia con sus trenzas rubias y sus ojos glaucos, como ella decía. Una noche el hombre se marchó con todos los ahorros de su vida y ni siquiera abonó el alquiler de los cuatro meses que llevaban en la casa. Una vecina estaba planchando la ropa cuando oyó un ruido ensordecedor en el patio. Porque sonó como si algo muy pesado hubiera arrastrado a su paso macetas y hubiera partido las cuerdas de tender la ropa, que vibraron como enormes cuerdas de guitarra. Al mismo tiempo oyó un grito desgarrador que le puso los pelos de punta. Miró abajo, casi sin atreverse; vio algo que parecía una mujer con un albornoz oscuro y no se atrevió a mirarle la cara que tenía de perfil. El cuerpo estaba boca abajo aplastado contra el cemento del patio, tenía la falda subida y asomaban las ligas de las medias y unos muslos muy blancos; vio las zapatillas a distancia, fuera de los pies. Desde entonces Coralia dejó la habitación de la cochera y se quedó en la casa de estilo francés; abandonó su inocencia para tomar el lugar de la Nardo y se dedicó al oficio más antiguo del mundo. Nadie le exigió nada, nadie se lo impidió, y ella lo hizo por agradecimiento. Al poco tiempo, todos los marengos de la costa la habían conocido. "Una buena pieza, y encima nuevecita", decían entre ellos. Coralia tenía entonces quince años. Un día llegó a una iglesia de Málaga un fraile carmelita a imponer los escapularios; era un viejecito pálido y pequeño que llevaba el pelo peinado en un rulo como san Antonio; acudieron todas las mujeres del contorno con los brazos cubiertos, y medias para no profanar la casa del Señor. El les recomendó con voz muy suave que fueran puras y amantes de la virgen, y una a una les fue imponiendo aquel trocito de tela marrón que las llevaría directamente al paraíso si morían en sábado. Coralia había acudido con sus compañeras; había encendido una vela y le daba vueltas, hasta que la llama lamiendo la cera hizo que rebosara, cayendo en chorro ardiente sobre la palma de su mano. Guardaba cola para recibir el escapulario, cuando lo vio a la puerta de la sacristía. Era un cura nuevo que había venido destinado a la barriada de pescadores; se llamaba José Cupertino y todas las muchachas del barrio hablaban de él y lo amaban en secreto. Daban vueltas en torno a la iglesia hasta que lo hallaban; entonces huían con los ojos bajos y las mejillas arreboladas. El era

demasiado guapo o tenía demasiado fuego en la mirada; era demasiado varonil, aunque fuera virtuoso, aunque machacara su carne con cilicios, gritando de amor. Era demasiado alto, demasiado apuesto, demasiado joven para andar entre chicas que lo miraban como a hombre, demasiado triste o demasiado alegre, entre miradas furtivas que ocultaban un algo inconfesable. Todas lo amaban y él lo sabía, rezaba y gozaba, se aplicaba cilicios y también las amaba; así la función seguía, el baile seguía, la comparsa seguía. El también vio a la joven dorada de tez y de pelo, de ojos grandes y verdiazules; le dio el agua bendita y ella siguió volcando las gotas de cera en su mano para disimular, hasta que todo empezó a nublarse alrededor y dejó de distinguir la llama de la vela. Hubo un corto revuelo en la iglesia: una muchacha se había desmayado y varias mujeres la sostenían, dándole aire con un pay-pay. Ella daba grandes suspiros, con los ojos cerrados y pálida como una muerta; por fin la metieron en la sacristía, y una ráfaga de aire pareció despertarla. "Está volviendo en sí", dijeron. Allí pasó la ceremonia, amodorrada y tiritando en una butaca, hasta que sus compañeras lo supieron y entraron a buscarla. Aquella noche la pasó desvariando y hablando de él. El médico diagnosticó tuberculosis y la enviaron a un lugar alto y seco. A su vuelta, supo que él había rezado para que recuperara la salud; en cuanto pudo, fue a darle las gracias y a entregarle un ramo de flores para la virgen. Desde entonces, Coralia soñaba en las tibias noches de verano, llenas de jadeos y sudores, con el curita joven que se atragantaba cuando la veía venir, y se ponía rojo sin saber dónde esconder las manos. Luego se vieron a menudo."Mal se apaga el fuego con las estopas", decían las amigas, porque había empezado a ganarla para Dios y acabó enamorándose. Un día se sentaron frente a frente en la sacristía y ella le contó su vida, sin saber para qué. Quizá, para que el veneno de tantos amores vendidos no acabara por emponzoñarla, y no la acometieran ideas negras como la de quitarse la vida. El había tomado sus manos y las besó una y otra vez. "Yo haré penitencia por ti, yo me daré azotes por ti, haré sangrar mi espalda por ti, pero no desesperes", decía, y le besaba la palma y el envés de las manos. Cuando el cura le dijo a su párroco que dejaba la iglesia él no se extrañó, ni tampoco se extrañaron las compañeras de Coralia. "¿Por qué, si no, se ponía tan colorado cada vez que la veía?" Pasaron más de un año juntos; al principio tomaron una habitación cerca del muelle, desde donde veían los cafés del puerto y escuchaban las sirenas de los barcos. Paseaban hasta el cementerio inglés, donde estaba enterrada la niña protestante; no parecía un camposanto, sino un hermoso jardín, y subían las escalerillas ajardinadas entre lápidas de mármol blanco y macizos floridos, siempre cogidos de la mano, a dejar en la tumba de su amiga un ramo de rosas amarillas. Un día la llevó a visitar el acuario donde había lampreas y langostas de antenas temblorosas, que los miraban a través de gruesos cristales, junto a anguilas de cuerpo interminable y medusas pegadas al fondo de arena. En el puerto olía a marisma y a aceite; saltaron a una barca que cabeceaba, agarrándose a las tablas por miedo de volcar. El viejo pescador asió los remos con manos enormes, aspiró recio y alzó la cabeza, oteando. La barca giró chirriante y embocó la salida del puerto, por encima de la capa de aceite que sobrenadaba la bahía. Pronto dejaron atrás la farola y el muelle. Los reflejos del agua quebraban los ojos, el viejo parecía adormecido con la vista perdida en un punto lejano y al fondo la ciudad centelleaba al sol, entre el verde agresivo de las palmeras. Viajaban en tranvías amarillos provistos de jardinera, mientras las niñas ricas jugaban al diábolo en las amplias aceras y en

las playas los chicos del pueblo se bañaban en cueros, entre los restos de excrementos que vomitaban los gruesos tubos del alcantarillado. En Navidad salieron las parrandas pidiendo el aguinaldo; desde el balcón oían las panderetas y zambombas, cuando un grupo se detenía cerca cantando y bailando. Así fueron pasando los días, y en la inconsciencia de su amor no se percataban de que sus escasos caudales se estaban agotando. Así que una tarde tuvieron que dejar la ciudad y se trasladaron a la costa, para refugiarse en la cochera, cerca de la casa de estilo francés. Tomaron el trenecillo sucio y lento que bordeaba cerros, se hundía en un túnel y surgía luego entre cardizales y arroyos bordeados de adelfas de un rosa encendido. Se instalaron en la habitación abuhardillada; nunca les faltó un plato de comida, aunque él no sabía, o no quería saber, quién la proporcionaba, porque estaba demasiado absorto en su pasión para advertir algo que no fuera el olor y el calor de su amada. A veces se cruzaban con las mujeres de la casa de estilo francés, que volvían de comprar la leche o de acarrear agua de la fuente; Coralia las saludaba con la mano y ellas apuraban el paso, porque no querían ser un obstáculo en su amor. Así estuvieron, hasta que un día el cura comenzó a sentir remordimientos y decidió replantearse su vida. Ella no trató de impedírselo. José Cupertino hizo confesión general, pidió perdón al arzobispo y la Iglesia lo recibió de nuevo en su seno. “Palabras y plumas se las lleva el viento”, decían las mujeres en la casa de estilo francés. A él lo destinaron a un pueblo de la sierra y, para evitar que Coralia volviera a su antigua vida, se la envió con una carta a su protector, el que había pagado sus estudios en el seminario. Se llamaba don Diego, era conde de san Justo y san Pastor y vivía en su casa-palacio de Extremadura. Sus amigas le costearon el viaje y le compraron ropa nueva, pero aunque cambió de lugar, nunca lograría olvidar a José Cupertino. Llevaba consigo un misal en latín que él le regaló, con una foto suya dentro; tenía entonces diecisiete años y entró al servicio de la vieja condesa, madre de don Diego. Cuando estaba sola en su cuarto miraba el retrato hasta que se le nublaba la vista, de modo que la foto estaba cada vez más ajada y ya le faltaban las puntas. Nunca pudo querer a nadie más que a José Cupertino. Deseaba los juegos de sus manos, recorriendo su cuerpo y dibujando sus formas, buscando rincones oscuros y húmedos; y añoraba sus besos, las caricias que ya nunca tendría. Cuando él murió de aquella forma misteriosa y horrible, ella nunca perdió las esperanzas de poder desvelar el enigma, de ordenar su exhumación, de buscar a un médico que certificara si las vértebras de su cuello estaban rotas o si por el contrario quedaban balas junto al esqueleto. Y aunque se las hubieran extraído en aquel hospital, de todas formas ella viviría acosada por la angustia mientras no pudiera desvelar su misterio. Muchos años más tarde Coralia quiso volver a la costa y apenas pudo reconocerla. La carretera discurría ahora entre modernos edificios que se alzaban a ambos lados ocultando el mar. Las casas más viejas habían desaparecido y en su lugar surgían establecimientos modernos, restaurantes de lujo que acogían a una muchedumbre multicolor. Mujeres semidesnudas arrastraban sandalias doradas por las calles y se detenían ante los escaparates lujosos de las tiendas de “souvenirs”. La autopista había allanado terraplenes, acortado distancias y barrido edificaciones antiguas. La venta había desaparecido y en su lugar se alzaba un hotel de apartamentos. Estaba llegando a la casa de estilo francés y apenas pudo verla, porque habían surgido otras más esbeltas y ni siquiera pudo asegurarse de que siguiera allí. Habían convertido en piscina el lugar de la antigua cochera, y en las tierras vecinas

donde antaño nacían cañas y palmitos habían construido villas con jardines. Volvió hacia atrás la cabeza para no perder de vista la antigua curva y el lecho del arroyo, pero un autobús de viajeros había cruzado y, cuando pasó, ya un muro de cemento ocultaba el paisaje. Ya no existía el puente viejo sobre la curva; otro más ancho y poderoso se alzaba sobre pilares de hormigón. En la playa habían instalado un nuevo merendero y la vieja atalaya árabe con su grueso torreón se había convertido en atracción para los turistas. Las casetas de los marengos se habían transformado en bares americanos llenos de luces de colores; el día se iba y se estaba iluminando la costa con un reguero de luces de ciudad, semejante a un gran reptil incandescente, que impedía distinguir a intervalos el brillo ahora sofocado del faro de Calaburras. La luna apareciendo en el cielo alumbraba un paisaje extraño y urbano, interceptado por telones de hormigón; no obstante, le parecía sentir los labios de él, cuando tomó sus manos por primera vez y se las besó muchas veces, y aún sentía el peso y el calor de su cuerpo.

FIN


ESQUEMA DE
LAS FAMILIAS
I.-EL PUEBLO
II.-LA SIERRA
D. Pedro
Los doce apóstoles
matrimonio blanco
Guadalupe Cons.
Tránsito
Plácida
Máximo
Zito Palli
Alacoque
D. Jesús
Consuelo
Amelia
D. Camilo
D. Rafael
Dª María
D. Sotero el Cura (SALAMANCA)
Fanny
Frasquito
D. Mario
Dª Ana
Rafael Arcángel
Dª Laura
Carcunda
Pastor
Justo
Florentino Zunifredo
Magdalena
Florentino
Emerenciana
Florentino el Viejo
Geminiana de Montejaque
Cuatro Coron.
Cuarenta Mártires
Geminiano el chico
Geminiano
Trini
Tobalo
La Tarara
Tobalito sin Pena
Ana Gallardo
Coralia
Pasos Largos
Niña Difuntos
1. Los criados. 2. Los Contrabandistas

<< Anterior